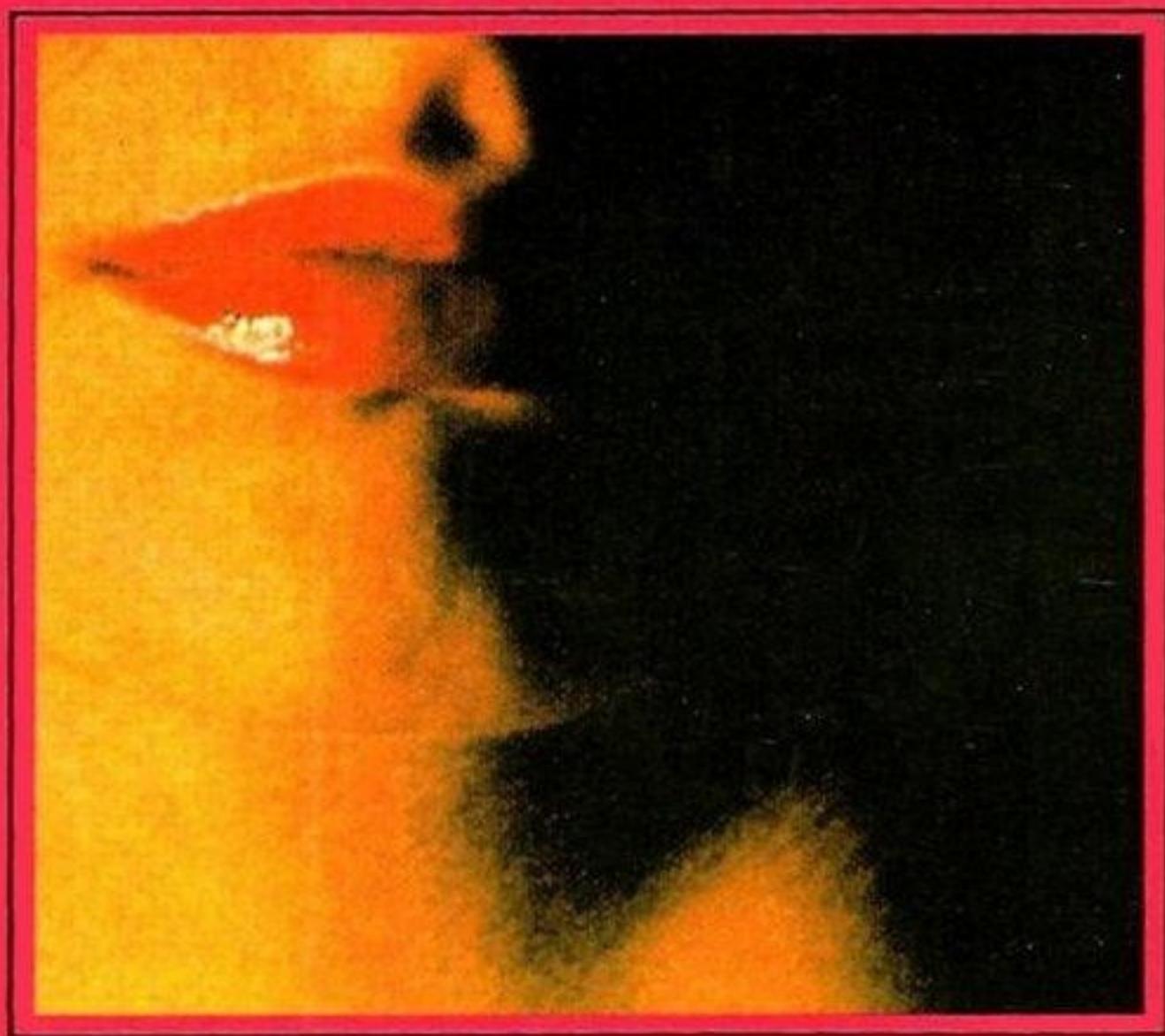


Julian Barnes

Antes de conocernos



Lectulandia

Tras quince años de implacable matrimonio con Bárbara, Graham Hendrick, un historiador y profesor universitario, conoce a Ann, se enamora y, después de unos meses de relaciones clandestinas, abandona esposa, hija, coche e hipoteca, y se marcha a vivir con la mujer que le ha hecho recuperar el placer de vivir. Graham se divorciará de la furiosa Bárbara, se casará con Ann, y serán felices para siempre y comerán perdices... Hasta el día aciago en que sorprende a su nueva esposa cometiendo adulterio en la pantalla. Pues Ann no ha nacido, como desearía Graham y desean todos los enamorados, en el instante preciso en que se conocieron. La joven tiene un pasado en el que ha sido actriz, y ha interpretado pequeños papeles en numerosas películas. Y Graham se dedicará a rastrearlas minuciosamente, y a verlas compulsivamente, pues como historiador que es, sabe que el pasado, y sus testimonios, importan. Aunque él, más que en una «investigación histórica», se ha embarcado en un delirio de celos retrospectivos propios de la más desesperada y divertida historia de *amour fou*.

Lectulandia

Julian Barnes

Antes de conocernos

ePub r1.0

Titivillus 28.03.15

Título original: *Before she met me*
Julian Barnes, 1982
Traducción: Agustín Tena García

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Pat

El hombre se encuentra en la difícil situación de que la naturaleza le ha dotado esencialmente de tres cerebros que, aunque tienen estructuras totalmente diferentes, han de funcionar al mismo tiempo y comunicarse entre ellos. El más antiguo de dichos cerebros es básicamente reptil. El segundo ha sido heredado de los mamíferos inferiores, y el tercero proviene del desarrollo de los mamíferos recientes y... ha hecho al hombre distintivamente humano. Hablando alegóricamente de dichos cerebros dentro de un cerebro, podremos suponer que cuando el psiquiatra ordena al paciente tumbarse sobre el sofá, le está pidiendo que se estire junto a un caballo y un cocodrilo.

PAUL D. MACLEAN, *Journal of Nervous and Mental Diseases*,

Il vaut mieux encore être marié qu'être mort.

MOLIÈRE, *Les Fourberies de Scapin*

1. TRES TRAJES Y UN VIOLÍN

La primera vez que Graham Hendrick vio a su mujer cometer adulterio, no le importó en absoluto. Se sorprendió a sí mismo riendo entre dientes. Nunca antes había tenido que tapar la vista a su hija tendiendo una mano protectora.

Por supuesto, Barbara estaba detrás de aquello. Barbara, su primera mujer, en contraposición a Ann, su segunda mujer: la que estaba cometiendo adulterio. Aunque, naturalmente, en aquel momento él no lo consideró adulterio. De forma que no valía la pena decir aquello de *pas devant*. En cualquier caso, estaban en lo que Graham llamó el periodo de miel.

El periodo de miel había comenzado el 22 de abril de 1977 en Repton Gardens, cuando Jack Lupton le presentó a una chica paracaidista. Estaba tomándose la tercera copa de la fiesta. Pero el alcohol no le relajaba: en cuanto Jack le presentó a la chica, algo vibró en su cerebro y automáticamente se le borró su nombre. Cosas que ocurren en las fiestas. Pocos años antes, a modo de experimento, Graham hizo la prueba de repetir el nombre de la persona en el momento en que le daba la mano. Decía «Hola, Rachel» y «Hola, Lyonel» o «Buenas tardes, Marion». Pero los hombres pensaban que era homosexual y le miraban con recelo, mientras que las mujeres preguntaban educadamente si era de Boston o bien un pensador positivista. Graham abandonó esta técnica y siguió pasando vergüenza por culpa de su cerebro.

Aquella noche cálida de abril, apoyado contra la biblioteca de Jack y lejos del alboroto de los fumadores, Graham miraba con cortesía y fijamente a aquella mujer todavía anónima de pelo castaño, bien peinada y con una falda a rayas que a él le parecía de seda.

—Debe ser una vida interesante.

—Sí, lo es.

—Se debe... viajar mucho.

—Sí.

—Para hacer exhibiciones, supongo. —La imaginaba dando vueltas en el aire como una rueda de carreta, con un bote del que salía humo escarlata atado al tobillo.

—Bueno, en realidad eso corresponde a otro departamento —(¿Qué departamento?).

—Debe ser muy peligroso, de todas formas.

—¿A qué se refiere..., a volar? —Sorprendida, Ann pensó en lo frecuente que es que los hombres tengan miedo a los aviones. A ella nunca le dieron miedo.

—No, no es por lo de volar, sino por lo otro. Lo de saltar.

Ann inclinó la cabeza a un lado, como interrogando.

—El salto.

Graham dejó su vaso en una repisa y agitó los brazos arriba y abajo. Ann inclinó

un poco más la cabeza. Él agarró el botón central de su chaqueta y le dio un tirón fuerte y militar hacia abajo.

—¡Ah! —dijo él finalmente—. Creí que eras paracaidista.

La parte inferior del rostro de Ann dibujó una sonrisa y después su mirada fue pasando de la compasión escéptica a la diversión.

—Jack dijo que eras paracaidista —repitió, como si la reiteración y la autoridad atribuida lo hicieran más cierto. De hecho, por supuesto, ocurría lo contrario. Era, sin lugar a dudas, otro ejemplo de lo que Jack denominaba «quedarse con el culo al aire de un solo golpe, viejo idiota».

—En ese caso —replicó ella—, tú no eres historiador y no das clase en la Universidad de Londres.

—Dios mío, no —dijo Graham—. ¿Tengo aspecto de catedrático?

—No sé qué aspecto tienen. ¿No son como el resto de la gente?

—No —respondió Graham, bastante enfadado—. Llevan gafas y chaquetas de tweed marrón, tienen joroba, son de naturaleza tacaña y envidiosa y todos usan colonia Old Spice.

Ann se quedó mirándole. Llevaba gafas y chaqueta de pana marrón.

—Me dedico a la cirugía cerebral —dijo él—. Bueno, en realidad, todavía estoy preparándome. Hay que ir practicando por partes, es razonable. Ahora me dedico a los hombros y el cuello.

—Debe ser interesante —dijo ella, no muy segura de hasta qué punto debía desconfiar—. Debe ser difícil —añadió.

—Es difícil —dijo él deslizando las gafas sobre su nariz, moviéndolas a los lados para dejarlas exactamente donde estaban al principio. Era un hombre alto, de rostro alargado y rectangular, con el pelo oscuro erráticamente canoso, como si le hubieran salpicado agitando un bote de pimienta atascado—. También es peligroso.

—Ya lo creo.

No había duda de que así era su pelo.

—Lo más peligroso —explicó él— es lo de volar.

Ella sonrió; él sonrió. No sólo era guapa, era también encantadora.

—Me dedico a los negocios —dijo ella—, compro trajes.

—Soy catedrático —dijo él—. Doy clases de historia en la Universidad de Londres.

—Yo soy mago —dijo Jack Lupton entrando al filo de la conversación y metiendo una botella en medio de la misma—. Yo enseño magia en la Universidad de la Vida. ¿Vino o vino?

—Lárgate, Jack —dijo Graham firmemente. Y Jack se fue.

Mirando atrás, para Graham estaba diáfanoamente claro que en aquel momento su vida estaba encallada. A no ser que el verlo tan diáfanoamente claro fuera un aspecto falaz de su mirada retrospectiva.

Tenía entonces treinta y ocho años de edad, quince años de matrimonio, diez años

en el mismo trabajo, en medio de una hipoteca prorrogable. En medio de su vida también, suponía; y presentía que al principio de la cuesta abajo.

Barbara no lo habría visto así, pero él tampoco hubiera podido contárselo de esta manera. Quizá eso era parte del problema.

Por aquel entonces todavía apreciaba a Barbara, aunque realmente nunca la había querido, nunca se había sentido orgulloso o interesado en su relación, al menos en los últimos cinco años. Apreciaba a su hija Alice, aunque para sorpresa suya nunca había despertado profundas emociones en él. Se alegraba cuando sacaba buenas notas en el colegio, pero dudaba si dicha alegría se diferenciaba del alivio de que no las sacase malas: ¿cómo iba a saberlo? También estaba negativamente contento de su profesión, aunque un poco menos contento cada año, pues los estudiantes que examinaba eran cada vez más inexpertos, más irresponsablemente vagos y peor educados.

A lo largo de quince años de matrimonio nunca había engañado a Barbara: porque le parecía mal, pero también, suponía, porque no se vio nunca realmente tentado (cuando sus alumnas más deslumbrantes cruzaban las piernas delante de él respondía poniéndoles trabajos más difíciles para que corrieran la voz de que era una especie de témpano). De igual modo, nunca pensó en dejar su empleo y dudaba que pudiera encontrar en otra parte uno que pudiera desempeñar con tanta facilidad. Leía mucho, cuidaba el jardín, hacía crucigramas; protegía sus propiedades. A los treinta y ocho, parecía ya un poco jubilado.

Pero cuando conoció a Ann —no en aquel primer encuentro en Repton Gardens, sino más tarde, una vez que se atrevió a proponerle que salieran juntos—, comenzó a sentir como si de repente se restableciera una línea de comunicación consigo mismo cuando era veinte años más joven. Era otra vez capaz de sentir la fantasía y el idealismo. Sentía también como si su cuerpo volviera a existir de nuevo. Pero esto no sólo significaba que ahora disfrutaba verdaderamente del sexo (aunque también lo significaba), sino que ya no se veía a sí mismo como un cerebro alojado en un contenedor. Durante diez años por lo menos había ido dejando de usar su cuerpo; la localización de todo placer o emoción, que en un tiempo parecía extenderse hasta el mismo borde de la piel, se había retirado a ese pequeño lugar situado en medio de su cabeza. Todo lo que valoraba sucedía entre sus orejas. Cuidaba de su cuerpo, por supuesto, pero con el mismo interés mudo e impasible que demostraba hacia su coche. Ambos elementos tenían que ser lavados y alimentados a intervalos variados; los dos se estropeaban de vez en cuando pero, normalmente, podían ser reparados.

893-8013: ¿De dónde sacó los nervios precisos para hacer esta llamada?

Él sabía cómo hacerlo: engañándose a sí mismo. Una mañana se sentó a su mesa frente a una lista de llamadas pendientes en medio de la cual había dejado el número de *ella*.

Entre arduas discusiones sobre horarios y resignadas expresiones de interés de directores de periódicos conocidos, se encontró de pronto ante el tono de llamada de *ella*. Hacía años que no llamaba a nadie (es decir, a ninguna mujer) para almorzar

(bueno, para un almuerzo que no fuera de trabajo). Nunca le había parecido... necesario. Todo lo que tenía que hacer era identificarse, comprobar que ella se acordaba de él y pedir una cita. Ella aceptó, e incluso dijo sí a la primera fecha que él sugirió. Esto le agradó, y le dio confianza para dejarse puesto el anillo de casado mientras duró el almuerzo. En un momento consideró la posibilidad de quitárselo.

Y las cosas continuaron siendo así de directas. Él o ella preguntaba «¿por qué no vamos a...?»; ella o él respondía «sí» o «no» y la decisión estaba tomada. No aparecían esas especulaciones sobre los motivos ocultos que surgían constantemente durante su matrimonio con Barbara. ¿Verdad que no querías decir eso, Graham? Cuando decías x querías decir y, ¿verdad, Graham? Vivir contigo es como jugar al ajedrez con alguien con dos filas de caballos, Graham. Una tarde, durante su séptimo año de matrimonio, después de una cena sin apenas tensión, cuando Alice se había ido a la cama y se encontraba lo más tranquilo y contento que entonces creía poder estar, le dijo a Barbara, exagerando sólo un poco:

—Estoy muy contento.

Barbara, que estaba limpiando las últimas migas de la mesa del comedor, se volvió y con los guantes de goma húmedos enfundados como los de un cirujano en acción, contestó:

—¿Qué es lo que vas a pedirme?

Hubo otros diálogos similares, antes y después, pero éste se le clavó en la memoria. Quizá porque realmente no intentaba obtener nada. Después de aquello siempre se interrumpía antes de decirle que la quería, o que estaba contento, o que las cosas marchaban bien, y antes ponderaba la pregunta: ¿Habría algo que Barbara crea que estoy tratando de evadir o alterar si sigo adelante y expreso lo que siento? Si no había nada, seguía adelante y se lo contaba. Pero todo ello eliminaba la espontaneidad.

Espontaneidad, actuación directa, la renovación de la comunicación consigo mismo: Ann le había introducido no sólo en el Placer (otras muchas podrían haberlo hecho) sino en sus aspectos más intrincados, en los laberintos del gozo; incluso consiguió refrescar su memoria respecto a placeres de otros tiempos. El proceso de esta introducción nunca variaba: primeramente un impulso de admiración al ver cómo Ann hacía algo (comer, hacer el amor, hablar o incluso estar de pie o andar); después, un periodo de captación mimética hasta que se relajaba ante alguna forma de placer; finalmente un estado de gratitud rayano (al principio no podía entenderlo, pero así ocurría) con un escrupuloso resentimiento. Aunque se sentía agradecido hacia ella por enseñarle, aun aprobando el que ella lo hubiera experimentado antes que él (¿cómo habría aprendido él si no?), luchaba a veces contra una residual y nerviosa sensación de vejación porque Ann había llegado a eso antes. Después de todo, era siete años mayor que ella. En la cama, por ejemplo, su confianza y naturalidad parecían poner de relieve (en forma de crítica o casi de burla) su cauta y embotada torpeza. «Oye, para, espérame», pensaba; y otras veces, con más resentimiento «¿Por

qué no aprendiste esto *conmigo!*».

Ann era consciente de ello —hizo que Graham se lo contara tan pronto como lo notó—, pero no parecía representar una amenaza. Seguramente el hablar del tema haría que se desvaneciera. Además, había muchos campos sobre los que Graham sabía mucho más.

Para ella, la historia era una biblioteca llena de libros cerrados. Las noticias carecían de interés porque eran inevitables, no se podía influir sobre ellas. La política le aburría, a excepción de la pequeña tensión de jugador que sentía en el momento en que se publicaban los presupuestos, o la tensión algo más fuerte durante las elecciones generales. Sabía los nombres de los ministros más importantes, aunque normalmente eran los del gobierno anterior.

Le gustaba viajar, a lo que Graham casi había renunciado totalmente (era otra actividad que principalmente tenía lugar en medio de sus orejas). Le gustaba el arte moderno y la música antigua; odiaba los deportes e ir de tiendas; le gustaba la comida y la lectura.

Graham opinaba que estas preferencias eran razonables, y que podrían congeniar con las suyas. A ella le había gustado el cine —por algo había interpretado pequeños papeles en algunas películas—, pero ya no le interesaba, lo que para Graham era perfecto.

Cuando le conoció, Ann no estaba buscando pareja.

—Tengo treinta y un años —había contestado a un tío suyo que preguntaba inquieto por la desnudez del dedo anular de su mano izquierda—, no estoy a disposición de nadie, ni busco a nadie.

Ya no esperaba encontrar en cada fiesta o en cada cena al compañero perfecto, ni siquiera al adecuado. Además, ya distinguía la cómica y desconcertante disparidad que se da entre intenciones y resultados. Esperas un *affaire* corto, casi sin contacto, y justo empieza a caerte bien su madre; te parecía un tipo bueno pero poco apasionado y descubres un diamantino egoísmo detrás de su modesta actitud de servir copas. Aún no se consideraba desilusionada o (como algunos de sus amigos la veían) desafortunada; simplemente se consideraba más sabia que cuando empezó. Hasta el momento, pensaba, teniendo en cuenta los complicados *ménages a trois*, los llorados abortos y las degradantes relaciones en que se habían metido algunos amigos suyos, no había salido demasiado mal parada.

A favor de Graham estaba el no ser particularmente guapo; Ann encontraba que le hacía parecer más auténtico. El que estuviera casado o no era un elemento neutral. Las amigas de Ann decretaron que una vez que cumplies los treinta, los hombres que conoces (a no ser que te dediques a violar impúberes) son o bien homosexuales o bien casados, o bien psicóticos, y de estos tres el tipo casado es obviamente el mejor. Sheila, la mejor amiga de Ann, mantenía la teoría de que en cualquier caso es preferible un hombre casado porque huele mejor, sus esposas les llevan los trajes al tinte. Mientras que la chaqueta del soltero, decía, apestaba a tabaco y a axila. El

primer *affaire* de Ann con un hombre casado le afectó mucho; pensaba que se comportaba, si no exactamente como una ladrona, al menos como un criminal de guante blanco. Pero esta sensación no duró mucho, y ahora pensaba que si los matrimonios iban mal, no era culpa suya, ¿verdad? Si los hombres engañaban a sus mujeres, era porque querían hacerlo. Si adoptabas una posición de principio, hombro a hombro con la esposa, no cambiaría nada las cosas. No obtendrías agradecimiento alguno por tu abnegada renuncia; el marido se iría con una fulana y la esposa no se enteraría nunca de tu apoyo silencioso. Así, cuando comió por primera vez con Graham y reparó en su alianza pensó solamente: Bien, esto me evita *esa* pregunta. Es difícil tener que hacer ciertas preguntas. A veces creen que quieres que mientan, lo hacen, y entonces te ves obligada a hacer comentarios sarcásticos innecesarios como «Debes planchar estupendamente».

Al final de lo que resultó ser un almuerzo de intercambio de información, Graham se inclinó hacia ella y el nerviosismo le impidió puntuar correctamente las dos frases que dijo:

—Querrás salir de nuevo a comer conmigo estoy casado dicho sea de paso.

Ella sonrió y simplemente contestó:

—Sí, querré. Gracias por advertirme.

Después de la segunda comida, en la que bebieron un poco más, él la ayudó a ponerse el abrigo con mayor cuidado, estirándolo por el hombro como si se hubiera arrugado. Cuando Ann contó a Sheila que éste era todo el contacto físico que habían tenido después de tres encuentros, su amiga comentó:

—Quizá, además de casado, sea invertido. —A lo que Ann contestó:

—No importa.

Y no importaba, o más bien no habría importado, pensó. Pero descubrió, tras un lapso de tiempo anticuadamente casto (y tras hacer tantas señales que habría hecho cambiar de rumbo a un barco de guerra), que Graham no era homosexual. Al principio, parecían hacer el amor como por cumplir una obligación social; pero poco a poco fueron haciéndolo con una frecuencia normal y por los motivos normales. Después de tres meses Graham se inventó una conferencia en Nottingham y pasaron el fin de semana conduciendo a través de balnearios ennegrecidos por el humo e inesperados páramos bordeados por paredes de piedra.

Ambos, cada uno por su lado, estaban preocupados por lo que pudiera pasar si Barbara telefoneaba al hotel y descubría que la señora de Graham Hendrick ya estaba registrada. Decidieron, cada uno por su lado, que la próxima vez tendrían que ser dos habitaciones distintas registradas a sus respectivos nombres.

A Ann le sorprendió el pavoroso descubrimiento de que se había enamorado de Graham. No parecía en absoluto el posible candidato: era impaciente, y desordenado, y daba golpes a las patas de las mesas de los restaurantes cuando se levantaba para marcharse; en cambio, los hombres que hasta entonces había amado eran pausados y relajados. Graham era también lo que ella entendía por un intelectual; aunque pronto

se dio cuenta de que no le gustaba hablar de su trabajo y parecía interesarse mucho más por el suyo. Al principio, su aspecto al colocarse las gafas para hojear una edición especial *prêt-à-porter* de la revista *Vogue* le resultó cómico y vagamente amenazador; pero como, por su parte, él no mostró deseo alguno de que le acompañara a la hemeroteca de Colindale para ayudarle a recopilar datos sobre huelgas y manifestaciones de entreguerras, comenzó a dejar de preocuparse.

Se sentía al mismo tiempo mayor y más joven que él. A veces le compadecía por la estrechez de miras de su vida pasada; otras se intimidaba pensando que nunca sabría tantas cosas como Graham, y que nunca sería capaz de discutir con la precisión y la lógica que percibía en él. En algunas ocasiones, tumbada en la cama, se ponía a pensar en su cerebro. ¿En qué se distinguía lo que había debajo de esa capa de pelo gris de lo que ella cubría con sus cabellos esculpidos, moldeados y rubios (ligeramente teñidos)? Si de verdad fuera neurocirujano, quizá habría podido decírselo.

Cuando el romance ya hacía seis meses que duraba se hizo necesario decírselo a Barbara. No por ella sino por *ellos*: estaban arriesgando demasiado; era mejor contárselo cuando quisieran que verse obligados a confesar tras un periodo de sospechas, doloroso para ella, que les haría sentirse culpables. También sería más limpio y más fácil para Barbara, se dijeron a sí mismos. Además, Graham odiaba tener que ir al cuarto de baño cada vez que quería mirar la foto de Ann.

Fracasó dos veces en el intento. La primera porque Barbara estaba en uno de sus días simpáticos y no podía soportar herirla, y la segunda porque estaba muy hostil y no quería que pensara que le hablaba de Ann por venganza. Quería que su declaración fuese inequívoca.

Al final sólo pudo hacerlo de la forma más cobarde: se pasó la noche entera con Ann. No lo planearon, pero se quedaron dormidos después de hacer el amor, y cuando Ann le despertó con una palmada asustada, de repente pensó: ¿Por qué he de hacerlo? ¿Por qué he de conducir a través del frío para acostarme junto a una esposa a la que no quiero? Y en vez de eso se dio la vuelta y permitió que el sueño, moralmente neutro, forzara su declaración.

Para cuando llegó a casa, Alice ya debía estar en el colegio, pero estaba allí todavía.

—Papá, puedo ir al colegio hoy, ¿no?

Graham odiaba los momentos como aquél. Se volvió hacia Barbara, consciente de que nunca la volvería a ver de aquella forma, inalterada e inalterable como apareció: con los oscuros rizos cortos, el bonito rostro redondeado, y la línea turquesa sobre los párpados. Sin demostrar nada, mirándole sin expresión alguna, como si mirara a un locutor televisivo.

—¡Hmm!, no veo por qué no.

—Hoy tenemos examen de historia, papi.

—Entonces tienes que ir.

La sonrisa con que respondió Alice no llegó a completarse.

—¿Tienes que? ¿*Tienes que*? ¿Qué derecho tienes a decir «tienes que»? ¿Puedes decirme qué derecho tienes? —La furia de Barbara tornaba alargada su cara redonda y angulosas sus suaves facciones.

Graham odiaba aún más los momentos como aquél. Era incapaz de discutir con Barbara; ella operaba siempre con audaces principios no académicos. Con sus alumnos podía discutir bastante bien: calmada y lógicamente, sobre la base de hechos conocidos. En casa no existían dichas bases; nunca parecías iniciar la discusión (o más bien el sistema de reproches directos), sino que te encontrabas sumido en la mitad; y las acusaciones a las que tenía que hacer frente eran un entramado casero de hipótesis, declaraciones, fantasía y malicia. Peor aún era el implacable añadido emocional que conllevaba la discusión: el precio amenazador de la victoria podía consistir en un silencio ruidoso, odioso y arrogante o un cuchillazo de carnicero en la nuca.

—Alice, vete a tu cuarto mientras tu madre y yo aclaramos esto.

—¿Por qué ha de irse? ¿Por qué no ha de oír de dónde provienen tus «tienes que»? ¿Es eso lo que has estado haciendo toda la noche, recopilando «tienes que»? Vienes con un montón de adorables órdenes para nosotras, ¿no? Venga, ¿cuáles son *mis* «tienes que» para el día de hoy?

Dios, ya se le había escapado de las manos.

—¿Te ocurre algo a ti, Alice? —preguntó tranquilamente.

Su hija bajó la cabeza.

—No, papi.

—Ha sangrado por la nariz. Yo no envío a un niño al colegio si ha sangrado por la nariz. No a su edad.

De nuevo comenzó. «A su edad». ¿Qué quería decir con eso? ¿Había ciertas edades a las que se podía enviar las hijas al colegio aunque hubiesen sangrado por la nariz? ¿O era simplemente que Barbara pretendía sacar fondos de esa cuenta suiza de razones «femeninas» para hacer o no hacer las cosas? ¿Estaba todo relacionado con la privacidad del dominio madre—hija del que Graham quedó ritualmente excluido desde hacía un par de años? ¿Era «sangrar por la nariz» un eufemismo?

—Ya estoy bien. —Alice levantó la cara hasta apuntar a su padre con los agujeros de la nariz. Aun así, el interior de la nariz estaba oscuro, no sabía si agacharse y examinarla. No sabía qué hacer.

—Alice, ese gesto es asqueroso —dijo Barbara y bruscamente le hizo bajar la cabeza de un golpe—. Vete a tu cuarto y tumbate y, si te encuentras bien dentro de una hora, te dejaré ir al colegio con una nota.

Graham se percataba de su ineptitud para aquella clase de disputas. En un movimiento, Barbara había hecho evidente su autoridad sobre su hija, había conseguido que permaneciera en la casa como testigo a distancia del juicio al padre delincuente y se había otorgado el papel de liberadora del futuro de Alice, afianzando

así la alianza permanente contra Graham. ¿Cómo lo lograba?

—Bien —afirmó Barbara más que preguntó, antes (aunque sólo un poco antes) de que Alice cerrase la puerta de la cocina. Graham no contestó, estaba escuchando los pasos de Alice en la escalera, pero lo único que oyó fue—: BIEEEEEEEEN.

La única técnica que Graham había aprendido en quince años era permitir que declarara sus primeras doce acusaciones antes de intervenir.

—Graham, ¿qué pretendes pasando toda la noche fuera de casa sin avisarme, regresando a esta hora y tratando de gobernar mi casa por mí?

Ahí estaban las cuatro primeras. Graham había comenzado ya a sentirse desligado de la casa, de Barbara e incluso de Alice. Y si Barbara necesitaba complicados juegos para asegurarse las simpatías de Alice era porque claramente necesitaba a la niña más que él.

—Estoy liado con otra. Te dejo.

Barbara le miró como si no le reconociera. Ya había dejado de ser el locutor televisivo; ahora era un villano. Ella no dijo una palabra. Él sintió que era su turno de hablar, pero no había mucho que añadir.

—Estoy liado con otra, ya no te quiero. Te voy a dejar.

—No lo harás. Lo conseguiré. Si tratas de hacerlo... acudiré a las autoridades universitarias.

Por supuesto, estaba hablando en serio. Pensaba que la única persona con la que podía tener un lío era una alumna.

Así de limitado le creía. Al darse cuenta de eso se sintió más confiado.

—No es una alumna. Te dejo.

Barbara lanzó un fuerte grito; Graham no la creyó. Cuando se calló, dijo únicamente:

—Creo que tienes a Alice de tu parte sin necesidad de todo esto.

Barbara gritó de nuevo, igual de alto y durante el mismo tiempo. Graham se sentía impasible, casi engreído. Quería irse; se iba a ir, iba a amar a Ann. No, ya amaba a Ann. Iba a continuar amando a Ann.

—Ten cuidado; podría ser contraproducente. Ahora me voy a trabajar.

Ese día dio tres clases sobre Baldwin sin sentir tedio alguno, ni ante sus propias repeticiones ni ante las bienintencionadas banalidades de sus alumnos. Llamó por teléfono a Ann para decirle que le esperara esa noche. Al mediodía compró una gran maleta, un tubo de pasta de dientes, hilo dental y una bata tan peluda como una alfombra de piel de oso. Se sentía como si se fuera de vacaciones. Sí, serían unas vacaciones, unas largas e interminables vacaciones, y lo que es más, unas vacaciones dentro de otras vacaciones. El pensamiento le hizo sentirse estúpido. Volvió a la tienda y compró un rollo de fotografías.

Llegó a casa a las cinco y subió arriba directamente, sin mirar si estaban su mujer o su hija. Llamó a un taxi desde el teléfono que estaba junto a su cama. Mientras colgaba el teléfono, Barbara entró en la habitación. No le dijo nada, simplemente

abrió la maleta nueva encima de la cama. Los dos miraron a su interior, desde donde la caja de película Kodak, raucamente anaranjada, les devolvía la mirada.

—No vas a llevarte el coche.

—No voy a llevarme el coche.

—No vas a llevarte nada.

—No voy a llevarme nada.

—Te llevas todo, *todo*, ¿me oyes?

Graham seguía llenando la maleta de ropa.

—Quiero las llaves de la puerta principal.

—Puedes cogerlas.

—Voy a cambiar las cerraduras. —(Entonces para qué pedir las llaves, se preguntó Graham, sin entusiasmo.)

Barbara salió. Graham terminó de llenar la maleta con el resto de la ropa, la máquina de afeitar, una fotografía de sus padres, una de su hija, y comenzó a cerrar la maleta. Sólo había llenado la mitad. Todo lo que quería llevarse cabía en media maleta. Se sintió alborozado por el descubrimiento, y como más ligero. Había leído una biografía de Aldous Huxley y recordó que le desconcertó la reacción del escritor cuando se quemó su casa de Hollywood. Huxley observó tranquilamente cómo ocurría: sus manuscritos, sus libros de notas, toda su biblioteca se destruyeron sin la menor interferencia de su propietario. Tuvo mucho tiempo, pero todo lo que quiso salvar fueron tres trajes y un violín. Graham pensó que ahora lo entendía. Tres trajes y un violín. Miró su maleta y sintió algo de vergüenza por su tamaño.

Cuando la levantó oyó cómo los trajes caían suavemente hacia las bisagras; para cuando llegara ya se habrían arrugado. Dejó la maleta en el hall y entró en la cocina; Barbara estaba sentada a la mesa. Dejó delante de ella las llaves del coche y las de la casa. En respuesta, ella le acercó una gran bolsa de ropa sucia.

—No pienses que voy a lavarte *esto*.

Él negó con la cabeza y tomó la bolsa.

—Mejor voy a despedirme de Alice.

—Está en casa de una amiga. Se queda esta noche. Le dije que podía irse. Como tú hiciste —añadió Barbara, aunque con un tono de abatimiento más que de maldad.

—¿Qué amiga?

Barbara no contestó. Graham volvió a negar con la cabeza y se fue.

Con la maleta en la mano derecha y la bolsa de la colada en la izquierda anduvo a lo largo de Wayton Drive y se metió por Highfield Grove. Allí era donde el taxi debía de esperarle. No quería ponérselo difícil a Barbara (quizá incluso pensó que sería mejor comprendido si se marchaba andando), pero se hubiera sentido fatal llegando a casa de Ann, a comenzar la segunda parte de su vida, en transporte público.

El conductor del taxi examinó a Graham y su equipaje sin hacer comentarios. Graham pensó que debía parecer un noctámbulo desesperado, que o bien salía de casa demasiado pronto o bien se había retrasado patéticamente. Pero estaba lo

suficientemente seguro de sí como para no dar explicaciones, y se acomodó en la parte trasera del taxi. Tras avanzar un par de kilómetros divisó a un lado de la carretera un recipiente de madera para la basura, pidió al conductor que se parara y allí dejó caer su ropa para lavar. No se llega al principio de un periodo de miel con una bolsa de ropa sucia.

Y así comenzaron las vacaciones interminables. Graham y Ann pasaron seis meses en el apartamento de ella hasta que encontraron un chalet adosado con jardín en Clapham. Barbara demostró una vez más su falta de mano izquierda con Graham, insistiendo en un divorcio inmediato. No quería la típica separación de dos años sin acusaciones, sino un divorcio a la antigua, con el correspondiente juicio de faltas. A la vista de sus demandas, Graham permaneció tan pasivo como Huxley. Continuaría pagando la hipoteca; le pasaría una cantidad de dinero a Alice; Barbara se podía quedar con el coche y con todo lo que contenía la casa. Ella no aceptaría dinero destinado específicamente a sus gastos, sólo lo aceptaría de forma indirecta. Ella estaba buscando trabajo. Graham, y más tarde el juez, encontraron encomiables dichos propósitos.

La orden preliminar de divorcio salió al final del verano de 1978; Graham tenía derecho a ver a Alice una vez a la semana. Poco después, él y Ann estaban casados. Pasaron la luna de miel en Naxos, en una casita blanca que pertenecía a un compañero de Graham. Se comportaron como suele hacerse en estos casos: hacían el amor con frecuencia, bebían bastante vino de Samos, se quedaban más tiempo del necesario mirando a los pulpos que se secaban en los muros del puerto, pero Graham, curiosamente, se sentía soltero. Estaba contento pero no se sentía casado.

Después de quince días, tomaron un barco lleno de viudas y ganado y volvieron a El Pireo; después, otro lleno de pensionistas y universitarios siguiendo la costa Adriática hasta Venecia; cinco días más tarde volaron de vuelta a casa. Cuando el avión cruzaba los Alpes, Graham cogió la mano de su encantadora, limpia e inmejorable esposa, y se repitió suavemente que era un hombre feliz. Éstas habían sido las vacaciones dentro de las vacaciones; ahora debían reanudarse las vacaciones externas. No parecía haber motivo para que terminaran ninguna de las dos.

Según pasaron los dos años siguientes, Graham comenzó a sentirse debidamente casado. Quizá subconscientemente, había esperado que todo fuese como la primera vez. Su vida erótica con Barbara había sido agradable pero apremiante, a veces muy descoordinada, un estremecimiento fugaz ante la novedad de vivir el amor y la lejana sensación de haber cumplido un deber hacia los padres y la sociedad. Esta vez los énfasis eran diferentes: él y Ann habían dormido ya juntos durante un año, el segundo amor le hacía sentirse más cauto que embriagado; y algunos amigos se mostraban celosos y distantes por haber abandonado a Barbara. Otros advertían: el segundo tropiezo en la misma piedra.

Lo que hacía a Graham sentirse casado era que no ocurría nada, nada que provocara miedo o desconfianza en la forma en que le trataba la vida. Así, poco a

poco, los sentimientos se le inflaron como un paracaídas; tras el alarmante descenso inicial, todo empezó a suceder más despacio, y él colgaba allí, con el sol en la cara y el suelo acercándosele muy lentamente. Pensaba no ya que Ann representaba la última oportunidad, sino que siempre había representado su primera y única oportunidad. Esto es lo que pasa, pensó; ahora lo veo claro.

Cada vez se le hacía más fácil el amor, y éste y Ann le fascinaban cada vez más. Paradójicamente, las cosas resultaban al tiempo más sólidas y más precarias. Cuando Ann estaba fuera trabajando, notaba que la echaba de menos, pero no sexualmente, sino moralmente. Cuando ella no estaba se arrugaba, se aburría; se volvía más estúpido y un poco asustado; se veía indigno de ella, y un marido sólo adecuado para Barbara. Y cuando Ann regresaba, se encontraba observándola y estudiándola mucho más de cerca que cuando se conocieron. A veces esta meticulosa pasión se hacía desesperante y frustrante. Envidiaba las cosas que tocaba. Menospreciaba los años que había pasado sin ella. Se sentía frustrado por no poder *ser* ella, aunque sólo fuera por un día. En vez de eso, inventaba dúos interiores en los que una parte de él actuaba haciendo el papel de Ann y la otra era él mismo. A partir de estas conversaciones llegaba a la conclusión de que se llevaban extraordinariamente bien. No contaba a Ann nada acerca de este hábito, no la quería agobiar con demasiados datos sobre su amor, por si..., por si los detalles le hacían sentirse incómoda; o porque podría parecer que le estaba pidiendo reciprocidad.

A menudo se imaginaba contando su vida a los peatones que pasaban por la calle, a cualquiera que estuviese lo suficientemente interesado como para preguntarle. Nadie le preguntó nunca, pero probablemente era más por falta de educación que por falta de interés. En cualquier caso, Graham tenía preparadas las respuestas para el caso, y se las recitaba a sí mismo con frecuencia, diciendo en voz baja su rosario de alegrías nuevas. Ann había ampliado sus horizontes, y le había ayudado a recuperar colores olvidados que todo el mundo tiene derecho a ver. ¿Durante cuánto tiempo había manejado sólo el verde, el azul o el añil? Ahora veía más, y se encontraba seguro, existencialmente seguro. En su nueva vida se repetía constantemente un pensamiento que le reconfortaba de forma extraña. Al menos ahora, se decía a sí mismo, ahora que tengo a Ann, alguien llorará mi muerte.

2. IN FRAGRANTI

Debía haberlo sospechado antes, desde luego. Al fin y al cabo, Barbara sabía que él odiaba el cine. Él lo odiaba; ella lo odiaba: veinte años atrás, durante sus primeros galanteos, esto les había unido mucho. Se sentaron educadamente a ver *Espartaco*, y rozaron sus codos de vez en cuando de una forma que indicaba más molestia que deseo, y más tarde confesaron que no sólo no les había gustado la película, sino tampoco la moraleja que en ella subyacía. No ir al cine fue una de sus primeras características notables como pareja.

Ahora, según decía Barbara, su hija quería que le llevase a ver una película. De repente se dio cuenta de que no tenía la menor idea de si Alice había ido alguna vez al cine. Por supuesto, habría ido ya, a no ser que su herencia genética en el terreno estético fuera anormalmente dominante. Pero no lo sabía con certeza. Esto le entristecía. Tres años de separación bastan para ignorar las cosas más simples. Y se ponía aún más triste. Tres años de separación, y ni siquiera te habías preguntado a ti mismo si lo sabías o no.

Pero por qué quería ir Alice con él; ¿y por qué al reestreno de una comedia inglesa fracasada hace cinco años que daban en el Holloway Odeon?

—Parece que hay en ella una secuencia que fue rodada en su colegio —contestó bruscamente Barbara al teléfono; como de costumbre, los requerimientos de su hija no le eran comunicados directamente—. Todas sus amigas van a ir a verla.

—¿No puede ir con ellas?

—Creo que todavía tiene algo de miedo a los cines. Creo que disfrutará más con un adulto. —No contigo porque seas tú, sólo porque eres un adulto.

Graham accedió, en aquella época accedía a todo. Cuando llegó al Odeon con Alice, se confirmó la pertinencia de las dos décadas de abstención. El hall olía a cebolla ligeramente frita, y se invitaba a los clientes a que la untasen en los perritos calientes para defenderse contra el frío de una cálida tarde de julio. Se dio cuenta de que sus entradas costaban lo mismo que una paletilla de cordero. Dentro, a pesar de la escasez de espectadores, la sala estaba turbia por el humo de los cigarrillos. Sin duda porque los pocos que había encendían los cigarrillos de dos en dos en pusilánime imitación de una película americana que decididamente Graham no había visto.

Cuando empezó la película recordó muchos más motivos por los que no le gustaba el cine. La gente hablaba de la artificialidad de la ópera, pero ¿habían mirado este material a fondo alguna vez? Colores chillones, argumento risible. Música de 1880 con adornos de Copland y la complicación moral del plagio de «*Dandy*». Por supuesto, *Over the Moon* era probablemente un ejemplo pobre del género; pero uno siempre examina el arte malo para hacerse una idea clara de las convenciones básicas del estilo.

Por cierto, ¿a quién se le ocurre ir a ver una comedia con suspense, acerca de un ladrón gordo que no para de empacharse en antros inmundos, y luego se topa con un detective muy delgado y cojo de una pierna que corre aún más despacio que el ladrón gordo? Ah, mira, se decía Graham a sí mismo, cuando en una de las escenas de persecución sonaba un fondo de piano de feria y las imágenes se aceleraban, han descubierto *esta* técnica. Mayor aún era la consternación que producía el hecho de que las dos docenas de personas de la audiencia —ninguna de las cuales tenía aspecto de ir al colegio con Alice— parecían reír sinceramente. Notó que su hija Alice le tiraba de la manga.

—Papi, ¿no te gusta la película?

—No, querida, es que el proyector funciona mal —contestó; cuando terminó la secuencia añadió—: Ahora se ha arreglado.

De vez en cuando miraba a Alice de soslayo, temiendo que le divirtiera el cine: una hija de padres abstemios bebiendo a grandes tragos una copa de jerez dulce. Su cara casi no tenía expresión, excepto por un leve fruncimiento que, como bien sabía Graham, era su forma de registrar el desprecio. Esperó la escena en que aparecía el colegio, pero la mayoría habían sido rodadas en interiores. Durante una secuencia larga en una ciudad que pretendía ser Birmingham (aunque Graham pensó que era Londres) quiso distinguir a cierta distancia un edificio que le resultaba familiar.

—¿Es ése?

Pero Alice se limitó a arrugar un poco más la cara, avergonzándole con su silencio.

Después de una hora las pistas que marcó el ladrón obeso condujeron al detective lisiado, casi por casualidad, hasta un criminal mucho mayor, un italiano de pequeño bigote repantigado en la silla de un club, un tipo que despreciaba la ley mientras se fumaba un cigarro filipino. El detective tullido inmediatamente empezó a abrir las puertas del apartamento. En el dormitorio encontró a la esposa de Graham. Llevaba gafas oscuras y leía un libro; las sábanas tapaban púdicamente sus pechos, pero las implicaciones de la cama revuelta estaban demasiado claras. No era extraño que la película hubiera sido clasificada en el tipo A.

Cuando el héroe descubrió a la aparentemente famosa reina de la belleza, y cuando Graham reconoció a su esposa atrozmente teñida de agua oxigenada, ella dijo, con una voz lo suficientemente honda como para suponer que estaba doblada:

—No quiero publicidad.

A Graham se le escapó una violenta carcajada, privándose de la réplica del tipo de la gruesa suela de goma. Echó una mirada a Alice y advirtió de nuevo su gesto fruncido.

Durante los dos minutos siguientes de la escena la segunda esposa de Graham actuaba alternativamente con sorpresa, furia, desprecio, duda, perplejidad, arrepentimiento, pánico y, por segunda vez, con furia. Era el equivalente emocional a la persecución. Ella incluso tuvo tiempo para coger el teléfono que estaba sobre la

mesilla de noche, proporcionando así una rápida visión de sus hombros desnudos a aquellas de entre las veintiséis personas que estaban en el Holloway Odeon cuya vista no se turbaba por estar fumando dos pitillos al mismo tiempo. Después desapareció de escena, así como —indudablemente— de la mente de cualquier director de casting que no hubiera podido ahorrarse la película.

Cuando salieron del cine Graham todavía sonreía por dentro.

—¿Era aquél? —preguntó a Alice.

—¿Era aquél qué? —contestó con pedante seriedad. Al menos había heredado algo de su carácter.

—¿Era aquél tu colegio, el de aquel plano?

—¿Qué colegio?

—*Tu* colegio, por supuesto.

—¿Qué te hace pensar que aquello era mi colegio?

—¡Ah! ¡Uh—uh! Creía que por eso vinimos a ver la película, Alice, porque querías ver tu colegio.

—No. —Frunció el ceño otra vez.

—¿No han ido todas tus amigas a verla esta semana?

—No.

Claro que no, por supuesto que no.

—¿Qué opinas de la película?

—Creo que fue una pérdida de tiempo y de dinero. Ni siquiera salía un lugar interesante, como Africa. Lo único divertido fue cuando se estropeó el proyector.

Había sido bastante justa. Entraron en el coche de Graham y se dirigieron despacio al salón de té preferido de Alice, en Highgate. Sabía que era su preferido porque en los tres años que había estado sacándola los domingos por la tarde habían pasado por todos los salones de té del norte de Londres. Tomaron pastelitos de chocolate, como de costumbre. Graham comió con los dedos; Alice con tenedor. Ninguno de los dos hizo comentarios sobre ello, ni sobre ninguna de las otras formas en que ella crecía alejándose de lo que hubiera sido si no se hubiera ido de casa. Graham pensaba que no era bonito mencionar estas cosas, y esperaba que ella no las notara tampoco. Ella lo notaba todo, por supuesto, pero Barbara le había enseñado que era de mala educación hablar a la gente de su mala educación.

Tras secarse los labios con una servilleta —no seas una Cerbatana Humana, le decía su madre— dijo inocentemente:

—Mamá dijo que tenías especial interés en ver esta película.

—Ah, ¿dijo eso? ¿Y dijo por qué?

—Dijo que querías ver a Ann en uno..., ¿qué fue lo que dijo?... «de sus papeles cinematográficos más convincentes». Creo que eso fue lo que dijo —Alice le miraba solemnemente. Graham estaba enfadado, pero no tenía sentido tomarla con Alice.

—Debe de haber sido una broma de mamá —dijo él. Una broma de las más inteligentes, sin duda—. Te diré algo. ¿Por qué no le devolvemos la broma a mamá?

¿Por qué no decimos que intentamos ver *Over the Moon* pero no había entradas y tuvimos que ir a ver la nueva de James Bond?

Supuso que estarían dando una película de James Bond; siempre parecía haber una.

—De acuerdo —sonrió Alice, y Graham pensó: Es igual que yo, lo es. Pero quizá solamente lo pensaba cuando se mostraba de acuerdo con él. Bebieron el té durante un rato; después ella dijo:

—No era una película muy buena, ¿verdad, papá?

—No, me temo que no.

Otra pausa. Después, inseguro pero sintiendo que la pregunta se hacía obligada, añadió:

—¿Qué te pareció Ann?

—Pura basura —respondió Alice vehementemente.

Era igual que Barbara, estaba equivocado.

—Era una..., una *fulana*.

Graham, como siempre, ocultó su réplica ante sus descubrimientos léxicos.

—Sólo estaba actuando. —Pero sonó más conciliador que seguro.

—Bien, pienso que lo hizo condenadamente bien.

Graham observó la expresión de su hija, grata y abierta pero no totalmente definida. ¿Hacia qué lado se inclinaría? ¿Hacia la extraña combinación de facciones afiladas y redondeadas que él veía en Barbara, o hacia unos rasgos perspicaces, tolerantes y maduros? Deseó por su bien que no se pareciera a sus padres.

Terminaron el té y Graham la llevó en el coche, aún más despacio de lo que solía, de vuelta a casa de Barbara. Así la veía entonces. En otro tiempo la vio como la casa de los dos, ahora sólo de Barbara. Y no tenía ni siquiera la decencia de tener un aspecto diferente. Graham detestaba la casa porque no había sido pintada ni había en ella un cambio simbólico que demostrara los cambios en la propiedad. Pero la casa estaba claramente del lado de Barbara. Claro, siempre lo había estado. Su inalterable apariencia semana tras semana sólo tenía el propósito de recordarle su..., su qué, ¿su traición?

Quizá, aunque en Barbara la sensación de haber sido traicionada no era tan aguda como ella le permitía seguir creyendo. Ella había sido siempre marxista en lo relativo a las emociones, creía que no debían existir para sí mismas, sino que debían trabajar un poco para comer. Además, durante años se había interesado más por su hija y su casa que por su marido. La gente supuso que lloraría, y lo hizo, pero no siempre se creía a sí misma.

Era el último domingo del mes: como de costumbre, Barbara esperaba a que Alice pasara bajo su codo para dejar un sobre en manos de Graham. Contenía el detalle de los gastos adicionales del mes de los que le hacía responsable. A veces se trataba de un regalo *inútil* que Barbara consideraba necesario para que Alice superara algún día el indescifrable dolor producido por la partida de su padre; la petición no

admitía respuesta, y el talón le salía torcido.

Graham metió el sobre en el bolsillo sin hacer ningún comentario. Normalmente contestaba al domingo siguiente con otro sobre silenciosamente recibido. Las diferencias se resolvían el jueves por la noche, cuando llamaba por teléfono y le estaba permitido hablar con Alice entre cinco y diez minutos, dependiendo del humor de su madre.

—¿Te gustó la película? —preguntó Barbara llanamente.

Estaba guapa y limpia, con el pelo oscuro y rizado recién lavado. Tenía aspecto de haber-salido-y-haberlo-pasado-muy-bien; opuesto al aspecto de martirizada-por-el-trabajo-de-casa-y-por-ser-madre-y-padre-a-la-vez. Graham sentía la misma dura indiferencia ante ambas expresiones. Sentía, en primer lugar, una agradable falta de curiosidad por saber por qué la quiso alguna vez. Aquel pelo oscuro, de un color tan entero que no parecía humano; aquella cara redondeada y perfectamente olvidable; aquellos ojos acusadores.

—No pudimos entrar —contestó él, igual de llanamente—. Es uno de esos cines que han dividido en tres, supongo que todas sus amigas han llegado antes.

—Entonces, ¿qué habéis hecho?

—Bueno, pensamos que como ya estábamos allí podíamos ir a ver otra, y nos metimos en la última de James Bond.

—¿QUÉ? —El tono de ella era más agudo, más de reprimenda de lo que él hubiera predicho—. Vas a lograr que la niña tenga pesadillas. *De verdad*, Graham.

—Creo que es demasiado sensible para eso.

—Bien, todo lo que te digo es que es tu responsabilidad. *Tu responsabilidad*.

—Sí. Sí, de acuerdo entonces. Adiós..., hablaremos el jueves.

Retrocedió por el escalón de la entrada como un vendedor de cepillos desairado. Por entonces, con Barbara incluso las bromas se hacían agrias. A su debido tiempo se enteró de que no fueron a ver la película de James Bond —Alice se lo guardó un momento y después lo soltó en aquel tono más bien solemne que solía emplear—, pero para entonces Barbara ya lo consideraba un simple chiste vengativo. ¿Por qué tenía que hacerle siempre este tipo de cosas? ¿Por qué siempre se sentía así al marcharse? Ya basta, pensó. Ya basta.

—¿Estuvo bien la visita?

—No del todo mal.

—¿Salió muy cara? —Ann no se refería al precio de la salida con Alice, sino al precio indirecto, al del sobre cerrado. Y quizá también a otros costes indirectos.

—No lo he mirado.

Tiró el sobre mensual sin abrir sobre la mesa de café. Siempre se deprimía al pasar de la parte fallida de su vida a la parte activa; suponía que era inevitable. Y siempre subestimaba el talento de Barbara para hacerle sentirse un niño tonto: sospechaba que el sobre contendría también su pequeña carta firmada, en la que su ex esposa habría escrito «Trabajo Terminado» en grandes trazos rojos. Fue a la cocina,

donde Ann estaba preparándole un gin-tónico al cincuenta por ciento, la prescripción habitual para este momento de la semana.

—Casi te pilló in fraganti —dijo sonriendo.

—¿Eh?

—He estado a punto de pillarte in fraganti con el otro tipo —se extendió.

—¡Ah! ¿Cuál de ellos? —Todavía no había entendido el chiste.

—El tío del ojo de corbata. Bigote fino, esmoquin de terciopelo, cigarro filipino, copa de champán en la mano...; ése.

—Ah, ése. —Todavía estaba asombrada—. ¿Enrico o Antonio? Los dos tienen bigote fino y no paran de trasegar champán.

—Riccardo.

—¡Ah! Riccardo. —«Vamos, Graham, explícate», pensó ella, «deja de ponerme nerviosa».

—Riccardo Devlin.

—Devlin... ¡Jesús! Dick Devlin. Oh, ¿no me querrás decir que viste *Over the Moon*? Dios, ¿no es odiosa? ¿No estaba yo odiosa?

—Los actores no estaban bien elegidos. Y no pudieron contar con Faulkner para el guión, ¿verdad?

—Yo sentada en aquella cama, con unas ridículas gafas oscuras. Y decía «No quiero que se sepa nada de esto» o algo así.

—Eso habría sido mejor. No, era «No quiero publicidad».

—Bueno, no conseguí ninguna, desde luego, y muy justamente. Recibí mi castigo por ser una mujer fácil.

—Mmmmm.

—¿Para qué fuiste a ver *esa* película? Creía que ibas a una en la que salía el colegio de Alice.

—Sí, a eso fuimos, pero dudo que esa película siquiera exista. Fue..., bueno, supongo que fue una de las bromas de Barbara.

—Jodida Barbara. Jodida Barbara.

—Oh, no es para tanto, mi amor.

—No, en serio: jodida Barbara. Sólo puedes estar tres horas a la semana con esa niña y *ella* las usa para fastidiarme a mí.

—No creo que ésos fueran sus motivos. —No creía lo que estaba diciendo.

—¿Qué otra cosa podía ser? Sólo quería que me vieras actuando mal y que pasaras vergüenza delante de Alice. Ya sabes lo sugestionables que son los niños. Ahora Alice me verá como la puta de la pantalla.

—Es demasiado sensata para eso.

—No tenemos su edad. Es lo que parezco en la película, será eso lo que piense. «Papá se ha ido y se ha casado con una fregona», dirá mañana a sus amigas del colegio. «Vuestros padres están casados con vuestras madres, pero mi padre se ha ido, ha abandonado a mi madre y se ha casado con una fregona: la vi el domingo.

Una auténtica *fregona*.» —Ann hacía gestos imitando el horror de las niñas.

—No, no lo diré. No creo ni que conozca la palabra —contestó Graham, sin convencerse.

—Bueno, es probable que tenga su influencia, ¿no es cierto? Jodida Barbara —repitió ella, esta vez en tono concluyente.

Graham todavía se asustaba al oír ciertas palabras en boca de Ann. Siempre recordaría la primera vez que ocurrió. Estaban paseando por el Strand una tarde lluviosa cuando, de repente, ella le soltó el brazo, se paró, se miró la parte posterior de las piernas y dijo «joder». Al pisar un charco (o al pisarlo él, no sabía) le había salpicado agua sucia en la pantorrilla. Sólo una pantorrilla; eso era todo. Se podía lavar fácilmente las medias; no se había hecho daño; era de noche y por lo tanto nadie lo podría ver, y estaban al final y no al principio de la noche. Pero aun así ella había dicho «joder». ¿Qué es lo que hubiera dicho si de verdad hubiese ocurrido algo serio? ¿Si se rompiera una pierna o llegaran los rusos?

Barbara nunca había dicho tacos. Graham nunca había dicho tacos mientras estuvo con Barbara. Lo más grave que había dicho era «maldita sea»; excepto para sí mismo. Esa tarde, mientras caminaba con Ann por el Strand, preguntó suavemente:

—¿Qué dirías si llegasen los rusos?

—¡Eh! ¿Eso es una amenaza o una promesa?

—No, me refiero a que acabas de decir un taco porque te has salpicado las medias. Me pregunto qué hubieras dicho si te hubieras roto una pierna, si los rusos nos invadieran o algo así.

—Graham —contestó ella cuidadosamente—, creo que cruzaré ese puente cuando llegue a él.

Anduvieron un rato en silencio.

—Supongo que pensarás que soy un mojigato. Sólo quería saber.

—Digamos que tal vez has llevado una vida más bien recatada.

Lo dejaron aquí, por el momento; y Graham no podía evitar notar que, según se acercaba a Ann, su lenguaje empeoraba. Primero vacilantemente, después más suelto, y más tarde con un gozo expansivo. Ahora soltaba tacos automáticamente, como si fuera simple puntuación, como el resto de la gente.

Asumió totalmente que cuando llegaran los rusos le saldrían las palabras adecuadas.

—¿Cómo fue el rodaje de *Over the Moon*? —preguntó a Ann mientras lavaban los platos, esa noche.

—Menos divertido que otros. Mucho trabajo en el estudio. Era un presupuesto muy bajo, así que todos teníamos que llevar casi siempre la misma ropa. Recuerdo que trocearon el argumento para que varias escenas ocurrieran el mismo día, de forma que no hubiera que hacer muchos cambios.

—¿Y cómo era tu *inamorato* italiano?

—¿Dick Devlin? Era tan inglés como el East End. No ha saltado a la fama

todavía, ¿no? De hecho, *creo* que le vi hace unas semanas en un anuncio de loción de afeitar. Era simpático, sin mucho talento, pero simpático. No sabía actuar, utilizaba lo que él llamaba su «poder de brillar». Me llevó una tarde a jugar a los bolos, cuando no nos necesitaban. ¡A jugar a los bolos!

—Y... —Graham, que había estado secando los platos, se volvió y empezó a doblar servilletas para que, cuando contestara, Ann no pudiera ver sus ojos— ... ¿hicisteis eso?

—Oh, sí. —Por la dirección de su voz sabía que le estaba mirando—. Sólo una vez, creo.

—Poco más que un estornudo.

—No fue mucho más.

Graham alisaba las servilletas, cogía una cucharilla de té que estaba limpia, la llevaba a la pila y la metía en el agua. Al hacer esto besó a Ann a un lado del cuello e imitó un leve estornudo. Después la besó otra vez en el mismo sitio.

Le había gustado que le contestara sin rodeos.

Nunca era tímida o disimulada o evasiva. Nunca adoptó la postura, que podía haber estado justificada, de decir «Aún no mereces que te lo cuente». Lo contaba y eso era todo. Era un buen sistema: si preguntaba, ella lo decía; si no preguntaba, ella no contaba nada. Simple. Tomó la bandeja de café y se fue hacia el cuarto de estar.

Ann se alegraba de haber dejado de ser actriz cuando lo hizo, lo que ocurrió pocos meses antes de conocer a Graham. Ocho años fueron suficientes para darse cuenta de la azarosa relación talento—empleo. Un peregrinar por escenarios, televisión y más tarde cine le convenció de que cuando estaba bien era bastante buena actriz; lo que no era exactamente suficiente para ella.

Se lo pensó durante unos meses y al final lo dejó. No lo dejó para no hacer nada, sino para hacer un trabajo intensivo y diferente, utilizando hábilmente su amistad con Nick Skater para colocarse en Redman and Gilks (fue hábil no sólo por no dormir con él antes de que le hiciese la oferta, sino por dejar claro que aunque le diese el trabajo no lo haría. Él pareció aliviado, casi sintió respeto hacia ella al enfrentarse a su intransigencia. Quizá ése era el mejor método, pensó más tarde, el método moderno: en esta época, para conseguir un trabajo conviene *no* acostarse con la gente).

Y funcionó. En tres años era jefa de compras, con un presupuesto de seis cifras, con todos los viajes que quisiera y un número de horas, aunque a veces largas, determinadas por su propia eficacia. Vio cómo aparecía en su vida una estabilidad que le era poco familiar, incluso antes de conocer a Graham; ahora todo parecía más sólido que nunca.

El jueves Graham telefoneó a Barbara y discutió brevemente por las facturas.

—¿Por qué necesita tantos trajes?

—Porque los necesita. —Era la típica respuesta de Barbara: cogía un trozo de tu frase y lo repetía. Menos trabajo para ella, que además ganaba un tiempo para preparar la siguiente respuesta.

—¿Para qué necesita tres sujetadores?

—Los necesita.

—¿Por qué? ¿Lleva los tres puestos al tiempo? ¿Uno encima del otro?

—Uno puesto, uno limpio y otro en la lavadora.

—Pero pagué otros tres hace pocos meses.

—No debes haberte dado cuenta, Graham, y dudo de que te importe, pero tu hija está creciendo. Está cambiando... de talla.

Quiso decir «Oh, quieres decir que ya se le salen de la ropa», pero ya no tenían confianza para hablar así con Barbara. En vez de eso, utilizó un suave subterfugio.

—¿Tanto está creciendo?

—Graham, si le pones ropa apretada a una niña en pleno crecimiento le puedes hacer un daño enorme. Si oprimes su cuerpo se verá afectada su mente; es bien sabido. Realmente, no pensaba que tu tacañería llegaba hasta ese punto.

Odiaba estas conversaciones; en cierta medida porque sospechaba que Barbara medio invitaba a Alice a escucharlas, y ponía énfasis en la parte de la discusión que le afectaba.

—De acuerdo. Está bien. De acuerdo. Ah, por cierto, gracias por el regalo de boda retrasado, si eso es lo que era.

—¿El qué?

—El regalo de boda. Pensé que eso era lo del domingo por la tarde.

—Ah, sí; me alegro de que te gustara. —Por una vez parecía un poco a la defensiva, de forma que atacó de nuevo, instintivamente.

—Aunque realmente no acierto a comprender por qué lo hiciste.

—¿No aciertas? ¿No comprendes?

—No, quiero decir, qué interés podía tener para ti...

—Oh, pensé que debías saber dónde te estabas metiendo.

—Un detalle de tu parte —zorra, añadió para sí.

—No tiene importancia, pienso que es importante para Alice ver la clase de influencia bajo la que está actualmente su padre.

A él no se le escapó lo de *actualmente*.

—Pero ¿cómo supiste que Ann salía en la película? No aparece precisamente en los carteles.

—Tengo mis espías, Graham.

—Venga, ¿cómo lo supiste?

Pero ella sólo contestó:

—Tengo mis espías.

3. EL OSO BIZCO

Jack Lupton abrió la puerta con un cigarrillo humeante instalado a un lado de su barba. Alargó los brazos e introdujo a Graham en la casa, le puso una mano en el hombro, le apretó contra sí y finalmente le empujó hacia el hall, que estaba un piso más abajo.

—Graham, viejo cabrón, entra.

Graham no pudo evitar reír. Jack era poco de fiar en muchos aspectos, y gran parte de ellos eran regularmente analizados por sus amigos; pero en persona era tan desinhibidamente simpático, tan ruidosamente abierto y tan físico que inmediatamente olvidabas los términos precisos de la faena que te había hecho ayer. Su camaradería era fácil de admitir, era como si quisiera que fueras igual que él; pero si lo admitías, la cosa funcionaba, y si seguía funcionando sin cambios de tono ni vacilaciones —en el caso de Graham ya duraba cinco o seis años— terminabas por acostumbrarte a su franqueza.

El truco del cigarrillo era en principio una forma graciosa de acercamiento. La barba de Jack era suficientemente cerrada y dura como para aparcar un Gauloise en un punto situado hacia la mitad de la mejilla. Cuando estaba hablando con una chica en una fiesta se iba a buscar copas y colocaba su cigarrillo encendido en la barba para tener las manos libres (a veces encendía el cigarrillo sólo para lograr el efecto). A su vuelta, con cierto aire de bohemia, adoptaba una entre tres actitudes, según la idea que tuviera de la chica. Si parecía sofisticada, o aguda, o simplemente espabilada, tomaba el cigarrillo con naturalidad y seguía fumando (esto aseguraba, le decía a Graham, «un punto de originalidad»). Si parecía débil o tímida o indiferente, dejaba el cigarrillo ahí durante uno o dos minutos, hablando sobre un libro —aunque nunca sobre uno suyo— y entonces pedía un pitillo (lo que le hacía parecer «uno de esos escritores brillantes y despistados, siempre con la cabeza en las nubes»). Si no conseguía imaginar cómo era la chica o pensaba que estaba loca, o cuando estaba lo bastante borracho, dejaba que el cigarrillo se fuese consumiendo hasta llegar a la barba, luego miraba sorprendido y preguntaba: «¿No huele a quemado?» (esto le convertía en «un terrible carácter, un poco salvaje, probablemente algo autodestructivo, como todos los auténticos artistas, pero *tan* interesante»). Cuando usaba este tercer truco, lo acompañaba con alguna invención serpentina sobre su infancia o sobre su vejez. Pero ello tenía sus riesgos. Una vez llegó a quemarse en la persecución de una chica atractiva y extrañamente enigmática. No podía imaginar que no hubiera visto el cigarrillo, y su creciente incredulidad era paralela al creciente dolor. Más tarde supo que mientras había ido a por las bebidas, la chica se había quitado las lentillas porque el humo de su cigarrillo le irritaba los ojos.

—¿Café? —Jack volvió a golpear a Graham en el hombro.

—Por favor.

El piso inferior del apartamento de Jack en Repton Gardens había sido totalmente reconstruido, desde la parte de delante hasta la cocina; estaban sentados en la zona crepuscular central, que Jack usaba como cuarto de estar. En el porche cubierto estaba el despacho, con una silla de piano delante; la máquina de escribir eléctrica apenas se veía bajo el contenido de una papelerera volcada. Jack había explicado a Graham su teoría sobre el caos creativo. Por naturaleza era una persona aseada, afirmaba, pero su arte requería desorden. Las palabras simplemente se negaban a salir, a no ser que sintieran una anarquía sexy en el exterior, donde su forma ordenada pudiera producir un impacto. De ahí la papelerera volcada, las revistas, los sobres marrones y los cupones de apuestas de la pasada temporada. «Necesitan sentir que existe un lugar donde nacer», explicaba Jack. «Es como las tribus aborígenes donde las mujeres paren sobre grandes pilas de periódicos viejos. Es el mismo principio, y probablemente los mismos periódicos».

Cuando Jack movió sus voluminosas formas hacia la cocina, se apoyó ligeramente en una pierna y se tiró un pedo bastante ruidoso.

—No he sido yo, ha sido el viento —dijo en voz baja, para sí mismo, pero no del todo.

Graham ya se sabía éste. Se sabía también casi todos los demás, pero no le importaba. Según Jack se iba haciendo famoso como novelista, según la fama le iba permitiendo ser más autoindulgente y excéntrico, se tiraba pedos más a menudo. No eran sólo exhalaciones embarazosas de un esfínter senil, sino pedos trabajosos y prolongados. De alguna forma —Graham no comprendía el proceso— Jack lo había convertido en un manierismo aceptable.

Y no era sólo que lo convirtiera en algo aceptable cuando ya había ocurrido. Alguna vez, Graham pensó que lo planeaba. Un día Jack le llamó e insistió en que le ayudase a elegir una raqueta de squash. Graham protestó aduciendo que sólo había jugado al squash tres veces —una de ellas con Jack, que le hizo correr casi hasta el fallo cardíaco—, pero Jack se negó a aceptar sus argumentos. Se citaron en la sección de deportes de Selfridges, y aunque Graham pudo ver claramente las raquetas de tenis y squash en la zona izquierda, Jack le hizo dar una vuelta por toda la planta. Después de andar un buen rato se paró de repente, hizo el giro preparatorio del pedo, de forma que tras él quedaba una fila de bates de cricket inclinados, y lo dejó salir con estruendo. Cuando siguieron andando murmuró lateralmente a Graham:

—El Viento en los Sauces.

Cinco minutos después, cuando Jack había decidido que después de todo se quedaría con su raqueta vieja, Graham se preguntó si no estaría todo planeado; si no era sólo que Jack se había encontrado con un rato libre y una broma en la mano y había telefoneado a Graham para no desperdiciar ninguna de las dos cosas.

—Vale, chico —dijo Jack a Graham mientras le tendía una taza de café, se sentaba, bebía el suyo, retiraba el cigarro de su barba de un tirón y daba una calada—.

Novelista comprensivo y sensible se presta a escuchar a un catedrático preocupado. Son quince libras (convíértalas en guineas) por hora; sesiones sin límite de tiempo. Y cuéntame algo que con mis poderes de transformación yo pueda convertir en un cuento de como mínimo doscientas libras. Ése es el truco. Dispara.

Graham jugueteó un segundo con sus gafas; después bebió un poco de café. Se había precipitado: en seguida degustó cierto sabor a quemado. Rodeó la taza con las dos manos y miró dentro detenidamente.

—No es que quiera que me des un determinado consejo. No es que quiera que me confirmes una determinada forma de actuar que mi timidez me impide adoptar sin una segunda opinión. Estoy preocupado. No sé cómo reaccionar..., a qué tengo que reaccionar. Y, bien, no tengo experiencia sobre estos asuntos. Y pensé: Jack tendrá más experiencia en estas cosas que yo, incluso puede que haya tenido ataques de éstos él mismo, o conocerá a alguien que los haya tenido.

Graham miró a Jack, pero el humo del café le había empañado las gafas; sólo veía una sombra marrón.

—Viejo colega, está casi tan claro como la salida de incendios de un hormiguero.

—Ah, perdón. Son celos —dijo Graham de repente. Y después, tratando de ayudar—, celos sexuales.

—No existe otro tipo de celos, según mi experiencia. Hmm. Lamento oírlo, querido. La chica ha estado jugando con fuego, ¿no es eso? —Jack no entendía por qué demonios Graham acudía a él, a él entre todos. Su tono era cada vez más familiar—. Nunca se sabe, eso es lo que pienso. Nunca se sabe lo que se tiene hasta que ya es demasiado tarde, y para entonces ya te han jodido bien.

Esperó a que Graham continuara.

—No, no es eso, Dios, eso sería terrible. Terrible. No, es algo retrospectivo, todo es retrospectivo. Tengo celos de los tipos que conoció antes que a mí. Antes de conocernos.

—¡Ah! —Jack se puso alerta, cada vez estaba más sorprendido de que Graham hubiera acudido a él.

—El otro día fui a ver una película. Un desastre de película. Ann trabajaba en ella. También actuaba otro tipo (cuyo nombre no te diré), y más tarde descubrí que Ann se había acostado con él. No muchas veces —añadió Graham rápidamente—, una o dos veces. No llegó a *salir* con él, ni nada por el estilo, ¿sabes?

—Mm.

—Volví a ver la película tres veces en una semana. La primera vez pensé, ya sabes, que sería interesante ver otra vez la cara del tío ése: la primera vez no le había prestado mucha atención. Así que fui a echar una ojeada, y su cara no me gustó demasiado, pero no tenía por qué gustarme, ¿verdad? Más tarde me encontré yendo a verla otras dos veces más. Ni siquiera la daban en un cine del centro, sino en Holloway. Incluso pedí que me sustituyeran en una clase para poder ir.

—¿Y... qué tal fue?

—Bueno, la primera vez (es decir la segunda vez contando todas) fue... bastante divertido. El tío encarnaba a un miembro poco importante de la mafia, pero yo sabía (porque me lo había dicho Ann) que era del East End, así que le escuché atentamente, y noté que no podía ocultar el acento más de tres palabras seguidas. Y pensé: ¿Por qué Ann no había podido irse a la cama con un actor mejor? Y creo que me reí de él, y pensé que yo no era un casanova, pero soy mucho mejor catedrático de lo que tú nunca serás como actor. Y recordé lo que Ann me había dicho, que últimamente había estado haciendo anuncios de afeitado, y pensé, pobre bobo, quizá esta película fue el punto más alto de su carrera profesional y después ha vivido con envidia, sensación de fracaso y de culpa, y habrá llegado a encontrarse pidiendo limosna, habrá deseado a Ann y se habrá preguntado qué ha sido de ella, y cuando salí del cine pensé: *Come mierda, majo, come mierda*. La segunda vez (la tercera) creo que fue la del embrollo. ¿Por qué había vuelto? Había vuelto a ir. Sentía que... debía hacerlo. Tenía un presentimiento, un presentimiento sobre mí mismo, eso es todo lo que puedo decir. Estaba de un humor espléndido, y no sabía por qué había ido de nuevo en todo caso (fue el día que arreglé la clase), y allí estuve sentado durante la increíblemente aburrida primera media hora, no muy seguro de lo que iba a sentir pero sabiendo de algún modo que no iba a ser lo mismo que en ocasiones anteriores. Supongo que debí irme en ese momento.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Oh, por ese puritanismo infantil de no tirar el dinero. —Eso no era exacto—. No, era algo más que eso. Te diré lo que creo que era: era el sentimiento de que se acercaba algo peligroso. La expectación de no saber lo que te espera. ¿Suenan muy... cerebral?

—Un poco.

—Bien, pues no lo era. De hecho, era algo muy físico. Estaba temblando. Sentía que se me iba a revelar un gran secreto, sentía que iba a pasar miedo. Me sentía como un niño.

Hubo una pausa. Graham sorbió un poco de café.

—¿Estabas asustado? ¿Te temblaban las piernas?

—Algo así. Es difícil de explicar. No tenía miedo a ese tipo, sino que tenía miedo por su culpa. Me sentía muy agresivo, pero de una forma totalmente imprecisa. También noté que me iba a marear, pero ésta era una sensación diferente, externa. Estaba muy... alterado. Creo que era eso.

—Eso parece. ¿Qué tal la última vez?

—Lo mismo otra vez. Las mismas reacciones en los mismos momentos, con la misma intensidad.

—¿Ha cedido ya?

—Sí... en un sentido. Pero vuelve cada vez que pienso en ello. —Se detuvo. Parecía haber terminado.

—Bien, como quieres mi consejo, te lo voy a dar. Te diría que dejes de ir al cine.

De todas formas creía que no te gustaba.

Graham no parecía escucharle.

—¿Ves? Te he hablado tanto tiempo de la *película* porque fue el catalizador. Lo que hizo que todo explotara. Quiero decir: obviamente yo sabía que Ann había tenido otros ligues antes que yo, he conocido a alguno de ellos. No a todos, por supuesto. Pero sólo *después* de ver la película empezaron a importarme. De repente empezó a herirme el que Ann se hubiera acostado con ellos. De repente tuve una sensación..., no sé, como de adulterio, supongo, ¿o es una bobada?

—Es... sorprendente. —Deliberadamente, Jack no levantó la mirada. No se le ocurría nada que tuviera sentido.

—Es una bobada, pero he empezado a pensar en ellos de una forma diferente. Empiezan a preocuparme. Cuando me echo en la cama e intento dormir me siento como Ricardo III antes de aquella batalla... o quienquiera que fuese.

—¿No es de tu período?

—No es de mi período. Y la mitad de las veces pienso en ponerles a todos en fila en mi cabeza para mirarlos bien, otra mitad de las veces me da demasiado miedo hacerlo. Sé el nombre de alguno de ellos pero no sé qué aspecto tienen, y allí tendido busco rasgos para sus caras, intento hacer un retrato robot.

—Hmm, ¿algo más?

—Bueno, localicé un par de películas más en donde trabajaba Ann y fui a verlas.

—¿Qué le has contado a Ann?

—No todo. No le he dicho que había ido más veces al cine. Sólo que estaba alterado.

—¿Y qué dice ella?

—Oh, dice que siente que esté celoso, o posesivo, o como se llame, pero que es innecesario y que ella no ha hecho nada (no lo ha hecho, por supuesto) y que quizá trabajo demasiado. No es eso.

—¿Hay algo de lo que te sientas culpable? ¿Alguna pequeña infidelidad que estás proyectando?

—No, por Dios. Si fui fiel a Barbara durante quince años, no traicionaría a Ann en tan poco tiempo.

—Claro.

—No lo dices muy convencido.

—No, desde luego. En tu caso está claro. —Ahora parecía convencido.

—¿Qué debo hacer entonces?

—Creía que no querías consejos.

—No, quiero decir, ¿qué me está pasando? ¿Te suena algo de todo esto?

—En realidad, no. No estoy muy puesto en cosas de celos. Lo sé todo sobre el adulterio; a mi manera, no a la tuya: sobre *ese* tema siempre tendré un buen consejo para ti. Bien, de acuerdo..., lo cierto es que, tratándose de asuntos ocurridos en el pasado, no tengo mucha idea. —Jack hizo una pausa—. Por supuesto, podrías hacer

que Ann te mintiera. Hacer que te diga que no cuando es que sí.

—No. Además, no se puede hacer eso. Nunca le creería cuando dijera la verdad.

—Supón que no. —Jack pensaba que había tenido mucha paciencia. Hacía mucho rato que no hablaba sobre sí mismo—. Para mí está todo un poco enrarecido. Me temo que no servirá para un cuento. Sólo por ser escritor, la gente, incluso los amigos, suponen que te interesan mucho sus problemas y te los cuentan aunque no lo desees.

—¿Así que no tienes ninguna sugerencia?

Y entonces, aunque te han dicho que no buscan un consejo, por supuesto lo quieren.

—Bueno, yo que tú me tirarías a una putita, para curarme.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

—¿De que serviría eso?

—Te sorprendería saber cómo funciona. Lo cura todo, desde un ligero dolor de cabeza hasta el parón del escritor. Muy bueno también para las peleas conyugales.

—No tenemos peleas.

—¿Ninguna? Bueno, te creeré. Sue y yo discutimos a veces. Siempre lo hemos hecho, excepto en los días gloriosos, claro. Por entonces ni nos molestábamos en hacer la cama, sólo discutíamos quién se ponía encima.

Las gafas de Graham se desempañaron y pudo ver que Jack tomaba aire para contar una anécdota. Tenía que haber recordado que la atención de Jack, aunque absoluta, era siempre condicional.

—Con Valerie (creo que no llegaste a conocer a Val, ¿no?) discutía a todas horas. Bueno, esto fue hace veinte años. Pero discutimos desde el principio: No a vuestra manera, mamón, sino más bien como lo hacían en *Un lugar en la cumbre* o en *Una manera de amar*. En una parada de autobús. Tratando de desabrochar un sujetador con dos dedos helados de la mano izquierda sin ser zurdo, mientras finges acariciarle el muslo, y besarla al mismo tiempo, y metiendo el guante por su hombro derecho, para poder llegar a la zona agradable. Dicho así suena a Clausewitz, lo cual tampoco difiere mucho de la realidad, ahora que lo pienso.

»Así que al principio discutíamos sobre dónde debía poner la mano y cuándo, cuántos dedos y cosas así. Después, llegó por fin el desembarco de Normandía y entonces pensé: ¡Qué bien, se acabó la discusión! Pero no fue así; en lugar de eso discutíamos con qué frecuencia debíamos hacerlo, cuándo y dónde, o si es un paquete nuevo, Jack, ¿quieres, por favor, comprobar la fecha de caducidad? ¿Te imaginas, encendiendo la luz a la mitad para ver la fecha en el paquete?

»Y después del desembarco de Normandía, por supuesto, vino la batalla del Volga. Después de casarnos, se entiende. Entonces era deberíamos, no deberíamos, por qué no buscar un trabajo más normal, y ves este modelo de punto, pues Margaret tiene ya tres. Cinco o seis años fueron suficientes, te aseguro. Me piré en cuanto

pude.

—¿Y qué pasó con Valerie?

—Oh, Val se casó con un profesor. Un tipo algo mojigato, pero lo bastante bueno. Le gustan los niños, lo cual me viene muy bien. Estoy seguro de que siempre comprueba la fecha de caducidad.

Graham no estaba muy seguro de adónde quería llegar Jack, pero tampoco le importaba demasiado. Nunca antes había podido acceder a la historia de Lupton: Jack adoptaba la política de vivir sólo en el presente, que traía consigo un elegante olvido del pasado. Si preguntabas por su vida anterior se refería a su obra de ficción, o bien inventaba impulsivamente una mentira barroca. Por supuesto, no se sabía si incluso ahora estaba tramando un mito que se acoplara a las necesidades personales de Graham. Aunque siempre era franco, el novelista nunca era totalmente sincero.

—Creí que, al dejar a Val, había superado ya las discusiones. Cuando conocí a Sue, pensé: Ésta es encantadora. No hubo problemas con el desembarco de Normandía, había pasado una docena de años desde entonces y además estábamos en *Londres*, y ya habían construido el túnel bajo el Canal, ¿verdad, colega? Y al principio Sue parecía menos espinosa que Val. Así que nos casamos y entonces, pasado poco tiempo, adivínalo, empezaron las discusiones. Ella empezó a hacer preguntas como que cuál era mi papel, cosas así. Y yo le contestaba que quería un papel en la cama con una jovencita, por favor. Y entonces teníamos la gran pelea, y yo me largaba en busca de consuelo, y regresaba y entonces peleábamos por eso, de forma que, al final, pensé que tal vez era cosa mía. Quizá es que no se puede vivir conmigo. Fue entonces cuando decidimos que sería mejor que yo viviera en un piso en la ciudad y ella en el campo. Bueno, te acuerdas de eso, fue hace sólo unos años.

—¿Y qué pasó?

—No lo adivinarías: discutimos tanto como antes. Bueno, algo menos a menudo, supongo que porque nos vemos menos. Pero yo diría que el número de peleas por cada hora juntos permanece completamente estable. Y dominamos especialmente las peleas a gritos por teléfono. Discutimos tanto como cuando vivíamos juntos. Y cuando ocurre utilizo siempre el mismo recurso. Telefono a una antigua amiga y me consuelo con ella. Siempre funciona. Eso es lo que yo sé sobre lo que a falta de otro nombre llamamos adulterio. Siempre funciona. Si yo fuese tú, me iría por ahí a buscar una bonita mujer casada.

—La mayoría de las mujeres con las que me he acostado estaban casadas —dijo Graham—, Conmigo.

Se encontró deprimido. No había ido allí para oír una versión de la vida de Jack; aunque ciertamente no le importó escucharla. Tampoco había ido a conocer los remedios privados de Jack.

—¿No estarás sugiriendo en serio que vaya y traicione a mi mujer?

—Por supuesto que lo estoy haciendo. Bien pensado, no lo estoy haciendo. Eres un abuelito, te sientes demasiado culpable como para hacerlo. Después irías derecho

a casa a soltárselo a Ann en el hombro, y eso no haría ningún bien ni resolvería nada. No, lo que digo es que éste es tu oso bizco. Cada matrimonio tiene un oso bizco, y éste es el tuyo.

Graham le miró con los ojos en blanco.

—Un oso bizco. Un ojo mira a un lado y el otro ojo mira al otro lado. Bizco, ¿entiendes? ¡Que se jodan, Graham! Los dos nos hemos casado dos veces, los dos conservamos una buena salud mental, los dos nos lo pensamos muy mucho antes de dar el paso decisivo. Ahora, después de cuatro matrimonios, sabemos ya que los días gloriosos no duran mucho. ¿Qué le vas a hacer? Es decir, ¿no creerás que Ann tiene la culpa de tu actual situación?

—Por supuesto que no.

—¿Y no crees que la tienes tú?

—No..., supongo que no pienso sobre ello en términos de culpa.

—Por supuesto que no. Haces bien. Está en la misma naturaleza de la bestia, eso es lo que pasa. Está en la naturaleza del matrimonio. Es un error de diseño. Siempre habrá algo, y el mejor modo de sobrevivir, si se quiere sobrevivir, es identificarlo, aislarlo, y tener siempre la respuesta preparada para cuando surja.

—¿Como cuando llamas a tu antigua amiga?

—Claro. Pero tú no piensas hacer eso.

—No hay nada relevante que yo desee hacer en este momento. Todo lo que me gustaría es dejar de estar dentro de mi cabeza una temporada. Unas vacaciones.

—Bien, hay formas de conseguirlo. Haz algo, irrelevante si quieres, pero hazlo en serio. Echa un polvo, emborráchate, cómprate una corbata nueva. No importa lo que sea, con tal de que sea una manera de combatirlo. Si no, esto acabará contigo. Acabará con los dos.

Jack pensó que estaba portándose realmente bien. No estaba acostumbrado a ocuparse de problemas ajenos, y llegó a convencerse de que la trama presentada a Graham estaba bien construida pese al corto tiempo de que había dispuesto. A lo largo de su razonamiento había conseguido establecer una pauta de actuación para las vidas de ambos. Después de todo, en esto consistía su profesión, ¿no es cierto?: poner orden en el caos, plasmar el miedo, el pánico, la agonía y la pasión en doscientas páginas y seis libras noventa y cinco peniques. Para esto le pagaban; como exigencia suplementaria de su trabajo no resultaba muy duro. El porcentaje de mentira era parecido.

Graham decidió, aunque sin demasiado optimismo, pensar en lo que Jack le había dicho. Siempre había considerado que Jack tenía más experiencia que él. ¿Era así? Los dos se habían casado dos veces, los dos habían leído parecida cantidad de libros, tenían parecida inteligencia. Entonces, ¿por qué reconocía a Jack esa autoridad? En parte porque Jack escribía libros, y Graham respetaba los libros en lo abstracto y en lo práctico, y guardaba las distancias al entrar en su terreno. Y en parte porque Jack habla tenido un millón de romances; siempre parecía estar ligando con una nueva

chica. Tampoco esto le convertía necesariamente en una autoridad en el matrimonio. Pero, entonces, ¿quién lo era? ¿Mickey Rooney? ¿Zsa Zsa Gabor? ¿Algún Sultán turco o quién?

—O bien... —dijo Jack. Se frotaba la barba y trataba de parecer lo más serio posible.

—¿Qué quieres decir?

—Bien, siempre queda una solución... —Graham se estiró en su silla. Para eso había venido. Por supuesto: Jack sabría qué hacer, sabría la respuesta adecuada. Por eso había acudido a él; sabía que hacía bien—... No la quieras tanto.

—¿Qué?

—No la quieras tanto, puede sonar un poco pasado de moda, pero servirá. No tienes que odiarla. O hacer que te guste menos o... no hace falta que exageres. Sólo tienes que aprender a desligarte un poco. Puedes ser su amigo, si quieres. Quiérela menos.

Graham titubeó. No sabía muy bien por dónde empezar. Finalmente dijo:

—Yo lloro cuando se mueren las plantas de casa.

—Venga, tío.

—Ella tenía unas violetas africanas, no es que me gusten mucho las violetas africanas, ni tampoco a Ann. Creo que se las regalaron. Hay montones de plantas que le gustan más. Yo subí al estudio y lloré. No era por *ellas*; me puse a pensar en cómo las regaba, y en cuando les echaba fertilizante, y, bueno, en lo que ella sentía por las violetas..., realmente ella no sentía nada, como dije antes, sino en el tiempo *que ella* les dedicó, en cómo ella *estaba allí*, en su *vida*...

»Te contaré otra cosa. En cuanto se va a trabajar, lo primero que hago es coger mi diario y anotar todo lo que llevaba puesto, zapatos, medias, traje, bragas, sujetador, gabardina, horquilla, anillos. De qué color son. Todos los datos. A menudo son las mismas cosas, por supuesto, pero también lo anoto. Después, a lo largo del día, tomo ocasionalmente el diario y lo releo. No es que me aprenda de memoria cómo va vestida, sería un fraude. Saco mi diario (cuando estoy dando clase hago ver que estoy pensando en títulos de ensayos o algo así) y me quedo allí sentado, como vistiéndola. Es... muy agradable.

»Te contaré otra cosa. Siempre recojo la mesa después de cenar. Entro en la cocina, deslizo mi plato en la pila y de repente me encuentro a mí mismo comiendo lo que ha dejado en el suyo. A menudo no son cosas precisamente ricas (trozos de grasa o verduras descoloridas o la tripa de la salchicha) pero lo devoro. Y después regreso, me siento enfrente de ella y me pongo a pensar en nuestros estómagos, sobre cómo (sea lo que sea) lo que he comido podía haber estado dentro de ella, pero en cambio está dentro de mí. Pienso en lo extraño que habrá sido para esa comida el momento en que el tenedor descendió y el cuchillo cortó de una manera y no de otra, y en lugar de estar dentro de ti está dentro de mí. Este tipo de cosas me hacen sentirme más cerca de ella.

»Y te contaré otra cosa. A veces se levanta por la noche y hace pis, y no hay luz y está medio dormida y no sé cómo (sólo Dios sabe cómo lo hace, pero lo hace) tira el papel que ha usado para secarse fuera de la taza. Y yo voy a la mañana siguiente y lo veo ahí, tirado en el suelo. Y no es aquello de oler las bragas ni nada por el estilo, pero me pongo a mirarlo y me siento... tierno. Es como una de esas flores de papel que los malos actores llevan en el ojal. Lo encuentro bonito, lleno de color y decorativo. Podría hasta ponérmelo en el ojal. Lo cojo y lo tiro al retrete, pero después me pongo sentimental.

Hubo un silencio. Los dos amigos se miraron de frente. Jack notó cierta beligerancia en Graham; de alguna manera la confesión habla resultado agresiva. Quizá también hubiera un punto de autosatisfacción por el recital. Jack se sintió desconcertado, algo tan raro en él que le hizo pensar más en su propio estado interior que en el de Graham. De repente se dio cuenta de que su amigo se había puesto en pie.

—Bien, gracias, Jack.

—Me alegro de haber servido de algo. Si es que he servido. Llámame la próxima vez que quieras calentar el viejo diván del psiquiatra.

—Lo haré. Gracias otra vez.

La puerta principal quedó cerrada. Cada uno de ellos había andado siete metros en dirección opuesta cuando los dos se pararon, Jack se paró girando un poco y levantando una pierna, tras lo que se tiró un pedo no muy ruidoso y se dijo a sí mismo:

—Lo que el viento se llevó.

En el exterior, Graham se paró para aspirar el polvo de las plantas de interior y tomó una decisión. Si no iba al carnicero y hacía todas las compras en el supermercado, podía meterse a ver *The Good Times* de vuelta a casa y sorprender otra vez a Ann cometiendo adulterio.

4. SANSEPOLCRO, POGGIBONSI

Entonces empezó a extenderse.

Una tarde a finales de marzo se sentaron frente a un mapa de Italia para hablar sobre sus vacaciones. Juntos ante la mesa de la cocina, uno al lado del otro: Graham dejaba caer un brazo por encima del hombro de Ann. Era un brazo reconfortante y marital, una parodia tranquila de las inquietas y agobiantes efusiones de Jack. Mirar el mapa provocaba en la mente de Graham suaves ensoñaciones; recordaba que los placeres más antiguos y conocidos, gracias a las vacaciones, eran como ropa recién traída del tinte. Vallombrosa, Camoldoli, Monteverchi, Sansepolcro, Poggibonsi, leía para sí, y ya se sentía oyendo el canto de una cigarra en la noche, con un vaso lleno de chianti en la mano izquierda, y la derecha flotando en la parte interior de la pierna desnuda de Ann... Bucine, Montepulciano..., y le despertaba el ronco aleteo de un faisán que se posaba en el exterior de la ventana de su dormitorio con la intención de devorar impunemente los orondos higos del jardín... Entonces continuó viajando por el mapa con la mirada.

—Arezzo.

—Es un lugar muy bonito. Hace años que no voy.

—No. Quiero decir, sí, lo conozco. —De repente se acabaron las dulces fantasías de Graham.

—No has estado nunca, ¿verdad, amor? —preguntó Ann.

—No lo sé. No me acuerdo. No importa. —Miró de nuevo el mapa, pero se le volvió borroso cuando una lágrima cubrió su ojo izquierdo—. No, estaba recordando que una vez me contaste que habías estado en Arezzo con Benny.

—¿Te conté eso? Te lo conté. Dios, hace tantos años. Hace por lo menos diez años. Probablemente fue en los años sesenta. Piensa en ello: *en los sesenta*. —Se sintió fugazmente feliz al pensar que había hecho cosas interesantes y que te cultivan durante tanto tiempo; por lo menos durante quince años, y todavía tenía treinta y cinco. Ahora era una persona más completa y más feliz, lo bastante joven como para no eludir el placer. Se desplazó sobre el banco, apretándose contra Graham.

—Estuviste en Arezzo con Benny —repitió él.

—Sí. ¿Sabes una cosa? No recuerdo nada de aquel viaje. ¿Es dónde hay una gran plaza de forma ovalada?, ¿o es en Siena?

—Es en Siena.

—Entonces, Arezzo... debe ser donde... —Frunció el ceño reprochándose su mala memoria y también intentando bucear en ella—. Sólo recuerdo que fui al cine en Arezzo.

—Fuiste al cine en Arezzo —dijo Graham despacio, como si riñera a un niño—, y viste una mala comedia sentimental sobre una puta que trata de llevar a un sacerdote

por mal camino, y después saliste del cine y fuiste al único café que encontraste abierto, y te preguntaste a ti misma, mientras tomabas un Strega helado, cómo podrías volver a vivir en un clima húmedo y frío, y después regresaste al hotel y... te follaste a Benny como si nunca fueras a sentir un placer mayor, y no te ha ocurrido nada comparable a aquello, absolutamente nada, no has podido guardar un pequeño rinconcito de tu corazón que permaneciera intacto para cuando me conocieras.

Espetó todo aquello en un tono triste, herido, demasiado preciso para ser autoindulgente. ¿Se lo estaba inventando? ¿Era una broma? Cuando Ann le miró para comprobarlo, él continuó.

—He actuado en la parte final, por supuesto.

—Por supuesto. Jamás te he hablado de esa forma, ¿verdad?

—No, me contaste sólo hasta lo del café, yo he adivinado el resto. Algo en tu expresión me lo dijo.

—Bien, no sé si es verdad, no me acuerdo. Y de todas formas, Graham, yo tenía veinte o veintiún años, era la primera vez que iba a Italia, nunca había estado de vacaciones con nadie que fuera tan encantador conmigo como Benny.

—O que tuviera tanto dinero.

—O que tuviera tanto dinero. ¿Hay algo malo en ello?

—No. No puedo explicarlo. Y ciertamente no puedo justificarlo. Me alegro de que fueras a Italia. Me alegro de que no fueras sola, habría sido peligroso. Me alegro de que fueses con alguien que era cariñoso contigo. Me alegro, supongo que debo alegrarme, de que te acostaras con él. Lo sé todo paso por paso: hay una lógica. Todo ello me alegra. También me da ganas de llorar.

Ann contestó con dulzura:

—No te conocía a ti. —Le besó en la mejilla y acarició su nuca como para calmarle la súbita turbulencia interior—. Si te hubiera conocido entonces habría preferido irme contigo. Pero no te conocía. Y por eso no pude. Es tan sencillo como eso.

—Sí. —Era sencillo. Seguía contemplando el mapa, siguiendo la ruta que sabía que Ann había seguido con Benny, una década antes de que la conociera. Desde la costa, por Génova hacia Pisa, y luego Florencia, Rimini, Urbino, Perugia, Arezzo, Siena, otra vez Pisa, y de vuelta hacia el norte. Benny se había apropiado de un gran trozo de Italia. Podía también haber utilizado unas tijeras con el mapa, dar un corte de Pisa a Rimini, cortar una línea paralela a través de Asis y así pegar la parte sur de Italia con el norte. Convertirla en un botín, de los que llevan botoncitos a un lado. Como los que usan las prostitutas de lujo, creía él. Al menos podían ir a Ravena. Odiaba el mosaico. De verdad, odiaba el mosaico.

Benny le había dejado el mosaico. Muchas gracias, Benny.

—Podríamos ir a Bolonia —dijo finalmente.

—Tú ya has estado en Bolonia.

—Sí.

—¿Fuiste a Bolonia con Barbara?

—Sí.

—Seguro que en Bolonia dormiste en la misma cama que Barbara.

—Sí.

—Bien, Bolonia está bien, por mí. ¿Es bonito?

—Lo he olvidado.

Graham miró de nuevo el mapa. Ann le acariciaba la sien tratando de no sentirse culpable de algo de lo que sería estúpido sentirse culpable. Pasados unos minutos de contemplación, Graham dijo reposadamente:

—Ann.

—¿Sí?

—Cuando fuiste a Italia...

—¿Sí?

—Con Benny...

—¿Sí?

—¿Hubo..., hubo...? Me estaba preguntando si...

—Es mejor decirlo que guardárselo.

—Hubo..., hubo... No creo que te acuerdes. —La miraba con gesto arrepentido, pidiendo compasión, esperanzadamente. Ella esperaba ser capaz de contestar a su pregunta...—. Pero hubo *algún sitio* en el que puedas recordar..., en el que recuerdes *claramente* que...

—Sí, amor.

—... que todo fue un desastre.

Empezaron a reírse al tiempo y en voz baja, se besaron con cierto recelo, como si ninguno de los dos hubiera pensado hacerlo; después Ann cerró el mapa con firmeza.

Pero al día siguiente Graham llegó a casa unas horas antes que Ann y fue de nuevo directamente a su librería. Se arrodilló frente a la tercera repisa empezando desde abajo y revisó los libros de viajes. Un par de guías de Londres, una de los Apeninos, no significaban nada. Una guía de San Francisco para estudiantes; James Morris en Venecia; guías Companion de Florencia (por supuesto) y del sur de Francia; Alemania, España, Los Angeles, India. No sabía que hubiera estado en la India. ¿Con quién habría ido a la India?, se preguntó, aunque sin demasiado deleite ni demasiados celos por el tema, quizá porque él mismo no tenía mucho interés en ir.

Sacó el montón de mapas que estaba al final de la repisa. Era difícil saber de dónde era cada uno porque Ann no se había molestado en plegarlos bien —él nunca hubiera hecho eso— y la página del título no se veía. Se preguntó si todas las mujeres eran descuidadas; no le sorprendería que fuera así. Después de todo, uno no podía fiarse de su percepción espacial y geográfica. A menudo carecían de sentido del Norte; algunas hasta tenían problemas para distinguir la derecha de la izquierda (como Allison, su primera novia, cuando tenía que guiar a alguien en automóvil levantaba un puño y lo miraba como si tuviera pegado un enorme y grueso letrero que

dijera IZQUIERDA o DERECHA, y después respondía al conductor lo que le indicaba su mano). ¿Era todo cuestión de entrenamiento, o era un problema de estructura cerebral?

Las mujeres tampoco parecen capaces de hacerse un mapa mental de las ciudades. Graham vio una vez una descripción del cuerpo humano donde el tamaño de cada parte se presentaba en proporción con la sensibilidad de su superficie: el homúnculo resultante tenía una enorme cabeza de labios africanos, unas manos como unos guantes de béisbol y un cuerpo pequeño y delgado entremedias. Tendría que recordar el tamaño de los genitales, pero no podía. El mapa mental que Ann se hacía de Londres estaría igualmente distorsionado y desequilibrado, pensaba: en el extremo sur habría un enorme Clapham, con una serie de antenas en dirección a Soho, Bloomsbury, Islington y Hampstead, habría una burbuja inflamada en Knightsbridge y otra en Kew, y entre éstas un revoltijo de zonas con el nombre escrito en letras muy pequeñas: como Hornsey al norte de Ealing y al sur de Stepney, Isle of Dogs cerca de Chiswick Eyot.

Quizá ésta fuera la razón por la que las mujeres —Graham generalizaba a partir de Ann— nunca doblan bien los mapas: porque el concepto de la ciudad en su conjunto no les parece importante, de forma que no hay «orden determinado» del que partir. Todos los mapas de Ann habían sido abandonados a mitad de uso. Esto les daba un aire más personal y, Graham advirtió de repente, más amenazador para él. Para él, un mapa que ha sido doblado correctamente perdía el sello de la persona que lo había usado: podía ser prestado o regalado sin dañar ningún sentimiento nostálgico. Mirando los mapas de Ann, irregularmente plegados y llenos de arrugas, se dio cuenta de que era como mirar un reloj parado a una hora significativa; o —y por eso era peor— como leer su diario. Algunos de los mapas (París, Salzburgo, Madrid) tenían anotaciones: cruces, círculos, números de calles. Los detalles inesperados de una vida anterior a él. Devolvió los mapas a su lugar en la librería.

Esa misma tarde le preguntó, en el tono más dulce y neutral que consiguió:

—¿Te gustaría ir a la India?

—Oh, no nos gustaría a ninguno de los dos, ¿verdad?

Ann no parecía sorprendida.

—A mí no demasiado, pero me preguntaba si te habría interesado alguna vez.

—Creo que sí, una vez, y entonces leí algo sobre ello pero me pareció deprimente y renuncié a ir.

Graham negó con la cabeza. Ann le miró interrogante, pero no contestó a su pregunta silenciosa, y ella decidió no hacerla en voz alta.

Después de esta conversación él dejó de preocuparse por la India. Pensaba mucho en Italia, en Los Ángeles, en el sur de Francia, en España y en Alemania, pero al menos no tenía que preocuparse de la India. No había ni un solo indio en la India que hubiera visto pasear a Ann del brazo de un hombre que no fuera él. Éste era un hecho sólido e inamovible. Quedaban, no obstante, los indios que había en Inglaterra, Italia,

Los Ángeles, el Sur de Francia, España y Alemania, algunos de los cuales la habían visto del brazo de Benny o Chris o Lyman o Phil o cualquier otro. Pero estos indios eran muchos menos que los indios de la India, y absolutamente ninguno de éstos (excepto los que habían viajado al extranjero, pensó en ese momento) podía haberla visto.

La India era segura. Sudamérica era segura, Japón y China eran seguras. África era segura. Europa y Norteamérica eran seguras. Cuando la televisión daba noticias sobre Europa o Estados Unidos, se encontraba dando vueltas en torno al mismo tema. Cuando leía el periódico de la mañana se saltaba las noticias de las zonas del mundo que no eran seguras; pero seguía dedicando al periódico el mismo tiempo que antes, poco a poco fue aprendiendo mucho más de lo que necesitaba o deseaba saber sobre la India y África. Sin proponérselo seriamente llegó a familiarizarse bastante con la política india. También sabía mucho de Japón. En el salón común de la cátedra se encontró volviéndose a Bailey, un sucio gerontólogo que había entrado allí por error, y diciéndole:

—¿Sabes que el aeropuerto de Narita ha perdido dieciséis millones de libras en sus primeros cuatro meses de funcionamiento?

A lo que Bailey contestó interesado:

—¿Menopausia masculina ya?

Durante las tardes que Graham pasaba en casa, dedicaba cada vez más tiempo a buscar evidencias. A veces no estaba seguro de qué constituía una evidencia; otras veces, en el transcurso de sus indagaciones se preguntaba si no le divertía secretamente encontrar esa prueba que decía temer y odiar. El efecto que tuvieron estas búsquedas fue que llegó a conocer todas las pertenencias de Ann, aunque ahora las veía a una luz diferente, más apagada.

Abrió la caja de nogal donde guardaba las monedas extranjeras. El interior estaba dividido en doce secciones cuadradas, cada compartimiento tapizado de terciopelo de color púrpura. Graham observó el dinero sobrante. Las libras significaban Benny, o aquel otro tipo, o —bueno, tenía que admitirlo— él mismo y los cinco días en Venecia después de la boda. Los *nickles*, *quarters* y el solitario dólar de plata significaban Lyman. Los francos eran Phil, o aquel tipo con el jeep: Jed, o como quiera que se llamase. Los marcos querían decir..., ¡oh, a la mierda! Y esto, pensó Graham al coger una gran moneda de plata, ¿qué quería decir esto? Leyó lo que había escrito en el canto: R. IMP. H.U. BO. REG. THERESIA. D.G. Y por el otro lado: ARCHID. AUSTR. DUZ. BURG. C.O. TY 1780 X. Se sonrió. Una corona de María Teresa. Al menos aquí no hay *nada* que investigar.

Jugaba a lo mismo con el cesto de mimbre lleno de cajas de cerillas. Ella no fumaba, pero coleccionaba cerillas de restaurantes, hoteles, clubs, o cualquier sitio donde las dieran. La única dificultad que encontró según iba mirando las reliquias de los aburridos cocktails y las cenas alcohólicas, las docenas y docenas de ocasiones en las que Graham no estaba, era saber si Ann había estado o no en los sitios cuya

publicidad gratuita estaba examinando. Sus amigos conocían sus costumbres de coleccionar y habrían buscado oscuras y singulares piezas para seguir llenando su cesto. Graham incluso les animaba a hacerlo. ¿Cómo orientarse? No tenía sentido tener celos si no se tenía cierta seguridad, o así lo creía Graham.

Irritado por esta incertidumbre, fue a la librería de Ann y comenzó la caza de libros que ella no se habría comprado. Algunos ya los había identificado como regalos de anteriores acompañantes. Tomó éstos, pensando en los viejos tiempos y leyó las dedicatorias: «A mi...», «Con amor de», «Con todo cariño de», «Amor y besos de». Vaya puñado de petardos, pensó Graham. Si eso es todo lo que tenían que decir, podían haber puesto tarjetas ya impresas. Entonces sacó el ejemplar de Ann del *Gormenghast*. «A mi pequeña ardilla, que siempre recuerda dónde están guardadas las nueces». Maldita sea; sí, se llamaba Jed, como confirmaba aquella escuálida firma de orangután bien educado; era el idiota del jeep. Bueno, no era extraño que le regalara el *Gormenghast*. Por lo menos la marca en el libro demostraba que ella no había pasado de la página treinta. Bien hecho. *Gormenghast*, se repetía a sí mismo con desprecio. Y Jed. ¿Qué había dicho Ann sobre él? «Fue un affaire breve y terapéutico». ¿Terapéutico? Bueno, suponía que lo entendía. Y breve: le gustaba que hubiera sido así, y no sólo por las razones obvias. También porque no le hubiera gustado vivir en una casa invadida por las obras completas de Tolkien y de Richard Adams.

Graham comenzó a jugar consigo mismo, basándose en un juego de la infancia. Tenía que encontrar en las repisas de Ann los libros que le habían regalado otras personas. Si no encontraba uno a la cuarta intentona había perdido. Si lo encontraba a la cuarta, podía coger otro; si lo encontraba a la segunda se ahorraba dos intentos y en el turno siguiente tendría seis posibilidades.

Haciendo sólo un poco de trampa consiguió que el juego durase veinte minutos, aunque para entonces el placer de la caza oscurecía cada vez más inoportunamente la rabia de la victoria. Cuando se sentó en el suelo y miró la pila de libros que representaban sus triunfos, sintió la cercanía de una lacerante tristeza. Encima de todos había un ejemplar de *Un amor acabado*. «No tengas mal recuerdo. Ha sido maravilloso. Con el tiempo tú también lo verás así. Ha sido casi demasiado bonito. M». ¡Ah, Michael! Había tenido que escribir la típica puya. *Ha sido casi demasiado bonito*. En realidad quería decir: «Por qué no te portaste mal para que pudiera dejarte sin complejo de culpa», Michael, el guapo de aspecto deportivo que —así lo aseguró Ann— movía la cabeza y parpadeaba tímidamente de forma muy seductora. Así lo había descrito Ann. Graham le llamaba Mick el del tic.

Esto le entristeció. Le hizo sentirse vagamente agresivo y algo autocompasivo, pero principalmente le puso muy triste. Quizá ahora era el momento de intentar una de las soluciones de Jack. No había ido a casa de Jack en busca de una solución, realmente no. Pero era lo menos dañino que podía hacer. Bueno, parecía lo menos dañino. Y Ann no volvería a casa por lo menos en una hora y media.

Graham se fue al estudio, como burlándose de sí mismo. Aparte de todo lo demás era absurdo que su estudio fuese el único lugar donde esconderse. Tiró de un cajón del mueble archivo, en el cajón ponía 1915-19. Todas las carpetas tenían la etiqueta a la vista excepto una. Tiró de ésta, la enderezó y sacó de ella una bolsa de papel a rayas de color rosa. ¿Dónde podía ir? Abajo no, Ann podía llegar inesperadamente. Tampoco podía ir al dormitorio, eso se parecía demasiado a un adulterio. ¿Se quedaría donde estaba? Pero ¿dónde hacerlo? Delante de su mesa de despacho no, eso le haría sentirse fatal. Al final decidió a regañadientes hacerlo en el cuarto de baño.

Graham no se había masturbado desde los dieciocho años, desde la tarde anterior a la mañana en que solicitó una cita a su primera novia, Alison. Esta decisión le dio más confianza para pedirle que salieran juntos y después, en casto agradecimiento, renunció a seguir haciéndolo. Por otra parte, la sensación de culpabilidad no le hacía feliz. Siempre se había masturbado en el cuarto de baño de su casa, antes o inmediatamente después de sus movimientos gástricos, de forma que si le preguntaban dónde había estado, no tenía necesidad de mentir.

Esto disminuía un poco su culpa, que de todas formas le acosaba como un insecto perseverante.

Se daba cuenta de que no se masturbaba desde los días en los que «la masturbación» era una palabra médico—bíblica, fría y amenazadora. Sin duda había otras palabras, pero era «masturbación» la que le venía a la boca. Masturbación, fornicación, defecación, palabras serias de su infancia que representaban actividades que debían ser ponderadas antes de caer en ellas. Ahora se usaban verbos como meneársela, follar o cagar, y nadie se lo pensaba dos veces antes de decirlas. Bueno, él también decía cagar; a veces, en privado. Jack hablaba bastante a menudo de meneársela y de follar; por supuesto. Graham era algo más reacio a usar ambos términos. Finalmente, meneársela parecía más bien una palabra doméstica, discreta y libre de culpa; hacía que sonara como un trabajo casero.

Hacía veintidós años que no se había masturbado. Que no se la meneaba. Había pasado por varias casas y apartamentos donde nunca lo había hecho. Se sentó en el retrete y miró a su alrededor, se incorporó y arrastró hacia sí el mueble donde guardaban la ropa de hilo, dejando en la moqueta las cuatro marcas de las patas en que se apoyaba. Volvió a sentarse en la taza, apoyó la espalda detrás, acercó el mueble de la ropa de hilo y dejó la bolsa de papel encima. Entonces se bajó los pantalones y calzoncillos hasta el tobillo.

No se encontraba muy cómodo. Se levantó, cerró la tapa del inodoro y puso una toalla encima. Volvió a sentarse. Tomó aire, metió la mano en la bolsa y sacó dos revistas que había comprado precipitadamente a un vendedor indio a la vuelta de una lejana sala cinematográfica.

Al comprarlas trató de parecer confundido, como si fueran para otra persona; pero le bastaba con haber dado una apariencia furtiva.

Una era *Penthouse*, de la que había oído hablar; la otra era *Rapier*, que no le sonaba. Las colocó una al lado de la otra sobre el mueble y leyó los avances del contenido que había en la portada. Se preguntó de dónde vendría el nombre de *Rapier*. ¿Quería indicar un mundo de bucanera sexualidad donde Errol Flynn era el rey? ¿O era solamente la forma comparativa del adjetivo «violador»? ¿Más violador que tú?

Las chicas de las portadas, las dos, que, por un acuerdo de los editores mostraban sólo un pezón, le parecieron a Graham extremadamente bellas. ¿Por qué necesitaba una chica así exhibirse desnuda? ¿O es que había una relación entre ser extremadamente bella y *desear* quitarse la ropa? Probablemente, la relación era entre ser extremadamente bella y que te ofrezcan sumas de dinero suficientes como para desnudarte. Esperó que ése fuera el motivo.

Tomó aire profundamente, miró hacia abajo, a lo que él antes llamaba el pene, aunque ya no estaba tan seguro, lo agarró con la mano derecha y pasó la portada de *Rapier* con su mano izquierda. Otro índice, ilustrado esta vez por la foto de un barranco profundo y rosado cubierto por una lluviosa selva tropical. También parecía haber llovido dentro del barranco. Graham estaba fascinado y ligeramente aterrado. Después había unas páginas con cartas de lectores, ilustradas también con fotos topográficas, y después un desplegable con ocho páginas de fotos de otra chica extremadamente bella. En la primera página, la chica estaba sentada en una silla de mimbre y sólo llevaba unas bragas; después estaba desnuda jugando con un pezón, después con su..., bueno, más abajo; hasta que en la página octava parecía tratar de dar la vuelta a su... como si fuera el bolsillo de un pantalón. En esta última página, cuando Graham dejó ir su mente, el semen (como solía pensar que ocurría, aunque ya no estaba muy seguro) brotó alegre y bastante inesperadamente. Cayó sobre la manga izquierda de su jersey, sobre el mueble de ropa y sobre la chica contorsionista.

Lleno de pánico, como si tuviese un máximo de dos segundos para hacerlo, Graham tiró del papel higiénico y empezó a frotar la manga, la revista, su bien denominado pene y el mueble de la ropa. Para su consternación vio que la tapa del mueble tenía varias manchas más bien viscosas. Arrojó el papel empapado al inodoro y se preguntó qué podía hacer. Las manchas no parecían de agua, ¿qué podía decir que se le había caído? ¿La loción para después del afeitado? ¿El champú? Pensó echar también unas gotas de champú sobre el mueble para no tener que mentir cuando Ann preguntara (como cuando preguntaba su padre). Pero ¿qué pasaría si el champú dejaba otro tipo de marca? Entonces tendría que decir que se le había caído champú y luego loción para después del afeitado. No sonaba muy creíble. Entonces se dio cuenta de que sólo llevaba en el cuarto de baño unos cinco minutos. Todavía faltaban siglos para que llegara Ann. Podía sentarse y esperar para ver qué pasaba con las manchas.

No había sido una... paja especialmente buena (pensó que debía empezar a llamarla así). Demasiado corta, demasiado repentina, demasiado alarmante al final

como para disfrutarla conscientemente. Pero entonces le atrajo el contenido de las revistas. Se echó hacia atrás, apoyó la espalda contra la cisterna y abrió el *Penthouse*. Leyó el índice y la abrió por la columna de bebidas. Estaba bien escrita, con mucho humor. Después a la sección de motor, después a la de moda y luego a un relato de ciencia ficción sobre lo que les ocurriría a los hombres cuando pudieran construir robots que no sólo hiciesen mejor el amor que sus rivales de carne, sino que fueran también capaces de dejar embarazadas a las mujeres. Después leyó la sección de cartas, y las respuestas editoriales, que le sorprendieron por sus sabios consejos.

En este momento se dio cuenta de que sucedían dos cosas: su polla, como ahora creía que debía llamarla, empezaba a endurecerse de nuevo mientras leía la carta de un ama de casa de Surrey agradecida por la cantidad de objetos con forma de consolador de que podía disponer quien buscara hallar el placer a solas; y su semen (todavía no estaba listo para eyacular) parecía haberse secado. Ya no te costará nada, se dijo a sí mismo lleno de gozo, y empezó a meneársela de nuevo, sólo que esta vez con más cuidado, placer e interés, al principio, en medio y al final.

5. «MEDIOCRES» y «AVENTAJADOS»

—Bien, bien, bien, mi querido pajarito. Esto es lo que el poeta llamaría una sorpresa.

—Jack, ¿estás muy ocupado? No me quedará mucho tiempo.

—Bien, no es la mejor entrada que he oído, pero vale.

Jack no se apartó del todo hacia la pared y sintió el roce de Ann cuando pasaba por la puerta. Entró aprisa en la habitación buena para todo y se sentó sin dudarlo un momento. Jack cerró la puerta principal con cuidado y la siguió, sonriendo un poco.

—¿Café? —Ann hizo un gesto negativo con la cabeza. Jack no recordaba haberla visto nunca tan guapa como aquel día, con aquella belleza seria e inteligente cuyos elementos contrastaban.

—Jack, he venido a corregir el pasado.

—Oh, querida. Creía que iba a ser otra sesión de orientación matrimonial. Y no me importa decirte quién podría estar sentado en ese sofá.

—Te portaste muy bien con Graham.

—No fue gran cosa. Sólo le di algunas ideas, por lo que puedo recordar, como que fuera a comprarse un sombrero nuevo cuando se sintiera alicaído. Le dije que casi todos los hombres son un desastre, pero no creo que se lo tragara.

—Bueno, cuando llegó a casa parecía más calmado. Parecía agradecido.

—Estoy a vuestra disposición.

Jack estaba de pie frente a ella, moreno y rechoncho, apoyándose en los talones. Pensó que siempre parecía algo galés, aunque no lo fuera. Llevaba un traje de tweed marrón, un viejo chaleco de cuero y una camisa de trabajo. El botón de oro del cuello de la camisa era estrictamente decorativo. A Ann le maravillaba la forma en que Jack se presentaba ante el mundo: ¿Se vestía así para parecer un pequeño propietario rural o se trataba de ofrecer un aspecto de artista descuidado? Jack siempre cambiaba de tema cuando ella le hacía preguntas serias sobre el pasado; pero no importaba. Esta vez, sin embargo, había venido a hablar sobre su propio pasado.

—Jack —dijo ella despacio—, he decidido que tú y yo nunca fuimos amantes.

Iba a reírse, pero advirtió que ella estaba muy seria. En lugar de reírse sacó las manos de los bolsillos, juntó los talones y dijo ásperamente:

—Ya.

—Ocurrió la noche pasada. Estábamos... Bueno, Graham hacía una lista de antiguos novios. Estaba un poco borracho, estábamos los dos un poco borrachos. Estos días nos emborrachamos a menudo. Entonces empezó a llorar, a beber y a llorar. Le pregunté qué le pasaba y dijo el nombre de uno de mis antiguos novios. Sólo dijo: «Benny». Luego bebió otro trago de vino y dijo: «Benny y Jed». Después volvió a beber y dijo: «Benny y Jed y Michael». Fue horrible.

—No suena divertido.

—Y después de cada trago decía los nombres, y cada vez que los decía, añadía uno más. Y luego lloraba un poco más y bebía otro trago... —Ann buscó en un rincón de su memoria...—. Y entonces, pasado un rato, de repente añadió tu nombre.

—¿Y eso te sorprendió?

—Completamente. Al principio pensé que le habrías hablado de lo nuestro cuando vino a verte. Pero después pensé que si lo hubieras hecho no habría vuelto tan contento. Y entonces dije: «No, Graham», con bastante convicción.

—Bien hecho, desde luego.

—Me sentí algo mal porque creo que nunca antes le había mentado. Excepto mentirijillas tipo «el tren vino con retraso», quiero decir, pero nunca en... estas cosas.

—Bien, ya sabes cuál es mi regla para estos casos: máximo engaño, mínima mentira, máxima cortesía. No veo por qué no puede aplicarse también a asuntos pasados.

—Me asusta haber dicho no. Estaba segura de que lo entenderías.

—Por supuesto. —De hecho, Jack estaba un poco herido, era como sentirse despreciado, lo que era estúpido, pero de algún modo acertado—. No hay ningún problema. Sin embargo es una pena perder ese capítulo de mi autobiografía...

—Lamento reescribir tu pasado.

—No te preocupes, yo mismo lo hago continuamente. Cada vez que cuento una historia es diferente. Ya ni me acuerdo de cómo empezó la mayor parte de ellas. No sé qué parte es verdad. Ni siquiera de dónde salieron. —Su mirada se entristeció como si le hubieran robado la infancia—. Bueno, son las penas y las alegrías de la vida del artista.

Empezaba a hacer ficciones con sus propias ficciones; Ann sonrió.

—¿Qué pasa con tus otros amigos?

—Bueno, todavía no ha llegado a conocerlos; muchos de estos amigos pertenecen al pasado.

—Mmm. Quizá suene poco galante, pero ¿puedes recordarme cuándo *no* fuimos amantes tú y yo? ¿En el 74? ¿En el 73?

—Del otoño del 72 al verano del 73. Y... una o dos veces después.

—Ah, sí. Recuerdo, una o dos veces. —Se sonrió.

Ann sonrió también, pero con menos confianza.

—Quizá se lo diga a Graham algún día; cuando... haya pasado... esto. Si vale la pena, quiero decir; o si me lo pregunta, o algo así.

—Y entonces me devolverás mi pasado. Será un día inolvidable. Tarará, tarará. ¿Y cuál es el pronóstico actual? ¿Cómo está el pequeño Otelo?

Ann se sintió herida por el tono frívolo de Jack.

—Está pasándolo muy mal. Quizá te pueda parecer ridículo, a veces a mí me lo parece, pero lo está pasando muy mal. A veces creo que no es capaz de pensar en otra cosa. Al menos sigue teniendo su trabajo.

—Sí, eso es bueno.

—Lo malo es que se acercan las vacaciones.

—Bueno, pues trata de mantenerlo ocupado. Llévatelo de viaje.

—Estamos tratando de encontrar un país donde no me haya tirado a nadie. —Ann dijo esto con repentina amargura.

Jack se guardó lo que estaba pensando. Siempre había apreciado a Ann, incluso cuando rompieron en el verano del 73, según acababa de saber, a causa de una indiscreción cometida por él, alguna pequeña traición. Siempre la consideró una tía legal; quizá no tan chispeante como a él le gustaban, pero desde luego una tía legal. Cuando la acompañó a la salida acercó su cara a la de ella para besarla. Ella se movió hacia él, dudó un poco, y finalmente rozó su barba con la mejilla; cuando se retiró, los labios algo húmedos de Jack parecieron atrapar su oreja.

Barbara estaba sentada en el sofá con su bata de nylon, sorbiendo una taza de té y meditando inútilmente sobre Graham. Pensaba en él más de lo que creía que se merecía. El sentimiento de desprecio inicial había muerto ya, e incluso el resentimiento, una actitud normalmente duradera, ya no le invadía como los dos primeros años. Eso no significaba, por supuesto, que hubiera perdonado a Graham en ningún sentido, que le apreciara o que «comprendiera su punto de vista», algo que a veces le aconsejaban sus peores amigas, las más desleales. Estas mismas amigas, en momentos de audacia, le sugerían también que en cierto modo no era tan desafortunada, que hay un porcentaje de matrimonios que salen mal, que nadie tenía la culpa, que era ley de vida. Ella solía contestar:

—Yo estoy aquí todavía. Alice también está aquí. La *casa* sigue aquí. Hasta el coche está aquí. Lo único que ha ocurrido es que Graham se ha largado. —Esta descolorida descripción de los hechos daba lugar a interpretaciones equivocadas:

—O sea que tú..., en fin, quizá le recuperes si..., si...

—Por supuesto que no. De ninguna manera. —Y lo decía en serio.

Cuando pensaba en Graham aquellos días, veía dos imágenes de él. En la primera estaba erguido encima de ella mientras hacían el amor durante la noche de su octavo aniversario de boda. En aquellas noches señaladas permitía que Graham dejara la luz encendida. Estaba como agachado sobre ella, empujando de esa forma poco apasionada que, en cualquier caso, parecía satisfacerle, cuando le sorprendió mirándole los pechos. Esto le parecía bien, por supuesto; en parte por ese motivo le permitía dejar encendida la luz. Pero estaba la forma en que los miraba. No es que viera en su rostro un gesto de disgusto, tampoco era exactamente falta de interés. Era más insultante que eso: había una chispa de interés, vagamente benigna, pero humillantemente pequeña. Ella ya había visto aquella mirada antes. Era la expresión del comprador de supermercado que no necesita nada del congelador pero no deja de atisbar en su interior como si fuese un ritual.

Después de aquello, en los aniversarios de su boda, Barbara decretó que o bien dejaban la luz encendida para leer un poco o la apagaban para hacer el amor. Aclaró

que le era indiferente hacer una cosa u otra. En los últimos años, dejaron la luz encendida a menudo.

En la otra imagen que recordaba de Graham, también estaba arrodillado, esta vez de medio lado, en la escalera. ¿Cuántos años hacía? No lo recordaba. Su rodilla izquierda estaba un escalón por encima de la derecha; el trasero se proyectaba hacia fuera. Había recorrido un tercio del camino, con un escobón de plástico amarillo en la mano derecha y un recogedor de basura en la izquierda. Terminaba un escalón y subía al escalón superior. Ayudaba porque estaba en vacaciones y ella se encontraba cansada. Observó el trasero saliente, el cepillo amarillo frotando persistentemente la alfombra, y siguió andando hasta el salón. Un par de minutos después volvió al hall. Sólo le quedaba un escalón. Cuando llegó al final, se volvió como un colegial que espera que peguen una estrella dorada al pie de su examen.

—Si hubieras empezado desde arriba —dijo ella—, continuando hacia abajo, todo el polvo hubiera ido cayendo.

Por amor de Dios, era un profesor, un catedrático, se suponía que tenía que ser brillante, ¿no?

Todavía de medio lado volvió la vista por encima del hombro y miró de nuevo con expresión de colegial. No tengo la culpa de haberme cagado en los pantalones, *no tengo la culpa*. No me acuses de ello. Tenía un aspecto tan (había buscado mucho la palabra adecuada) *esmirriado*. Ella pensaba que Bill y Ben eran dos hombres maravillosos, y mientras ellos deshojaban la margarita apareció el Pequeño Esmirriadillo. «Hola, esmiiiiirriadiiilllo», decían sus amigos del colegio. Ella casi lo repitió aquel día.

Mientras, en casa, Graham sacaba un pollo de la nevera. Lo sacó de su bolsa de polietileno y lo dejó sobre una tabla para trincharlo. Después lo cogió por las alas y lo agitó con fuerza. De entre las patas del pollo salió la bolsa de los menudillos y Graham murmuró:

—Ha sido niño.

Retiró la bolsita hacia un lado y empezó a descuartizar el pollo, con más vigor que maña. Le arrancó las alas, después empezó a dar vueltas a las patas como si fueran hélices hasta que se soltaron con un repentino crujido. Miró brevemente la piel de una de las patas, desigual y arrugada: como la piel de su escroto.

Graham escogió uno de los cuchillos que había pegados a un imán justo encima de su cabeza y lo dejó caer en el centro de la pechuga del pollo. Lo repitió dos o tres veces hasta que la caja torácica se abrió. Hizo unos cuantos cortes más; algún hueso se astilló y trató con poco entusiasmo de recoger los trozos sueltos.

Echó los rasgados pedazos de carne en una sartén para dorarlos. Después tomó el cuchillo de cortar carne y puso la bolsa de los menudillos en el centro de la tabla. Estuvo mirándola cerca de un minuto, luego dio varios cortes en rápida sucesión, como si tuviese miedo de que los menudillos se escaparan. Cuando reventó la bolsa manchó de sangre su muñeca, la tabla de cortar y el delantal de rayas azules que

llevaba puesto. Juntó de nuevo las tripas con el cuchillo y siguió picándolas. Esto le divirtió, simplemente lo pasó bien. Sonrió. Se dice que el trabajo es el mejor remedio contra la tristeza; esto era igual de efectivo.

Graham sonrió de nuevo. Se preguntó si harían sobres de papel con forro de plástico.

Naturalmente, Ann no dijo nada a Graham sobre su visita a Repton Gardens. Cuando, la tarde siguiente, Jack abrió la puerta de su casa y se encontró a Graham susurrando nervioso: «En realidad no he venido... no se lo dirás a Ann, ¿verdad?», no pudo evitar reír entre dientes. Habían empezado reescribiendo el pasado; ahora iban a reescribir el presente sobre la marcha. Y si hubieran podido controlar el futuro lo hubieran diseñado a su gusto.

—Por supuesto que no, colega.

—¿Estabas trabajando?

—No, estaba cotilleando una revista. Pasa.

Entraron en el caótico salón de Jack. Graham se sentó en la misma silla que la otra vez; Jack hizo café en el mismo cazo. Graham parecía inclinado a reproducir también la pausa inicial. Esta vez Jack fue menos paciente.

—¿Tomaste las pastillas?

—Más o menos. Es decir, tú me recomendaste tres cosas. He hecho una y media. No fui a comprarme ropa nueva, pensé que eso no serviría. —(¡Dios mío!, pensó Jack, le *había* tomado en serio; no era exactamente el rey de la metáfora, nuestro Graham)—. Creo que he bebido bastante, no he parado de hacerlo; eso cuenta como media.

Jack no podía recordar qué cosas le había sugerido, sólo recordaba que había hablado demasiado abiertamente de su primer matrimonio.

—Y me he mas..., mas..., me la he meneado. —Graham dijo esas palabras con aire de catedrático.

—¿Te has masturbado? Eres un tío con suerte...

Graham sonrió débilmente. Jack estaba maravillado de ver lo seriamente que la gente se toma el sexo, y hasta qué punto les condiciona.

—No es el fin del mundo, mamón. Digo que no noté que el planeta se saliera de su eje cuando lo hiciste.

—No lo había hecho en veinte años.

—¡Bravo! ¿De verdad? ¿Qué sentiste? Cuéntame. Por favor, dímelo. Yo siempre lo recuerdo con todo lujo de detalles.

—Fue... —Graham hizo una pausa, Jack dibujó una mueca curiosa—... delicioso.

Jack respiró aliviado, suspirando ruidosamente.

—Todo bien, entonces. Pero ¿por qué esa cara tan tensa?

—Bueno, hay un par de cosas. Me compré una revista para hacerlo.

—¿Y qué? La mayoría de nosotros tenemos una librería debajo de la cama. ¿Te

presto alguna revista?

—¿Eh? No, gracias.

—Cuando quieras.

—Ya ves, disfruté haciéndolo y utilicé una revista, y no me sentí culpable ante Ann.

—¿Y lo has vuelto a hacer? —Jack se sentía como un cura celoso de su trabajo, urgiendo a Graham para que confesara sus faltas, en este caso libres de pecado.

—Oh, sí, varias veces incluso.

—O sea que has recuperado el toque, ¿eh? ¿Ya no pones perdidas las dobles páginas?

Graham rió recordando las dificultades que tuvo al principio.

—¿Crees que *debería* sentirme culpable ante Ann?

—Nanay.

—¿Crees que debería contárselo?

—¿No lo has hecho ya?

—No.

—Bueno, yo lo dejaría hasta que me lo preguntase. Quiero decir, todos lo hacemos: mira el informe Kinsey. El noventa y ocho por ciento lo ha hecho alguna vez, y el noventa y seis por ciento lo sigue haciendo toda la vida. O algo así, ya sabes que los números no son mi fuerte. Pero, bueno, sólo un dos por ciento deja de hacerlo cuando se casa. Es un hecho, Graham.

Jack no estaba completamente seguro de que fuese un hecho, pero era suficiente para las intenciones de Graham.

—¿Crees que..., quiero decir, crees que afectará a lo otro?

A veces las preguntas de Graham no estaban enunciadas de una forma perfectamente clara. Jack esperaba que en los exámenes su amigo pusiera preguntas más precisas.

—No, absolutamente nada. No le afectará en nada. La mantiene ligeramente engrasada.

—Pueden... —Graham se paró de nuevo—. Pueden... *ellas*... —(a Graham no le gustaba usar los plurales de Jack; pero no era capaz de nombrar a Ann en este caso) —... distinguir si..., quiero decir, ¿saben si lo has hecho?

—No, en ningún caso. A no ser que tengan un tubo de ensayo ahí dentro o algo parecido. Ya sabes, un coño graduado. Y no creo que llegara a medir milímetros cúbicos.

—Ah. —Graham posó su taza de café—. Lo malo —miró a Jack de forma acusadora— es que no funciona.

—¿Qué? ¿No acabas de decir que sí?

—No. Funciona; funciona muy bien —(suponía que así había sido)—, pero hacerlo... no ha tenido efecto alguno en el resto. Vengo de ver *The G...*, una de esas películas que veo tres veces por semana. He visto otra más. Me compro todas las

revistas que publican la cartelera.

—Mira, yo no te dije que meneártela te iba a quitar las ganas de ir al cine, ¿no es cierto?

—Pensé que sí lo habías dicho.

—No, lo que dije fue que quizá te consolara perder parte de esa... energía. No puedo sugerirte nada que te quite las ganas de ir a ver esas películas. Se te ha metido en la cabeza, ¿no?

—¿Y no puedes hacer nada con mi cabeza? —El ruego era casi patético.

—Las cabezas —dijo Jack rotundamente— son sólo cabezas.

Se recostó en su silla y encendió un pitillo.

—He estado leyendo uno de esos libros de Koestler. Bueno, al menos lo he empezado. —Jack era capaz de hablar con toda autoridad sobre un libro que había leído por encima del hombro de un extraño en un vagón abarrotado del metro—. Dice, o dice que otros dicen, que la sesera no es en absoluto como imaginamos. Todos pensamos que el cerebro es muy importante. Creemos que es nuestra pequeña fábrica; está claro, ¿no?, que es lo que nos distingue de los monos y de los extranjeros. Aquí dentro tenemos tecnología cibernética de punta, el equipo IBM más avanzado. ¿No es así?

Graham asintió con la cabeza. Era lo que había creído siempre, si alguna vez había pensado acerca de ello.

—No es así. De ninguna manera. Los malditos expertos, al parecer, o algunos de ellos por lo menos, dicen que sólo *algunas* partes del cerebro son así. El problema está en que hay otras capas, de diferente color o algo parecido, no lo sé exactamente. Algunas de estas células se han desarrollado enormemente hasta ahora, cursando estudios sobre motores de inyección, cremalleras, contratos con editores o lo que sea. Están en perfectas condiciones, y son aceptadas en sociedad. Pero las *otras* células, aunque se han partido los huevos durante miles de años para superarse (ya sabes, follando unas con otras como lo hacen las células, un polvo cada mañana, como verdaderos atletas), se ha descubierto que no tienen nada que hacer. Nada. Tienen mal los genes, o como se llame lo que tienen las células. Han llegado a su tope, y tienen que enfrentarse a la evidencia de que son bastante mediocres. Pero lo aceptan bien, tampoco tienen nada mejor que hacer. No se van de juerga los sábados por la noche. Están ahí para jodernos o no jodernos, según el caso.

Jack hizo una pausa. Le encantaban estas pausas a mitad de sus historias. Le hacían sentir que no sólo era un novelista sino —esta frase la leía a menudo, aunque le hubiera gustado hacerlo muchas veces, en las críticas de sus libros que salían en la prensa— un narrador nato.

Un crítico había escrito sobre él: «Con Lupton puedes confiar en lo que se narra y en quién lo narra». Le envió una caja de champán.

—Y si es el caso, nos joden. Porque este grupo, las más mediocres, son las que controlan nuestras emociones, nos hacen matar a la gente, acostarnos con mujeres de

otros, votar conservador y dar patadas a los perros.

Graham le miró cuidadosamente.

—O sea, que no es culpa nuestra.

—Ah. No he dicho eso, tronco. No te equivoques. Escribiré un libro sobre el tema, pero si quieres que te hable de ello... Bueno, creo que para empezar no tendrás dinero suficiente para pagarme una información tan valiosa. Es una suma que te excede.

—¿Entonces?

—¿Entonces?

—Entonces, ¿crees que hay algo de verdad en todo ello?

—Bueno, no lo sé. No creo. Sólo pensé que era una teoría interesante. Pensé que te haría sentirte mejor. Que te haría pensar de otra manera sobre tu cráneo: una capa de «Aventajadas», dos capas de «Mediocres». Y te preguntas ¿por qué no se unen? ¿Por qué no se sientan a discutir en una mesa de negociación con un U Thant cerebral y superan sus dificultades? ¿Por qué se empeñan las «Mediocres» en joder todo lo que consiguen las «Aventajadas»? ¿Eh? ¿No crees que se podría convencer a las «Mediocres» de que les interesa estarse quietas y dejar de hacer zozobrar al barco?

—¿Qué piensas tú? —Graham se moría por conocer la respuesta.

—Ya. —Jack, mientras elaboraba su discurso a las Naciones Unidas, había reservado una pequeña parte de su cerebro para trabajar sobre este punto. ¿Cuál sería la mejor respuesta? ¿Qué era lo que Graham quería oír?—. Bueno, mi opinión es que probablemente no; ésa es mi opinión.

Se levantó, fingió que buscaba sus cigarrillos, regresó, hizo un amago con la pierna, se tiró un pedo y cuando «encontró» el tabaco sobre el brazo de una butaca, murmuró:

—Jack Lupton, Viento de Sabiduría.

Rió entre dientes; había sacado la idea de un compartimiento aún más pequeño de su cerebro, probablemente uno ocupado por «Mediocres», pero para hacer chistes fáciles tampoco necesitas la máxima potencia.

—Mi opinión es que puede ser cierto para unos pocos; ¿no dicen que los criminales tienen defectos genéticos? A veces hay una sacudida en su cerebro que les lleva a verse de nuevo en una fría habitación poniéndose un uniforme a rayas. Quizá valga para los criminales. Pero la mayoría de la gente no va por ahí matando gente. Tienen sus capas de «Mediocres» bien controladas. Supongo. La mayor parte de la gente controla sus emociones, ¿no? Quizá no sea fácil, pero lo hacen. Quiero decir, las controlan *lo suficiente*, ¿no?, y eso es todo. A esto me refiero. Y sin meternos en terreno neurológico, yo diría que las «Mediocres» saben en qué mitad del pan está la mantequilla, o tal vez las otras saben cómo manejarlas.

—Pero tú te acuestas con las esposas de otros, como decías.

—¿Eh? ¿Qué tiene eso que ver?

—Bueno, dijiste que ésa es una de las cosas que haces con la parte menos

desarrollada de tu cerebro. Será que ha vencido a tu parte buena.

—Y, en este caso, espero que siga haciéndolo. Era una licencia estilística, muchacho, una licencia estilística.

—¿Cómo es posible que acostarse con la mujer de otro sea una licencia estilística?

—¿Dices que más bien es un *lapsus linguae*? Estoy de acuerdo contigo en este punto.

Ese viernes, de regreso a su casa de Hampshire, Jack se sintió sinceramente feliz al ver el campo y a su mujer. Las gallinillas de Bartam movieron despavoridas sus alas de colores cuando cruzó la entrada con el automóvil, le agradó el olor de las plantas de tabaco en el aire límpido de la tarde; la puerta principal, que no impedía el paso de la corriente de aire del invierno, le divertía ahora por su pintoresca inutilidad. Jack no perdía la cabeza por los idilios rurales, pero sí la perdía por dos días de idilio rural.

—Aquí está mi chispa —dijo cuando Sue vino a saludarle desde la cocina. Cuando llevaban cinco días sin verse, le gustaba disfrutar su lado dinámico, vital, irlandés; y se felicitaba por haber tenido agallas para casarse con una mujer de carácter. La recorrió rápidamente con la mirada, con ojos de dueño; observó su aire lustroso, sus rasgos afilados y su color oscuro, y le gustó lo que vio. Parte de su buen humor se debía a que no tenía nada de lo que sentirse culpable; y parte de su placer se debía al hecho de que era viernes. Quería más a su mujer los viernes.

Sue, por su parte, parecía contenta de empezar el fin de semana. Se sentaban en la mesa del comedor frente a unos filetes y un pastel de riñones. Mientras desde la habitación de al lado les llegaba el aroma de la madera quemada, ella le contaba cotilleos domésticos y él le daba noticias de Londres.

—Ah, otra cosa. ¿Recuerdas que te dije que Graham vino a verme hace unas semanas?

—Sí.

—Bueno, pues volvió. En realidad vinieron los dos Hendrick, por separado, Graham y Ann.

Jack había prometido no hablar de sus visitas, pero no dudó en hacerlo. Después de todo, era tan notorio que no era de fiar que nadie que estuviese en su sano juicio podía esperar que cumpliera una promesa; nadie daría crédito a su discreción, ¿verdad? Además, la esposa no cuenta, es la ley, ¿no?

Sue le miró severamente cuando mencionó el nombre de Ann; de manera que se apresuró a explicarse:

—Parece que Graham no puede asimilar el pasado de ella y el viejo Jack ha obtenido el papel de cura confesor.

—Eso te divertirá.

—Sí, me divierte. Aunque no envidio a los curas que lo tienen que hacer todos los días.

—Bueno, tienen el libro ese con todas las respuestas, ¿no? Miran el viejo libro negro y, hagas lo que hagas, te dicen que debes dejar de hacerlo.

Jack hizo una mueca. Se inclinó hacia ella y le besó cálidamente en la sien. Pensó que era lista. Ella pensó que era un sentimental.

—¿Y qué consejo les diste?

—Bueno, creo que le dije a Ann que se lo llevase de vacaciones; a Graham le sugerí varias cosas, pero parece que la única que hizo fue volver a meneársela.

Sue rió. Ann nunca le cayó demasiado bien, la encontraba demasiado resplandeciente; era como si no cometiera suficientes errores para ser humana. Respecto a Graham, le resultaba simpático, aunque le parecía algo... simple, en realidad. Mira que atormentarse tanto por el pasado. Ya hay bastantes problemas en el presente de la mayoría de la gente como para pasar las noches en vela, si eso es lo que se busca.

—Creo que todavía no te has ganado tu diploma de Salomón.

Jack se rió y retiró un poco de salsa de su barba.

—Lo gracioso es que primero vino uno a hacer su consulta insistiéndome en que no se lo dijera al otro, y al día siguiente llegó el otro blandiendo exactamente la misma condición previa.

—Parece una parodia de Whitehall. Deje de blandir esa condición previa.

—Después de que Graham se fuera la segunda vez recuerdo haber pensado —(y lo que dijo a continuación era mentira, pero Jack estaba embargado por sentimientos de viernes noche)—, pensé, bueno, Sue y yo tenemos nuestras pequeñas peleas, también tenemos días malos, pero nunca nos ocurrirá nada como *esto*.

Se acercó y la besó de nuevo junto a la oreja, donde le nacía el pelo. Ella se levantó inmediatamente después y comenzó a recoger los platos.

—No, no creo que nos ocurriera. Encontraríamos una forma menos complicada de engañarnos, ¿no crees?

Ésa es mi chispa, pensó Jack, sonriendo mientras ella se volvía. La siguió hasta la cocina e insistió en lavar los platos, sólo por cambiar de costumbre. Se fueron pronto a la cama y Jack, también por cambiar de costumbre, se peinó la barba ante el espejo antes de acostarse.

Después de hacer el amor, se tumbó boca arriba, algo desvelado, con Sue acurrucada en su hombro, medio dormida. Estaba pensando en Graham. En cómo, por un comentario casual, apenas un chiste, había hecho que volviera a masturbarse, después de veinte años. ¡Veinte años! Jack le envidiaba por ello. Más bien envidiaba saber qué se siente al romper el ayuno.

La semana siguiente, una tarde, mientras Ann trabajaba, Graham se sentó en su estudio a escribir señas en los sobres forrados de plástico. El forro crujió al pegar las etiquetas adhesivas donde había mecanografiado las direcciones. Comprobó que había copiado bien las señas de los actores con su ejemplar de *Spotlight* (la mayoría eran las de los representantes, pero pensó que les llegaría), tomó la grapadora y bajó a

la cocina.

Al carnicero le había sorprendido el pedido. El señor Hendrick estaba pasando un mal momento, o se había comprado un perro caro. El carnicero no preguntó nada. Le ponía enfermo tener que vender siempre esos cortes a pensionistas amargados y a dueños de perros caros.

Graham sacó la tabla de cortar más grande que tenían. Primero peló las tripas y luego las estrujó. Después apiló los húmedos y blandos sesos y empezó a amasarlos con la pasta anterior. Mientras los tejidos cremosos y rosáceos se deshacían entre sus dedos recordó lo que le había dicho Jack. ¿Podría aplicarse también a los animales? ¿Eran algunos de estos trozos prehistóricos y otros más desarrollados? Los estuvo mirando un rato, pero todos parecían tener la misma consistencia y estructura. Quizá los más claros eran los «Aventajados» y los más oscuros los «Mediocres». No le importaba demasiado. Después picó la gruesa y prolija lengua de buey y la mezcló con el resto. Tenía un aspecto asqueroso, como el vómito de un dios; tampoco olía muy bien. Graham se lavó las manos, y luego sonrió para sí mientras dejaba caer un cuarto de la mezcla en cada uno de los sobres forrados. Comprobó la hora: tenía tiempo de sobra para llegar a Correos.

6. EL LAVACOCHE

Fue entonces cuando empezaron los sueños humillantes: sueños tan fuertes y tan despectivos que cruzaban a zancadas la barrera de la consciencia.

El primero llegó la noche siguiente a la tarde en que fue a la Filmoteca a ver la prueba del adulterio de su esposa con Buck Skelton. El gordo y vulgar actor americano de sombrero Stetson había llegado por barco a Londres, por capricho de un productor aburrido, para hacer el papel de un comisario de Arizona inesperadamente trasladado a Scotland Yard. *The Rattler and the Rubies*, una comedia con suspense repuesta para un ciclo llamado «Géneros en conflicto», incluía una escena corta donde Ann, que encarnaba a la chica del guardarropa de un elegante club de juego, se dejaba cortejar por un Buck que parecía moverse en el sofisticado y decadente entorno con una maravillosa dignidad natural.

—He venido a poner las cosas en orden —empezó Buck en tono confidencial—. Siempre pensé que estos asuntos deben tratarse entre hombres.

Estaba echado en una tumbona, al borde de su piscina; Graham, ridículamente blanco, estaba a su lado, incómodamente sentado en cuclillas sobre una banqueta de limpiabotas.

Una piña colada echaba espuma sobre el codo de Buck; tras él, el trasero desnudo de una chica alteró la superficie del agua de la piscina como un delfín, bailó en el aire y desapareció de nuevo. El sol se reflejaba en el agua cegando a Graham. Buck se había teñido unas mechas, cuya intensidad de color se ajustaba al grado de claridad del día; Graham sólo le veía los ojos.

—Te dije que vinieras —dijo el vaquero—, para meterte en la película, como dice el productor a la chica mientras le mete mano. Sólo quiero que estés al tanto de lo que ocurre entre tu chica y el viejo Buck. ¿Sabes por qué me llaman Buck? Supongo que lo adivinas. *Kattler* era una mierda de película. —Sorbió un poco de piña colada con una pajita ovalada con forma de caramelo—. Una auténtica mierda. Había un director idiota, un par de guionistas penosos y un follón a diario con vuestro sindicato de actores. No permití que me mezclaran. Yo soy un profesional. Por eso siempre tendré trabajo. Las reglas son fáciles, Grayham. La número uno es aceptar siempre lo que ofrece el representante. La segunda es nunca meterse en el guión; di tu parte lo mejor que puedas, aunque haya sido escrito por un par de lameculos. Número tres, nunca te emborraches durante el rodaje. Y la número cuatro: no le tires los tejos a la actriz principal hasta que no sepas cuándo termina el rodaje.

Se quitó las mechas y observó a Graham durante unos segundos; luego las cambió.

—La número cuatro fue la que me hizo conocer a tu mujer. Era uno de los follones con el sindicato de actores, y a decir verdad yo no hubiera dado una mierda

por la habichuela que habían escogido como coprotagonista femenina, y no teníamos ni idea de cuánto tendríamos que esperar sentados hasta ver pasar a la Reina, con todo respeto. Soy un tío muy macho en los buenos momentos, y en los malos momentos creo que soy todavía más macho. Me moría por hacer aquella escena robando las joyas, me parecía una idea excelente.

Graham miró a Buck con aire pensativo, observando el ligero caballete de su nariz, su moreno rojizo y el vello que asomaba por su camisa abierta. Algunos de sus cabellos ya se habían vuelto grises, pero esto le hacía aún más amenazador a los ojos de Graham, añadía madurez y poder a su presuntamente colosal virilidad.

—Bien, la primera vez que puse los ojos sobre tu pequeña Annie supe que iba a ser una bomba incendiaria. «Annie», le dije, «juega bien tus cartas y quizá al final me consigas». Ja, ja, siempre hago una entrada de este tipo, para que sepan con quién se han topado. Después las dejas que lo piensen unos días y luego caen rendidas en tus manos. Ésa es la filosofía del viejo Buck, allá donde vaya.

»Así es, caballero. —De repente el actor utilizó un tono de hombre de negocios, más distante—. Entonces, un día, cuando yo dejaba pasar los dos días habituales esperando que el jerez madurara en su barril, por decirlo así, ella se me acerca y dice: “¿Qué tal si buscamos una funda para tu pistola, vaquero?” Así son las chicas de aquí, Buck, me dije.

»Y he conocido a tías inquietas en mis buenos tiempos, tío, pero esta pequeña Annie... De vuelta al hotel, ya me metió mano en el ascensor. Y después se desató. Peleando, mordiendo, arañando; yo mismo tuve que *contenerla* un poco. El estudio podía necesitar un plano en el baño o algo parecido, tenía que evitar que me clavara las uñas en la espalda. Le sujeté las manos y le di una torta, pero esto la enfureció aún más, supongo que tenía que haberlo supuesto, así que me quité el cinturón de piel de lagarto del pantalón y le até las muñecas para que no pudiera hacerme daño.

«Después de esto, cada vez que lo hacíamos me obligaba a atarle las muñecas. Eso parecía excitarla. Era esa clase de chica. Un huracán de fuerza nueve era una suave brisa a su lado.

»Pero lo que de verdad le gustaba (después de haberla atado) era que le comiera el culo. ¿Tú le haces eso, tío? ¿Te *deja* hacérselo, tío? Yo me sentaba y empezaba a comérselo; por lo que a mí respecta, era como esas comidas que te llevas a casa ya preparadas. Entonces descendía un poco y sentía que se revolvía, y la corriente se transmitía por todo su cuerpo. Después la comía un poco más y volvía de nuevo al culo. La mordía de nuevo, la acariciaba con la lengua y cuando ya estaba entumecida le metía la lengua dentro; en ese momento ella *explotaba*. Nunca fallaba. ¡Bang!, como una ratonera. Ahora sé lo que es un vaquero, solía decir.

»Te deja a ti hacérselo? —El tono se hizo más incisivo—. Es decir, apuesto que habrás besado muchos culos de una u otra forma; pero ¿lo has hecho alguna vez de verdad, forastero? ¿O Annie sólo se deja hacer *eso* por otros? No lo sabes, ¿verdad? Ése es el problema de los tipos casados como tú. Presumís mucho de *comprender* a

las tías. Nunca he conocido a una chica que quiera que la *comprendan*, no al menos cuando se trata de ir a echar un polvo. Mejor será que tú sigas *comprendiendo* a las chicas y que yo siga tirándomelas.

Detrás de Buck, otro trasero cimbreado rompió la superficie del agua de la piscina. Esta vez se quedó suspendido durante unos segundos y mientras Graham miraba boquiabierto, las húmedas nalgas desaparecieron. Desde su banqueta de limpiabotas, Graham miró a Buck, que sacaba la punta de la lengua y se la pasaba por los labios. Graham se arrojó hacia Buck, pero el vaquero le evitó con un movimiento de cadera. Luego le empujó con una bota reluciente y Graham cayó a la piscina. Aunque nadaba bien, el agua estaba tan viscosa que se movía a cámara lenta. Pasados unos minutos, se agarró con las dos manos al borde de la piscina. Cuando se disponía a tomar impulso para salir, notó una sombra sobre su cara y una bota que se posaba con firmeza sobre los dedos de su mano derecha.

—Dime, forastero —le reprendió Buck—, ¿todavía por aquí inflándome los cojones? Pensé que hacía tiempo que habías salido corriendo. Cuando digo que te largues quiero decir que te largues.

Al terminar tomó el vaso de piña colada y vertió su lechoso contenido sobre la cara de Graham.

Graham se despertó en la oscuridad. Las puntas de los dedos de su mano derecha estaban atrapadas entre el colchón y el somier. Había empapado la almohada y tenía la cara mojada por su propia saliva. El pijama se le había enroscado firmemente entre las piernas y con gran sorpresa notó que había tenido una erección.

No se podía imaginar que ella tuviera tan mal gusto. No hubiera podido hacerlo con un vaquero tan gordo y tan falso. Pero ¿cómo puedes saber a quién ha gustado tu mujer antes de gustarte a ti? Para empezar, las mujeres sucumben por razones tan extrañas: por piedad, por educación, por soledad, por molestar a un tercero e incluso, hay que fastidiarse, por estricto placer sexual. Graham deseaba a veces que hubiera sucumbido ante él por motivos diferentes.

Al día siguiente, mientras se suponía que estaba pensando en la ley Bonar, Carson y los voluntarios del Ulster, volvió de nuevo al asunto de Buck. Los sueños no pueden hacerse realidad, ¿no es cierto?: por eso son sueños. Se dice que hay sueños premonitorios: el hombre sabio sueña que sube la marea y hace que su tribu se desplace tierra arriba; y, en su propia civilización, ¿no tenía sueños antes de realizar una entrevista de trabajo avisándole los errores que no debía cometer? Entonces, ¿por qué no podía haber sueños posmonitorios? Era, si es que era algo, un concepto verosímil. No era difícil que hubiera captado algo en Ann a nivel subliminal y que su cerebro decidiera transmitirle la noticia con tacto, durante el sueño.

Por supuesto, el Buck de sus sueños era completamente distinto del Buck de *The Rattler and the Rubies*. En sus sueños era un tío basto y agresivo, y en la película era todo un caballero de la pradera. Ninguna de estas imágenes, ésa era la esperanza de Graham, era particularmente afecta a Ann; pero las dos eran imágenes falsas: una en

la pantalla, la otra en su cabeza. ¿Cómo era en realidad Buck Skelton? (Para empezar, ¿cuál era su verdadero nombre?) Quizá ése era el Buck que había gozado del favor de Ann.

Absolutamente bloqueada, la mente de Graham pasó sin apenas estímulo a elaborar sueños de venganza. Primero ahogó al vaquero en una piscina de piña colada; las últimas burbujas de los pulmones de Buck no se advirtieron, confundidas con la espuma de la superficie de la piscina. Después sobornó a alguien para que dejara una serpiente de cascabel en el camino que Buck recorría a caballo, justo en el punto donde había un cactus gigante: el semental se encabritó, tiró a Buck contra el cactus y dos espinas gigantes, duras como el acero, atravesaron sus pantalones de cuero y transformaron sus testículos en un par de salchichas de cóctel.

Pero la venganza final era la mejor. Si había algo que Graham odiaba era la forma en que Buck usaba sus gafas de sol. No le gustaba la gente que las llevaba como prueba de carácter; pero sentía también cierta agresividad primaria hacia las gafas en sí. Le desagradaba que los objetos inanimados tomaran vida en sí mismos, tratando de organizar un cuarto estado universal después de las personas, los animales y las plantas; le preocupaba, incluso lo tomaba como una amenaza.

Una vez leyó un artículo periodístico en el que se aconsejaba a los conductores que no usaran gafas de sol si iban a cruzar por algún túnel; los cambios de luz eran demasiado bruscos para las gafas, que necesitaban varios segundos para ajustarse al campo de visión. Graham estaba seguro de que Buck no era un gran lector de periódicos y que no estaría prevenido contra esta posibilidad al salir de Los Ángeles en dirección norte por la carretera de la costa. Veremos San Francisco al atardecer, prometió a la fulana, zorra, puta, recostada en el asiento delantero de su Coupé de Ville. La radio sintonizaba la emisora *bluegrass* favorita de Buck; en el asiento trasero había una caja de cerveza Coor's.

Al norte de Big Sur llegaron a un túnel de roca natural. Buck frenó por un par de segundos, entonces sus ojos se ajustaron a las sombras y recuperó velocidad. Salieron del túnel, a la luz del sol, a 90 kilómetros por hora. Graham tenía la esperanza de que Buck tuviera tiempo de murmurar el típico «¿Qué diablos está pasando aquí?», pero si no podía tampoco le importaba. A quince metros de la boca del túnel el Coupé de Ville chocó contra la parte inferior de un bulldozer de treinta y dos toneladas. El propio Graham estaba en el asiento de mando, con unos tejanos llenos de grasa y una brillante gorra amarilla. Por delante del bulldozer pasó una llama y luego el cuerpo de Buck, que voló por encima de la cabina donde estaba Graham. Éste miró a su alrededor, metió la marcha atrás y la aplanadora rodó lentamente sobre el cuerpo sin vida de Buck, haciendo trizas sus huesos y aplastando sus carnes como si fueran masa pastelera. Metió de nuevo la marcha hacia adelante; empujó los restos del Coupé de Ville hacia un lado de la carretera y escuchó el ruido que hacían al caer en el Pacífico. Entonces, echando una última mirada por encima del hombro a la pasta humana de color escarlata que quedó en la carretera, se metió en el túnel con un estruendo

metálico.

—¿Puedo preguntarte por alguien más? —preguntó Graham la noche siguiente, en la cama.

—Por supuesto. —Ann se preparó para lo peor. Esperaba que fuera menos malo que la última vez, y que la vez anterior.

—Buck Skelton.

—¿Buck Skelton? ¡Dios mío! ¿Qué es lo que has ido a ver? No recuerdo haber trabajado con él.

—*The Rattler and the Rubies*. Es malísima. Tú estás de chica del guardarropa que coge el sombrero del héroe y dice: «Aquí no suelen ser tan grandes».

—¿Digo eso? —Ann estaba interesada, a la vez que aliviada. También se sentía algo indignada por la acusación fuera de lugar. Si piensa que he jodido con *Skelton*, ¿de quién no sospecharía? Por primera vez Ann decidió esperar a que Graham insistiera.

—Me temo que sí —contestó—. Dabas a cada palabra todo su valor.

—¿Y qué replicaba él?

—No me acuerdo. Algo como que la carne roja que comen en Arizona hace que todo crezca más. Una sutileza.

—¿Y qué decía yo?

—No decías nada. Sólo esa línea. Luego mirabas con ojos soñadores.

—Sí, recuerdo haber tenido que hacerlo bastantes veces. Mi cara de ganso-de-mirada-cálida. —Notó que Graham se puso tenso cuando dijo eso—. Lo lograba concentrándome mucho, pensando en la mejor comida de mi vida. Mis ojos se empañaban de lujuria.

—¿Y?

El cuerpo tumbado junto a ella volvió a ponerse tenso. —¿Y?

—¿Te acostaste con él?

—¿Que si me follé a Buck Skelton? Graham, Gabby Hayes hubiera tenido más posibilidades.

Graham se volvió hacia ella y apretó la cara contra su hombro; le pasó una mano por el estómago.

—Aunque le dejé besarme una vez.

Su sugerencia había sido tan ridícula que pensó que debía ser totalmente honesta con él. Sintió que la mano de Graham le apretaba el estómago, sintió que él todavía esperaba que dijera algo más.

—En la mejilla. Besaba a todo el mundo al despedirse; es decir, a todas las chicas. A las que le dejaban, en los labios; las que no, en la mejilla.

Graham gruñó en la oscuridad, después lanzó una risita victoriosa y satisfecha. Aproximadamente tres minutos después empezó a hacer el amor con Ann. Se mostró delicado y cariñoso, pero ella tenía el pensamiento en otra parte. Si hubiera jodido con Skelton, pensaba, Graham no estaría haciéndome el amor ahora. De qué extraña

forma el pasado aparecía y estropeaba el presente. Qué hubiera pasado si, hace tantos años, cuando ella rodaba *The Rattler and the Rubies*, alguien le hubiera dicho: «Ten un lío con el vaquero y dentro de unos años pasarás una o dos noches de amargura con un hombre al que ahora no conoces». ¿Qué hubiera pasado si alguien le hubiera dicho eso? Probablemente hubiera contestado: que se joda el futuro. QUE SE JODA EL FUTURO. No me vas a preocupar: ya me darás bastantes problemas cuándo llegues sin necesidad de joderme de antemano. Y luego, para hacerlo bien, quizá se hubiera acercado al vaquero y le hubiera sonreído, gordo y fatuo como era.

Graham se excitaba cada vez más, abriéndole las piernas y agarrándole los hombros con las manos. Se había puesto tenso incluso cuando ella mencionó el beso en la mejilla. Si Skelton le hubiera besado en los labios, tantos años antes, ¿hubiera sido motivo suficiente para que Graham no hiciera el amor con ella esa noche? Se planteaba una difícil ecuación. ¿Por qué había tantas conexiones insospechadas en torno a ellos? ¿Qué pasaría si pudiesen adivinarlas todas con antelación? ¿Evitaría eso que la vida se volviera contra ti, o encontraría otros modos de fastidiarte?

Graham retrasó el orgasmo por un momento, ofreciéndole tácitamente la posibilidad de tenerlo antes. Ella no quería y contestó moviendo rítmicamente las nalgas. Cuando se corrió, ella sintió compasión y fingió excitarse, como de costumbre, aunque algo más distante.

Esa misma noche, Graham tuvo el sueño del Lavacoches.

El sueño del Lavacoches tenía como protagonista a Larry Pitter, con quien Ann cometía adulterio en *The Rumpus*, una película de bandas callejeras que Graham había conseguido ver dos veces en los últimos meses, una en el ABC Turnpike Lane y otra en las afueras, en Romford. Ann hacía de «tercera chica» y aparecía en varias escenas donde los miembros de la banda se contoneaban y andaban afectadamente ante su grasiento harén. Larry Pitter era el detective que, careciendo de suficientes sospechosos para descubrir la verdad, al final intimida a la tercera chica y hace que delate a sus compañeros.

Pitter fumaba sentado en su despacho; todavía tenía puesta la sucia gabardina Burberry de color crema que llevaba en la película.

—Bien, bien —comenzó a decir con despectiva curiosidad—. Veamos lo que nos ha traído la suerte. Eh, chicos —gritó por encima de Graham, que estaba sentado en la silla del sospechoso—. Eh, chicos, venid a ver.

La puerta se abrió y entraron tres hombres. Graham los encontró sucios y malignos, cada uno a su manera. Había uno alto y joven, con el pelo muy graso y con acné; el segundo era gordo y rudo y llevaba un traje inmundo; y el tercero, el flaco, llevaba una barba de dos días y tenía un rostro inexpresivo, como de foto de recluso. Los tres deberían estar en las celdas, pero Pitter les dio la bienvenida.

—Mirad, chicos, quién ha venido..., es el Lavacoches.

Los chicos se rieron disimulando, y rodearon a Pitter al otro lado de la mesa.

—Creo que tengo que explicarme —dijo el detective—. No tiene sentido andarse

por las ramas, ¿no es verdad? —Graham hubiera preferido que se fuera por las ramas—. La cosa es, Graham (no te importa que te llame Graham, ¿verdad?), la cosa es, ¿habrás oído a tu mujer hablar de mí? Corrígeme si me equivoco.

Graham no dijo nada.

—Te habrá contado nuestra pequeña correría. Nuestra aventura extracurricular. Es bueno que haya honestidad entre marido y mujer, siempre lo he dicho. Y estoy seguro de que vuestro matrimonio es la envidia de tus amigos, Graham.

Pitter hizo una falsa sonrisa sin llegar a separar los dientes; Graham no abrió la boca.

—Por supuesto, tampoco se puede ser demasiado honesto, ¿no es cierto? Quiero decir: ¿qué es más importante? ¿Que tu marido tenga una buena opinión de ti o decirle exactamente todo como ocurrió? Jodido de contestar, ¿verdad?

»En fin, estoy seguro de que Ann hizo lo que debía en su momento. Te habló de mí, ¿no te dijo por qué la llamábamos la chica del lavacoches? —Los tres villanos que estaban tras él rieron entre dientes—. Córdame si te aburro, Graham, el que de verdad le gustaba no era yo, éramos todos. Todos nosotros al mismo tiempo. Cada uno le hacía algo diferente. No especificaré, sé que estas cosas pueden ser dolorosas; dejaré que te lo imagines. Pero la primera vez que nos puso a todos a trabajar éramos como un enjambre sobre ella, lamiéndola y haciendo cosas parecidas; ella dijo que era como estar en el lavacoches. Y la llamamos la chica del lavacoches. Y nos reíamos pensando qué pasaría cuando se casara con alguien. Le llamaríamos el Lavacoches. Es decir, ella demostró claramente que, por ella, cuanto más mejor. Y nos preguntábamos qué marido iba a soportar una cosa así. A no ser, por supuesto, que tú tengas algo más de lo que se aprecia a simple vista. —Pitter sonrió para dentro.

»Pero en fin —prosiguió empleando un tono de voz más bajo—. Las mujeres cambian. Cambian, ¿no? Quizá vuelva a gustarle hacerlo con uno solo cada vez. Entonces no te sentirás tan fuera de lugar, ¿no es verdad? No tendrás que pensar que por muy bien que lo hagas ella siempre soñará con una ración de más. Nunca se puede predecir, puede que así funcione bien. Lo que en realidad quiero decir, Lavacoches, es que los chicos y yo te deseamos lo mejor. De verdad. Pensamos que has tenido suerte en el reparto y esperamos que sepas jugar bien tus cartas.

Entonces, los cuatro se apoyaron sobre la mesa de despacho y le dieron la mano. No quería tocar las palmas de las manos que habían acariciado el despreciable cuerpo de su mujer, pero no fue capaz de rechazarlas. Aquellos hombres parecían tenerle gran simpatía; uno de ellos incluso guiñó un ojo. ¿Y si fuera verdad? Graham se despertó sintiendo un miedo silencioso, con los músculos tensos.

¿Y si fuera verdad? No podía ser verdad. Conocía demasiado bien a Ann. Aunque tímidamente, habían llegado a hablar entre ellos sobre sus fantasías sexuales, y ella nunca había mencionado *eso*. Pero claro, si ya lo había experimentado, ya no era una fantasía, ¿no? No, no podía ser verdad. Pero ¿y si estaba relacionado con una parte de

la verdad? ¿Estaba seguro de que ella tenía bastante con él? No. Sí. No. Sí. No lo sé. Bueno, ¿qué tal fue la noche pasada, por ejemplo?, todo para ti ¿verdad? Sí, pero no hay una regla por la que los dos tengan que correrse siempre, ¿no? Por supuesto que no, pero no parecía exactamente abrumada por tus caricias, ¿verdad? No, pero tampoco pasa nada. *No pasa nada*, habéis hablado de ello y estáis de acuerdo en que *no pasa nada*, pero el sexo no funciona así, ¿no es cierto? En el sexo lo fundamental es lo que no se dice, la locura y la sorpresa dictan todas las leyes, y los pasajes con destino al éxtasis se pagan con cheques del banco de la desesperación.

Graham intentaba volver a dormirse.

Pero Larry Pitter, como debía haberse imaginado, no se había ido de su mente cuando despertó. Rondaba en algún rincón del cerebro de Graham, era una figura a contraluz que le esperaba con paciencia, fumándose un cigarro, dispuesto a pasear tranquilamente hasta llevarse a Graham cuando le apeteciera.

Esa mañana Graham decidió ir al trabajo en coche; tenía sólo dos horas de clase y podía dejar el coche aparcado. Cuando salió la lluvia empezó a mojar el parabrisas. Hizo funcionar el limpiaparabrisas y conectó la radio. Se oyó algo alegre y revitalizador, quizá una sonata para cuerda de Rossini. Sintió una oleada de agradecimiento, una alegría de historiador de libro de bolsillo, quizá, por vivir en estos tiempos. Facilidades para moverse, protección contra el mal tiempo, la cultura del botón: Graham tuvo de repente la sensación de que todas esas ventajas eran nuevas, de que ayer mismo estaba comiendo bayas en Box Hill y buscando cobijo contra el frío en los cálidos rebuznos de un chivo.

Pasó por delante de un garaje que había al otro lado de la calle:

CUATRO ESTRELLAS

TRES ESTRELLAS

DOS ESTRELLAS

CAMBIO DE ACEITE

TARJETAS

ASEOS

LAVADO DE COCHES

y ya se le había estropeado el día, lo había echado todo a perder. Larry Pitter se había escapado de su rincón y con disimulo había levantado la tapadera de la cloaca; Graham, con la cabeza alta, silbando y sintiendo el sol que le daba en la cara, se había metido de lleno en ella. La música de Rossini continuaba sonando, pero Graham sólo pensaba en la imagen de Ann tumbada boca arriba y animando a los cuatro tipos. Estaban juntos, haciendo un ángulo recto con su cuerpo, los cuatro lamiéndola como guadañas, como cuatro motores moviéndose alrededor. Graham agitó la cabeza para expulsar esa imagen de su mente, se concentró en la conducción; pero, aunque reprimida y borrosa, la imagen permanecía dolorosamente en algún lugar de su

visión, tal vez en el espejo retrovisor.

Se encontró buscando garajes por la calle. Cuando veía uno, miraba instintivamente los carteles por si alguno decía LAVACOCHEs. En la mayoría de ellos no lo ponía; y entonces Graham se sentía mejor, como si quedara probado que sus sospechas de adulterio eran falsas. Entonces pasaba por delante del octavo o el noveno garaje, venía la repugnante señal informativa y la imagen del espejo retrovisor se hacía más clara. Ahora veía a su mujer urgiendo a los cuatro hombres para que hiciesen diferentes usos de ella. Tres de éstos eligieron los canales habituales; el cuarto se instaló en un rincón del espejo retrovisor como un sátiro destemplado y sacó su miembro. Graham hizo un esfuerzo por mirar a la carretera. Llovía menos y los limpiaparabrisas movían su propia suciedad con cada barrido que hacían. Automáticamente, Graham apretó el botón del agua para limpiar el parabrisas. Un chorro de líquido blanquecino y opaco surgió ante él. Debía haberlo previsto. En el espejo, el sátiro se estaba corriendo.

Graham dedicó veinte minutos de su primera clase a mirar a sus alumnos varones preguntándose cuántos de ellos querrían hacer películas y cometer adulterio con su mujer. De repente, aquello le pareció cómico, y continuó explicando a Balfour desde un punto de vista tentadoramente innovador. Pasadas un par de horas salió fuera, se dirigió a su coche y miró las boquillas por donde salió el agua para limpiar el parabrisas como si fuesen instrumentos de adulterio. Una tristeza enervante comenzó a apoderarse de él. Compró un ejemplar del *Evening Standard* y miró la cartelera de películas. Quizá fuera a ver una en la que no trabajara su mujer, para variar. ¿Qué tal el último Jancsó, en él no trabajaba su mujer; o la última de guerras galácticas, en la que tampoco salía su mujer; o la última *road-movie* inglesa sobre cómo llegar a Wrexham en autoestop, en la que seguro tampoco trabajaba su mujer?

No daban ni una sola de las películas de su mujer. Ni una sola. Graham tenía la impresión de que uno de los servicios sociales que más le afectaban había sido repentinamente suspendido. ¿Se daban cuenta de los efectos que esto tendría? Hoy no podía ir a ningún cine en Londres o alrededores a ver una película en la que su mujer cometiera adulterio, tampoco podía ir a ver ninguna en la que su mujer, aunque permaneciera casta en pantalla, hubiera cometido adulterio con uno de los actores fuera de pantalla. Estas dos categorías, advirtió, empezaban a confundirse en su mente.

Todavía le quedaban dos tipos de películas: aquéllas en las que salían actores con los que su mujer había cometido adulterio en pantalla (pero no fuera), y las películas donde aparecían actores con los que su esposa había cometido adulterio fuera de pantalla (pero no en ella). Miró de nuevo el *Evening Standard*. Esta vez la elección se reducía a dos: Rick Fateman en *Sadismo* en el cine Muswell Hill o Larry Pitter en la nueva versión de *The Sleeping Tiger...*, de repente Graham se dio cuenta de que no se acordaba de si Ann había cometido adulterio con Pitter.

En la pantalla, sí, por supuesto, eso es lo que le había hecho ir alterado por los

celos a Turnpike Lane y a Romford los últimos días. Pero ¿y fuera de la pantalla? Sabía que hacía unos meses se lo había preguntado, pero simplemente no podía recordar la contestación. Esto le pareció muy raro.

Quizá *The Sleeping Tiger* le ayudaría a recordarlo. Fue a Swiss Cottage en el coche en un estado de viva curiosidad. En la nueva versión Pitter incorporaba a un psiquiatra que trae a su casa una chica punk de pelo verde y la emplea como *au pair*; la chica seduce a su esposa, trata de violar a su hijo de diez años, corta el cuello a los gatos con una navaja, y luego regresa inesperadamente a casa de su madre. La esposa tiene una depresión nerviosa y el marido descubre que es homosexual. Se llega a la verdad a través de experiencias muy dolorosas. El joven director inglés rendía su homenaje a un temprano Losey con varios planos cortos de barandillas y escaleras. En un momento dado, Pitter parecía entretenerse con el objeto de su investigación y, para alegría de Graham, recibió una buena patada en las pelotas.

Graham salió del cine tan excitado como al entrar. El darse cuenta de que no sabía si Ann *había* cometido adulterio con Pitter, le hizo sentirse increíblemente vivo. Cuando volvía a casa en su coche se le ocurrieron una o dos formas de matar a Pitter, pero las rechazó como fantasías inútiles. Lo que se le estaba ocurriendo ahora era mucho más importante, mucho más real.

En casa rajó los filetes de carne y metió trozos de ajo en las incisiones. Puso la mesa, añadiendo unas velas en el último momento. Sacó el cubo de hielo, que usaban muy rara vez, lo llenó de cubitos para el gin-tónico de Ann. Cuando abrió la puerta principal él estaba silbando. Al entrar en el cuarto de estar, la besó en los labios sin ambigüedad y le ofreció su bebida y un plato de pistachos. No se había mostrado así desde hacía semanas.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, nada especial —dijo con un aire un tanto furtivo.

Podía haber pasado algo en su trabajo; quizá Alice había sacado buenas notas en el colegio; o simplemente ya estaba mucho mejor. Durante toda la cena siguió de muy buen humor. Mientras tomaban café dijo:

—Lo que ha ocurrido hoy no había pasado antes. —Parecía que iba a desenvolver un regalo para Ann—, Nunca antes. Ha sido muy aleccionador.

Sonrió, gentilmente desconcertante.

—Olvidé si te habías acostado con Larry Pitter o no. —La miró esperando su aprobación.

—¿Y? —Ann sintió que su estómago se empezaba a contraer por la aprensión.

—¿Y?, ¿y?, nunca antes había pasado con los demás..., siempre he recordado... si te lo habías tirado. —Usaba esa palabra deliberadamente—. Si lo habías hecho en la pantalla o fuera de ella. Incluso cuando no lo habías hecho en ninguno de los sitios, como en el caso de Buck Skelton. A cualquier hora, si alguien me hubiera dicho: «Dame la lista de todos los hombres que se ha tirado tu mujer», habría podido dársela. De verdad. Y a continuación hubiera dicho: «Todavía hay más, de los de las

otras categorías». También los recuerdo, a todos ellos. Una vez me di cuenta de que estaba favoreciendo a un alumno sólo porque se llamaba Kerrigan: el motivo era que Jim Kerrigan nunca se propasó contigo en *The Cheapest Place in Town*.

Ann hizo un esfuerzo para sonreír y esperó.

—Esto podría significar que estoy empezando a olvidar.

—Sí, supongo que puede ser eso. —Pero Graham parecía más alterado que aliviado, pensó.

—Entonces sigue.

—¿Que siga qué?

—Sigue probándome.

—¿Probándote?

—Sí, para ver qué recuerdo. «¿Me he follado a tal y a tal?» En ese plan. «¿Quién era el segundo protagonista en la película en la que follaba en la pantalla pero no fuera?» Y así. Puede ser divertido.

—¿Estás borracho?

Quizá se había bebido un par de copas antes de que ella llegara a casa.

—No, para nada. En absoluto.

Ciertamente no tenía aspecto de estar borracho, parecía radiante, alegre y contento.

—Entonces todo lo que se me ocurre decir es que es la sugerencia más enfermiza que jamás he oído.

—Venga, ten espíritu deportivo. *Homo ludens*, ya sabes.

—Estás hablando en serio, ¿no?

—Sí, lo digo en serio. Quiero que juguemos.

Ann dijo con tranquilidad:

—Creo que estás loco.

—No, no estoy loco. Creo que es todo muy interesante. Quiero decir, me sorprendió tanto no poder acordarme cuando fui a ver *The Sleeping Tiger* hoy.

—¿Qué?

—¿Qué quieres decir? Es la penúltima película de Larry Pitter.

—¿Por qué tendrían que interesarme las películas de Larry Pitter?

—Porque no jodió contigo, o quizá sí lo hizo: es seguro que lo hizo en *The Rumpus*, en pantalla, y fuera de pantalla..., eso es lo que hay.

—¿Fuiste a ver una película en la que actuaba Pitter? —Ann estaba sorprendida, consternada—, ¿Por qué?

—*The Sleeping Tiger*. Para ver si me refrescaba la memoria.

—Ah, en un cine del centro.

—Swiss Cottage.

—Graham, pero si eso está lejísimo. Todo para ver una estúpida película del tal Pitter. Debes haberte vuelto loco.

Esto no disuadió a Graham en absoluto. Miró a su mujer con una ternura

inequívoca.

—Espera, espera. La cosa es que vi *The Sleeping Tiger* entera y al final seguía sin recordar. Miré con detenimiento la cara de Larry Pitter cada vez que apareció en pantalla y me fue imposible recordar si quería matarle o no. Fue muy extraño.

—Bien, supongo que si de alguna manera te hace sentir mejor, puede ser un principio.

Graham hizo una pausa y después dijo despacio:

—No estoy mejor. —Ann cada vez entendía menos—. Mejor no. Yo diría que diferente. Es distinto. Me pregunto por qué, si mi mente decidió olvidar a uno, tuvo que escoger a Larry Pitter. ¿Qué tiene o no tiene Pitter que no tengan otros?

—Graham, creo que esto es preocupante. Hasta ahora siempre te he entendido. Pero ahora no puedo. Antes te molestaba que habláramos de mis antiguos novios. A mí también me molesta. Pero ahora... creo que de alguna manera te excita.

—Es sólo el asunto de Pitter. Es como si no lo hubiera sabido nunca. Es como si estuviera a punto de saber si follaste o no con Larry Pitter.

—Estás hablando en serio, completamente en serio, ¿verdad?

Graham se apoyó en la mesa donde habían cenado y apretó la muñeca de Ann con dulzura.

—¿Lo hiciste? —dijo en voz baja, como si haberlo dicho más alto pudiera influir en la respuesta—. ¿Lo hiciste?

Ann retiró el brazo. Nunca habría imaginado que Graham llegaría a provocar en ella la despreciable compasión que ahora sentía.

—No creerás que te lo voy a decir ahora, ¿no? —replicó, también en voz baja.

—¿Por qué no? Necesito saberlo. Tengo que saberlo. —Sus ojos tenían el brillo de la fiebre.

—No, Graham.

—Vamos, amor mío. Me lo dijiste antes. Dímelo otra vez.

—No.

—Me lo dijiste. —La misma voz baja, los mismos ojos brillantes, la misma mano en la muñeca, sólo que esta vez apretando más.

—Graham, te lo dije y lo has olvidado, así que no puede preocuparte tanto si lo hice o no.

—Necesito saberlo.

—No.

—Necesito *saberlo*.

Ann hizo un último esfuerzo por razonar, y un último intento por calmar su propia furia.

—Necesito saberlo.

Ann trató de retirar la muñeca, sin conseguirlo. Después suspiró profundamente.

—Por supuesto que lo hice. Y me gustó mucho. Fue un polvo delicioso. También le pedí que me lo hiciera por detrás.

Por fin le soltó la muñeca. Los ojos de Graham se entristecieron. Quedó cabizbajo. No volvieron a hablar en toda la noche. Estuvieron en diferentes habitaciones y se fueron a la cama sin cruzar palabra. Cuando Ann salió del cuarto de baño —había cerrado el pestillo por primera vez—, Graham estaba esperando para entrar. Se apartó más de lo necesario para dejarla pasar.

En la cama, se acostaron dándose la espalda, a un metro y medio de distancia. En la oscuridad, Graham comenzó a llorar en silencio. Un par de minutos después Ann empezó a llorar también. Finalmente ella dijo:

—No era verdad.

Graham dejó de llorar por un momento y ella repitió:

—No era verdad.

Entonces empezaron a llorar los dos de nuevo, aún enroscados cada uno a un lado de la cama.

7. EN EL ESTERCOLERO

Italia quedaba descartada; estaba plagada de huellas de amantes, pisadas de camellos en un desierto en el que el viento no soplara nunca. Alemania y España no eran seguras. Y había algunos países —Portugal, Bélgica, Escandinavia— que estaban fuera de peligro; aunque una de las razones de ello, por supuesto, era que Ann nunca había querido ir. Por tanto, esta «seguridad» era peligrosa: por muy cobarde que fuera, a Graham no le atraía la idea de tener que soportar una noche en Helsinki por culpa de la ausente amenaza de Benny, de Chris, Lyman o quien fuera. Se imaginaba en uno de esos países extremos, enfundado en un anorak para protegerse del frío, bebiendo a pequeños sorbos un licor de pezuña de cabra; lo único que hubiera podido hacer habría sido pensar con tristeza en los idiotas de piel bronceada que les obligaban a viajar allí y que probablemente en ese momento paseaban por la Via Veneto partiéndose de risa sólo de pensar en él.

Francia era semipeligroso. París estaba descartado, el Loira también, el Sur también. Bueno, no todo el Sur; sólo pequeñas zonas donde las curvas de los acantilados habían sido reemplazadas por las curvas de las terrazas de los apartamentos, la zona de Niza y Cannes, donde Ann, imaginaba él, se había comportado como..., como cualquier otra chica en su lugar. Pero claro, también existía el auténtico Sur, donde no había estado ninguno de los dos, ni había estado ninguno de esos listos que llamaban a Londres continuamente para controlar los movimientos de sus carteras. El auténtico Sur: ése era un lugar seguro.

Volaron a Toulouse, alquilaron un coche y sólo porque era una de las direcciones que había a la salida de la ciudad, siguieron el Canal du Midi, hacia Carcassone. Habían recorrido ya la mitad de las murallas cuando un comentario de Ann hizo que Graham explicara que era una de las reformas de Viollet-le-Duc; pero esto no disminuyó su interés. Estaba decidida, en la medida en que podía decidirlo, a divertirse durante las vacaciones. Carcassone disgustó profundamente a Graham — sin duda debido a su integridad de historiador, como explicó medio en broma a Ann —, pero no importaba. Durante el primer día de viaje estuvo nervioso, deseando olvidar la fascinación paternal que le inspiraban Benny, Chris, Lyman y los demás; por ahora, sin embargo, parecía haberlos dejado a un lado.

En Narbonne se encontraron con un cruce en forma de T; fueron hacia el norte, por Béziers, camino de Herault. A la cuarta mañana, cuando atravesaban despacio un camino flanqueado por plátanos con una banda blanca pintada en el tronco, Graham aminoró la velocidad para adelantar a un carro rebotante de heno; cuando su conductor, aparentemente dormido, volvió la cabeza hacia ellos y tiró aletargadamente de las riendas, sintió de repente que estaba tan bien como al principio. Esa misma tarde, se tumbó en la cama del hotel cubierto sólo por una

sábana y observó que la pintura blanca del techo se estaba cayendo: recordó la franja de insecticida blanco y sonrió de nuevo. Ahí no podían encontrarles: ninguno de ellos había estado allí y no sabrían dónde buscarle; e incluso si les encontraban, él sería lo suficientemente fuerte como para poder con ellos.

—¿De qué te ríes?

Ann, desnuda, con un par de bragas escurridas en la mano, rondaba la ventana dudando si debía o no colgarlas de la barra de hierro forjado que había en el exterior. Finalmente decidió que no: el día siguiente era domingo y, nunca se sabe, podía interpretarse como un gesto blasfemo.

—Sólo me reía. —Se quitó las gafas y las puso sobre la mesilla de noche.

Ella colgó las bragas en el grifo del radiador y se dirigió hacia la cama. Graham siempre parecía más indefenso cuando se quitaba las gafas. Ella miró las marcas que habían dejado en la nariz, después el pelo entrecano y la blancura de su piel. Una de las primeras cosas graciosas que le había dicho fue: «Me temo que tengo el típico cuerpo de catedrático». Ella lo recordó mientras se metía debajo de las sábanas.

—¿Sólo te reías?

Graham había decidido que en los días siguientes evitaría toda referencia a lo que tenían que olvidar durante las vacaciones. Por ello, en vez de eso, le habló de algo que le había hecho reír la noche anterior.

—Estaba acordándome de algo.

—¡Uh, uh! —Se acercó y puso la mano sobre su pecho de catedrático.

—En los últimos tiempos con Barbara, ¿sabes qué solía hacerme? No te preocupes, no te haré enfadar. Me cubría con toda la ropa de la cama. De verdad. Cuando estaba dormido, tiraba de las sábanas y de las mantas de su lado de la cama y las empujaba hacia el mío, y me pasaba también el edredón, y después fingía que se había despertado y me armaba una bronca por robarle la ropa de la cama.

—Es de locos; ¿por qué lo hacía?

—Para hacerme sentir culpable, supongo. Siempre lo conseguía. Me hacía sentir que, incluso estando dormido, mi subconsciente se empeñaba en maltratarla. Lo hizo aproximadamente una vez al mes, durante un año entero.

—¿Por qué dejó de hacerlo?

—Oh, porque la cacé. Una noche estaba totalmente despierto, tumbado en la cama, tratando de no despertarla. Pasada una hora más o menos se despertó, pero no me apetecía hablar con ella y me quedé quieto. Entonces supe lo que hacía. Esperé a que terminara de apilar la ropa encima de mí, luego fingió que dormía, y después que se despertaba y que tenía frío, y me movió y empezó a acusarme; entonces dije: «Llevo despierto por lo menos una hora». Ella se quedó con la palabra en la boca, recogió la ropa que me había puesto encima y se dio la vuelta. Creo que es la única vez, que yo recuerde, que se encontró sin nada que decir.

Ann apretó su mano contra el pecho de Graham. Le gustaba la forma en que hablaba de su pasado. Nunca criticaba duramente a Barbara para que ella, Ann, se

sintiese mejor. Sus historias tenían siempre un viso de incredulidad hacia la forma en que él se había comportado o había permitido que Barbara se portara con él; ello parecía implicar que tales discusiones y engaños no podían tener lugar entre ellos.

—¿Quieres un poco más de sábana? —le preguntó ella, y se arrastró hasta quedar encima de él. Por la forma en que sonrió, ella comprendió que esta vez no habría titubeos, ni pasados turbulentos entre ellos, y estaba en lo cierto.

Encontraron un pequeño hotel cerca de Clermont l'Herault y se quedaron allí una semana.

Durante la cena, sobre la mesa había un generoso litro de vino tinto local, y las patatas tenían un color de azafrán y una suavidad que les hizo pensar que eran inequívocamente francesas. Quizá el color provenía de haberlas frito en aceite usado, pero no importaba.

Por las mañanas atravesaban en automóvil menudos viñedos en dirección a los pueblos vecinos, donde veían iglesias, que por algún motivo les parecían más interesantes de lo que en realidad eran, y después pasaban el tiempo comprando cosas para comer en el campo y un ejemplar del *Midi-Libre*. Luego conducían sin rumbo fijo, parándose de vez en cuando para que Ann recogiera flores silvestres y hierbas cuyos nombres no conocía, que solían quedarse en la parte trasera del coche, donde encogían y se marchitaban. Encontraban un bar, tomaban un aperitivo, y después buscaban un refugio o un claro.

Después de la comida Graham pedía a Ann que le leyera la página dos del *Midi-Libre*. El encabezamiento decía *Faits Divers*, y estaba especializado en los sucesos violentos de cada día. Allí aparecían los crímenes más singulares junto a historias de gente ordinaria que moría. «Madre conduciendo distraída cae al canal», Ann traducía, «perecen cinco». Un día leyó la historia de una familia campesina que tenía a la abuela octogenaria encadenada a la cama «por miedo a que escapara a la carretera y ocasionara un accidente»; la carretera estaba a doce kilómetros. Al día siguiente leyó el caso de dos automovilistas que discutieron por un lugar para aparcar; el perdedor sacó una pistola y disparó tres tiros en el pecho a «su enemigo de cinco minutos». La víctima cayó al suelo; el agresor, para asegurarse, dio un par de tiros a las ruedas del coche antes de partir con el suyo. «La policía continúa la búsqueda», tradujo Ann. «La víctima fue gravemente herida y llevada al hospital». Donde, pensó Graham, fue gravemente herido otra vez, la última.

—Todo es por ese temperamento latino —dijo él.

—Esto ocurrió en Lille.

—Ah.

Después de comer subieron al coche y volvieron al hotel, tomaron café en el bar y se subieron a la cama. A las cinco bajaron y se sentaron en unos asientos reclinables hechos con macarrones de plástico hasta que llegó la hora de tomar la primera copa. Ann estaba leyendo *Rebeca*. Graham leía varios libros al mismo tiempo. A veces le leía fragmentos en voz alta.

«Cuando Pierre Clergue quería conocerme carnalmente, llevaba unas hierbas envueltas en un trozo de lino, de aproximadamente una onza de largo y de ancho, o del tamaño de la primera falange de mi dedo meñique. Tenía un cordón largo que ponía alrededor de mi cuello cuando hacíamos el amor, y el paquete con las hierbas atado al final del cordón colgaba entre mis pechos hasta la boca del estómago. Cuando el cura quería levantarse y abandonar la cama yo me quitaba la cosa de alrededor del cuello y se la entregaba. Podía ocurrir que quisiera conocerme carnalmente dos o más veces en una misma noche; en ese caso, el cura me preguntaba, antes de unir su cuerpo al mío: “¿Dónde están las hierbas?”».

—¿Cuándo tiene lugar el pasaje?

—Hacia el año 1300. Fue cerca de aquí, a unos setenta y cinco kilómetros más o menos.

—¡Vaya un cura, viejo verde!

—Parece que los curas han sido siempre los más cachondos, supongo que después te daban la absolución para que el viaje valiera la pena.

—Curas, viejos verdes. —Ann estaba muy escandalizada por la carnalidad eclesiástica. Esto intrigó a Graham: normalmente era él quien se escandalizaba cuando ella hablaba de las cosas del mundo. Se sintió poderoso, casi malévol, y continuó.

—No todos lo hacían. Algunos preferían a los muchachos. No es que fueran raros..., aunque supongo que debían ser bastante raros. Hay muchos pasajes en los que los hombres confiesan cosas como «Cuando era niño el cura me metió en su cama y me puso entre sus muslos como a una mujer».

—A mí me suena bastante raro.

—No; la razón más importante por la que se lo hacían con chicos era evitar el riesgo de contraer enfermedades con las prostitutas.

—Cabrones, jodidos cabrones. Supongo que pensaban que eso estaba bien, ¿no?

—Oh, sí. Todo lo que hacían estaba bien. La regla para las prostitutas era muy interesante. Te lo leeré. —Volvió unas páginas atrás—, «Vidal pensaba» (éste no era sacerdote, sino arriero, pero ésta es la conclusión a la que llegó después de preguntar a los curas si era pecado ir con prostitutas) «Vidal pensaba que el acto sexual no era pecado si se hacía con prostitutas», bla... bla... bla..., «con dos condiciones: primero, tenía que haber una transacción monetaria» (pagando el hombre, por supuesto) «y en segundo lugar, el acto en cuestión debía *complacer* a ambas partes».

—¿Qué significa «complacer»? ¿La prostituta tenía que correrse, o algo así?

—No lo dice. No creo que en aquellos tiempos supieran nada del orgasmo.

Ann se estiró desde su asiento y tocó la pierna de Graham con el pie.

—Siempre han sabido todo sobre el orgasmo.

—Pensaba que eso era cosa de este siglo. Creía que lo había descubierto el Grupo de Bloomsbury. —No estaba bromeando del todo.

—Yo creo que siempre se ha conocido.

—En cualquier caso, no pienso que «complacer» signifique necesariamente «correrse». Probablemente significa que al cliente no le estaba permitido pegar o morder a la prostituta, igual que no le estaba permitido irse sin pagar.

—Es fantástico.

—Claro. —Graham continuó, disfrutando cada vez más al ver que Ann cada vez estaba más incómoda—. Probablemente era bastante distinto a nuestros días. Quiero decir, no siempre lo hacían en la cama.

—Tampoco ahora. —Ann contestó automáticamente; entonces recordó alarmada que con Graham siempre lo había hecho en la cama; había sido con alguno de los otros con quienes había utilizado otros lugares. Graham, afortunadamente, no se dio cuenta.

—Donde lo hacían mucho —dijo recordando el dato que se había guardado— era en los estercoleros.

—¿En los estercoleros? Brrrrrrrrrr.

—En los estercoleros. Bueno, supongo que tendrán ciertas ventajas. —Graham acentuó su tono académico—. Son cálidos, confortables, y probablemente no olían peor que la pareja que tenían encima...

—Basta, basta. Ya tengo bastante —Ann le interrumpió con firmeza—, ya tengo bastante.

Graham sonrió y volvió a su libro. Ann hizo lo mismo, pero siguió pensando en la conversación. Estaba sorprendida de lo mucho que le había afectado. No cada cosa por separado —los curas raros, las absoluciones cínicas, los muchachos sodomizados, los estercoleros— sino la acumulación de todas ellas. Cuando dijo que las mujeres siempre habían sabido correrse, no sabía en qué se basaba; solamente lo intuía. Tenían que saberlo ¿no?: advirtió que ésta era la única base de su argumento. Del mismo modo, siempre había asumido, sin justificación aparente, que el sexo siempre había sido como era ahora. Por supuesto, algunas cosas habían cambiado —se habían inventado la píldora y el diu, gracias a Dios—, pero ella se imaginaba el sexo como una constante humana, como algo que nunca había dejado de ser refrescante y divertido. Lo asociaba en su mente con sábanas limpias y flores en la cama. Sin embargo, no hacía tanto tiempo, y bastante cerca de donde estaba, había sido cosa de estercoleros y curas verdes, y en lugar de flores a tu alrededor había hierbas secas. ¿Por qué, se preguntaba, había gente a la que le gustaba hacerlo en esas circunstancias? ¿Por qué se complicaban así? Ella nunca lo haría. De repente, pensó en la pasta de dientes.

Mientras, Graham continuaba leyendo. Era extraño cómo reaccionaba últimamente de igual manera ante todos los libros de historia que leía, sin importarles su extensión, calidad, utilidad o precio: encontraba que eran, al mismo tiempo y casi cada frase, intensamente interesantes e intensamente aburridos.

Les quedaban cuatro días de vacaciones cuando, una mañana, Ann sintió que la piel de sus pechos se ponía tensa; también sintió un lejano dolor en el inicio de la

espalda. Mientras comían cerca de un riachuelo ancho y plano, cuya profundidad no superaba la altura del tobillo, cuyas aguas corrían despacio por encima de los guijarros, murmuró a Graham, usando una expresión francesa que le había explicado en otra ocasión.

—Creo que están a punto de llegar los casacas rojas.

Graham tenía en la mano derecha una rebanada de pan untada generosamente con paté, y en la izquierda un tomate que acababa de morder; sabía que en ese momento el jugo estaba decidiendo si caer sobre sus pantalones o correr por su brazo, o quizá ambas cosas. Por eso, casi sin darse cuenta de lo que decía, contestó:

—¿Han partido ya?

—Sí.

—Entonces ya han embarcado.

—Sí.

—Y puede que tengan viento de cola.

—Sí.

—Todo es posible.

Movió la cabeza como si estuviera calculando algo, como el marchante que tiene que decidir hasta dónde pujará antes de una subasta. Se divertía con sus respuestas ante la llegada de sus periodos. A veces había grandes deliberaciones y cábalas sobre dónde habían desembarcado exactamente los casacas rojas, cuál era su fuerza estimada, cuánto tiempo se esperaba que la expedición quedara en tierra y demás. A veces, como en este caso, las noticias parecían preocuparle mucho, como si le hubiera anunciado que tenía que internarse en un hospital. En ocasiones despertaba en él una traviesa sexualidad, y aunque no la arrastraba a la cama exactamente —no era su estilo—, respondía con mayor entusiasmo a sus provocaciones.

El asunto tenía gran interés para Graham, porque para él era cosa de sólo cuatro años; nunca se le había permitido el más mínimo sesgo en materia de sexo. Todavía se sentía internamente incómodo ante la idea del sexo durante la menstruación; llegó a confesar, vaga y solapadamente, que al pensar en ello se sentía inclinado a ponerse unos chanclos para hacerlo. Pero siempre aceptaba las sugerencias de Ann, en el sentido de que la inminencia del periodo les obligaba a proporcionarse una cierta felicidad antes de su llegada. Alguna vez Ann fue más lejos y propuso que intentaran algo diferente de lo que habían hecho hasta entonces. Pero la verdad es que a Graham no le fascinaba la idea de probar cosas algo diferentes; le hacía sentirse en una posición difícil, demasiado bestial y demasiado cerebral a un tiempo.

Durante su primer matrimonio las cosas nunca habían sido así. Barbara entendía que la llegada del periodo era un momento en el que debía ser exaltado el sufrimiento de la mujer, se le debía permitir un mayor grado de irracionalidad a la hora de tomar decisiones, y era el momento de lograr que Graham se sintiera más culpable que nunca. A veces llegaba a pensar que él era quien causaba los periodos de Barbara; que su pene la rasgaba por dentro y la hacía sangrar. Ciertamente, eran días de

temperamento incierto y extrañas acusaciones. Con alguna caridad se podía pensar que la diferencia de actitud entre Barbara y Ann era generacional, o debida a la intensidad del dolor; pero en aquellos días a Graham ya no le tentaba la caridad.

Cuando volvieron al hotel después de comer, Graham parecía preocupado; apenas habló mientras sorbieron sus pequeñas tazas de café. Ann no le preguntó qué pensaba, pero le dio una oportunidad.

—¿Te apetece dar un paseo esta tarde?

—Oh, no, decididamente no.

—¿Quieres que vaya a buscar nuestros libros?

Se inclinó hacia adelante y miró dentro de su taza: estaba vacía. Entonces se levantó. Para Graham esto era decisivo, casi una provocación.

Subieron juntos hasta el dormitorio, donde las sábanas estaban tan bien planchadas y tirantes que parecían recién puestas. La habitación estaba algo oscura, con las ventanas y contraventanas cerradas. Graham abrió la ventana, dejando entrar el zumbido desmayado de los insectos, el lejano ruido de la cocina y el ronroneo ambiental de la tarde calurosa; dejó las contraventanas cerradas. Quizá estuvo delante de la ventana más tiempo del que él creía, porque cuando dio la vuelta Ann ya estaba en la cama, con un brazo puesto encima de la almohada donde apoyaba su cabeza y el otro sujetando instintivamente las sábanas a la altura de sus pechos. Graham dio un rodeo y se sentó en su lado de la cama, luego se desvistió sin prisa. Lo último que se quitó fueron las gafas, que dejó sobre la mesilla de noche, junto al jarrón con las flores agostadas y anónimas que Ann había reunido una mañana.

No estaba preparada para lo que vino después. Primero Graham se zambulló en la cama y la abrió de piernas con furia. Entonces empezó a besarla con evidente ternura pero como sin saber dónde besaba. Ella ya había asumido que ahí abajo su sabor no era muy agradable o que al menos a él no le gustaba.

Después se levantó y se colocó de medio lado, con cierta agresividad, esperando una respuesta similar. Ella accedió sorprendida, creía que no le gustaban mucho las posturas. Después de un minuto, ya fuera de la cama, le introdujo el pene sujetándolo él mismo, lo que no era habitual, pues le gustaba que lo hiciera ella. Y entonces empezó a moverse de lado, de espaldas y, finalmente, para alivio de ella, de frente, de una forma ordenada y preestablecida que remitía a un motivo más profundo y complicado que el simple placer. Parecía como si fuera un acto no directamente sexual sino de recapitulación sexual. Hacerlo todo, hacerlo ahora, de todas las formas posibles; nunca se sabe cuándo se podrá volver a hacer, ni siquiera el más sencillo de los besos. Eso parecía estar diciendo.

También se corrió de forma diferente. Normalmente enterraba la cabeza en la almohada hasta que llegaba al orgasmo, pero esta vez se incorporó de golpe y miró a Ann a la cara con una seriedad que bordeaba el dolor. Su expresión era a la vez interrogante y anónima: podía ser la de un oficial de aduana a quien ella acababa de entregar su pasaporte.

—Lo siento —dijo al posar de nuevo la cabeza sobre la almohada, junto a la de ella. Era la primera palabra que pronunciaba desde que estaban en el bar. Quería decir: Siento que no haya salido bien, lo siento por mí, lo siento porque lo he intentado todo y he conseguido muy poco. Lo siento por mí.

—¿Por qué, tonto? —Le pasó la mano por la espalda y le acarició el hombro.

—Todo para mí. Insuficiente para ti. —Pero sobre todo insuficiente para mí.

—Tonto. A mí me gusta aunque no me corra.

Bien, esta vez parecía lo suficientemente cierto como para no ser una gran mentira. Graham gimió con cierta alegría; Ann movió un poco la cadera y se quedaron en la postura tradicional hasta que el peso que ella soportaba en su vejiga se le hizo excesivo.

Al día siguiente llegaron los casacas rojas, y el tiempo se había vuelto gris. Salieron en dirección a Toulouse, girando esta vez hacia el norte. Las arcadas de plátanos húmedos estaban aquí más próximas entre sí, y se oía un schum schum al pasar a su lado. Las franjas blancas, medio despintadas, les hacían parecer famélicos: árboles hambrientos.

Cuando se adentraban en la franja sur de Causses vieron una señal que decía: Roquefort-Sur-Soulzon. A ninguno de los dos les interesaba demasiado el queso, pero les pareció una dirección tan buena como cualquier otra. Visitaron una fábrica situada en medio de un risco, donde una especie de torera de baja estatura, que llevaba tres jerséis y una larga capa de lana, les explicó que las fisuras verticales de la roca mantenían la fábrica en un frío constante. La brisa y la humedad procuraban como en ningún otro lugar del mundo las condiciones ideales para la fabricación del queso azul; lo que, sin duda, era también la causa del incipiente resfriado de su guía.

Allí no había mucho más que ver, era evidente, ya que la fabricación del queso es estacional y habían llegado un poco tarde. No vieron un solo queso: en compensación, la guía cogió un gran trozo de madera del tamaño y forma de un queso Roquefort entero y les enseñó cómo los envolvía en papel de estaño. El que no hubiera nada que ver puso a Graham de muy buen humor, mejorado por la apresurada traducción de Ann:

—«La leyenda dice que había una vez un pastor que estaba con sus ovejas. Era la hora de comer. Se sentó en una cueva, con un poco de pan y un poco de queso, cuando pasó una pastora que, naturalmente, era muy bella: el joven pastor se olvidó de la comida e hizo la corte a la joven pastora. Fue una semana después cuando volvió a la cueva para descubrir que el pan se había puesto verde y que el queso se había puesto verde. Pero, por suerte para nosotros, probó el queso y le gustó mucho. Entonces los pastores mantuvieron el secreto de la cueva durante muchos siglos. No se sabe si esta historia es verdadera o no, pero para los roquefortianos es divertido seguir contándola de padres a hijos».

Pasearon por varias grietas, húmedas y relucientes, cubiertas por un musgo de un verde brillante casi irreal, y les mostraron a través de una ventana una lejana cadena

de montaje desoladoramente vacía. La guía les dijo que la visita estaba llegando a su fin y señaló severamente un cartel que prohibía dar propinas. En el mostrador de la tienda ignoraron el queso y se resistieron ante una colección de doce diapositivas que descubrían el proceso de fabricación, desde la obtención del moho hasta el empaquetamiento. En vez de eso Graham compró un cuchillo para el Roquefort: de hoja ancha y asombrosamente afilado; el mango era sorprendentemente delgado y discreto. Puede ser útil en cualquier momento, pensó.

Siguieron hacia el oeste y en unas horas llegaron a Albi, donde encontraron la catedral más extraña que ninguno de los dos había visto nunca: la base de ladrillo naranja oscuro, canija o estilizada, iglesia o fortaleza, bella aunque en muchos aspectos fea o simplemente rara. Iglesia militante, iglesia defensiva; también iglesia simbólica: levantada como advertencia de ladrillo contra los cátaros y todos los que se dejaran tentar por la herejía. Cuando alzaron la vista hacia las bulbosas y ennegrecidas torres de la pared oeste, las almenas y las escasas gárgolas solitarias, Graham dedujo que esto era una respuesta intelectual indirecta a los decadentes herejes de Montailhou: advertía a los fornicadores del estercolero que allí donde estaba la fuerza estaba la verdad.

¿Era por el periodo, o era que Graham estaba algo atravesado estos días? Hasta sus alegrías parecían un poco falsas. Ann no sabía qué pasaba. Quizá no tenía importancia; era que se les acababan las vacaciones. En Albi compraron Armagnac y tarros de cristal para guardar verduras. Graham encontró alpargatas, un sombrero de paja, cosas que habían buscado desde el comienzo del viaje. Tenían que gastar las monedas que les quedaban, pensó él, o no habría sitio en la caja de nogal de Ann.

Cuando conducía por los alrededores de Toulouse camino del aeropuerto, pasaron por delante de un cine y Ann rió.

—¿Qué ponen? —preguntó él.

—Están dando *Fermeture annuelle* —contestó—. La dan en todas partes. —Era como ir en tren por Italia y encontrarse con que todas las ciudades que atravesaba se llamaban Uscita—. ¿Es de Godard o de Truffaut?

Graham sonrió e hizo el sonido gutural apropiado; pero ¿le vio ella retroceder instintivamente?

En Gatwick encontraron taxi sin dificultad. Llovía, como siempre que se regresa a Inglaterra. Graham miró a través del cristal cubierto de gotas. ¿Por qué aquí todo el verde parece contener tanto marrón? ¿Y cómo era posible que las cosas se vieran a la vez húmedas y cubiertas de polvo? Después de recorrer un kilómetro y medio pasaron por delante de un garaje. Cuatro estrellas, tres estrellas..., lavado de coches. Graham comprendió que había regresado a casa. La *Fermeture annuelle* del cine que había en su cabeza había terminado.

8. LAS ARENAS FEMINIANAS

A Graham le sentaba mal no haber llevado nunca a Alice al zoo, pero así era. No es que odiara a los animales. Al contrario, le encantaba su improbabilidad, la forma ficticia y especulativa en que se habían desarrollado muchos de ellos. ¿A quién se le ocurrió darte ese aspecto?, murmuraba ante la jirafa. Quiero decir, sé que es útil tener el cuello largo para llegar a las hojas más altas, pero ¿no hubiera sido más sensato hacer los árboles más bajos? ¿Y acostumbrarse a tomar la comida del suelo, escarabajos o escorpiones o cosas así? ¿Por qué las jirafas seguían creyendo que era buena idea seguir siendo jirafas?

Además, él hubiera querido llevar a Alice al zoo, era un lugar al que no podía dejar de ir ni el padre más desastrado. Aunque fueras pesado, pobre o despreciable a los ojos del niño, aunque te equivocaras de ropa el día de los premios del colegio, siempre podías recuperarte ante él llevándole al zoo. Los animales eran tan infaliblemente generosos en su gloria aparente que podrían ser un producto momentáneo de la imaginación de los padres. *Mira*, mi padre se inventó todos éstos; sí, y el cocodrilo, y el emú, y la cebra. Los únicos aspectos complicados eran los sexuales; esa erección del rinoceronte, colgándole como el puño de un gorila cascado o como una de esas piezas que uno no se atreve a pedirle al carnicero. Pero incluso estos momentos se podían salvar hablando de una evolución aberrante.

No, el motivo por el que Graham aborrecía ir al zoo era que sabía que le ponía triste. Poco después de su divorcio había discutido sobre los derechos de visita con su amigo Chilton, cuyo matrimonio también se había roto.

—¿Dónde vive tu hija? —preguntó Chilton.

—Bueno, es difícil de explicar. Antes se llamaba Saint Pancras, cuando existían los antiguos municipios, sabes, en la zona de North London...

Chilton no le dejó terminar; no porque se hubiera irritado sino porque ya tenía suficiente información.

—Entonces podrás llevarla al zoo.

—En realidad, para este domingo había pensado llevarla a tomar el té a un café de carretera de la autopista MI. Pensé que sería algo nuevo para ella.

Chilton sonrió como si supiera lo que ocurriría. Cuando, unas semanas después, Ann también dio por hecho que ese domingo iba a llevar a Alice al zoo, Graham no contestó y siguió leyendo. Debía haber caído en ello cuando Chilton lo mencionó. El domingo por la tarde era día de visitas; en los hospitales, en los cementerios, en los asilos y en las casas de los padres separados. No podías llevar al niño al lugar donde vivías pues podía estar contaminado por la presencia de tu amante o de tu segunda mujer; no podías llevártelo lejos por el poco tiempo que tenías; y había que pensar en el té y en los cuartos de baño, las dos obsesiones principales de un niño a esas horas

de la tarde. En North London, el lugar ideal era el zoo: divertido, moralmente recomendable, y lleno de té y cuartos de baño.

Pero Graham no quería ir. Se imaginaba el zoológico un domingo por la tarde: algunos turistas, los guardas de turno y largas filas de padres separados de mediana edad fingiendo estar contentos, innecesaria y desesperadamente agarrados a hijos de diversos tamaños. Alguien que llegara de nuevas pensaría que la humanidad había renunciado al viejo método de reproducción y en su ausencia había perfeccionado la partenogénesis.

De esta forma, Graham decidió huir de la tristeza y nunca llevó a Alice al zoo. Una vez, quizá influida por Barbara, su hija mencionó su existencia, pero Graham echó mano del pretexto moral de que era una perversidad tener a los animales en cautiverio. Se puso a hablar de gallinas que funcionaban a pilas, y aunque sus alusiones podían parecer rebuscadas para un adulto, a Alice le pareció que tenían gran sentido: como la mayoría de los niños ella era idealista y sentimental respecto a la Naturaleza como algo diferente del Hombre. Por una vez, Graham había superado a Barbara con su supuesta postura de principio.

En lugar de eso, llevó a Alice a salones de té, museos y, una vez, sin éxito alguno, a una cafetería de la autopista. Allí fracasó porque ella no disfrutó de la contemplación de la comida democráticamente alineada en el mostrador. El ver los filetes y el pastel de riñones a las cuatro de la tarde anuló toda posibilidad de que Alice apreciara el bollo de la merienda.

Cuando hacía buen tiempo paseaban por los parques y miraban los escaparates de las tiendas cerradas. Cuando llovía, a veces se quedaban hablando en el coche.

—¿Por qué abandonaste a mamá?

Era la primera vez que se lo preguntaba, y no supo qué contestar. En lugar de hacerlo, giró la llave de contacto lo justo para que funcionara el sistema eléctrico y el limpiaparabrisas diera una sola pasada. El cristal se desempañó y vieron a través de él un parque húmedo, donde se jugaba un partido de fútbol.

En pocos segundos la lluvia borró el perfil de los jugadores y los convirtió en manchas de color. De repente, Graham se sintió perdido. ¿Por qué no había guías que dijeran qué había que contestar? ¿Por qué no habría un manual para consumidores de matrimonios deshechos?

—Porque mamá y yo no éramos felices juntos. No nos... llevábamos bien.

—Antes decías que querías a mamá.

—Sí, la quise. Pero creo que se acabó.

—No me dijiste que se había acabado. Seguiste diciendo que querías a mamá hasta que te fuiste.

—Bueno, es que no quería... preocuparte. Tenías exámenes, y cosas. —¿Qué cosas?, ¿el periodo?

—Creía que habías dejado a mamá por... ella. —El «ella» fue neutral, relajado. Graham sabía que su hija conocía el nombre de Ann.

—Sí, así fue.

—O sea que no dejaste a mamá porque no os llevaseis bien. La dejaste por *ella*.
—Esta vez no fue normal ni relajado.

—Sí, no, algo parecido. Mamá y yo dejamos de llevarnos bien mucho tiempo antes de que yo me fuera.

—Karen dice que te fuiste porque sentías que te hacías viejo y quisiste echar a mamá al cubo de la basura y sustituirla por alguien más joven.

—No, no fue así. —¿Quién era Karen?

Hubo un silencio. Tuvo la esperanza de que la conversación hubiera terminado. Jugueteeó un poco con la llave de contacto del coche, pero no llegó a arrancarlo.

—Papá, ¿fue...? —Pudo ver cómo ella fruncía la cara—, ¿Fue un amor romántico?

Lo dijo con precaución, como si fuese la primera vez que pronunciaba esta frase extraña.

No podía decir que no sabía qué significaba eso. No podía decir: Eso no es una pregunta. Sólo había dos posibilidades, y tenía que decidirse rápidamente por una de ellas.

—Sí, creo, se puede decir que lo fue.

Decir eso —sin saber lo que significaba o cómo podía afectar a Ann— le hizo sentirse más triste que si la hubiera llevado al zoo.

Uno, pensó Graham. ¿Por qué existían los celos, no sólo los suyos, sino los de tanta gente? ¿Cómo empezaban? En cierto modo estaban relacionados con el amor, pero no eran cuantificables o comprensibles. ¿Por qué irrumpían llorosamente en su cabeza, como el código de aterrizaje de los aviones: seis segundos y medio, acción, *ahora*? Así sucedía a veces.

¿Y por qué le había tocado a él? ¿Sería alguna reacción química? ¿Era un regalito inscrito en su código genético? Nacías celoso igual que nacías culigordo o corto de vista, como le pasó a Graham. Si era así, quizá cedería con algo de tiempo; quizá en la sesera había una reserva química de celos que se agotaba después de un número determinado de años. Quizá; pero Graham más bien lo dudaba. Había sido culigordo durante años, y no había muestras de que fuera a librarse de eso.

Dos. Suponiendo que los celos tuvieran que existir por algún motivo, ¿por qué habían de actuar retrospectivamente? ¿Por qué era el único sentimiento que parecía funcionar así? Con los otros no ocurría eso. Al mirar las fotos de Ann de niña o jovencita sentía un anhelo natural de haber—estado—allí; y cuando le contaba algún castigo injustamente infligido notaba que en su interior bullía un instinto de protección. Pero eran emociones distantes, sentidas a través de una gasa; surgían fácilmente y se calmaban fácilmente. Se calmaban por el simple transcurso del presente, que no era el pasado. Los celos, sin embargo, venían a ráfagas, repentinamente, en explosiones íntimas que le arrastraban; su origen era trivial, su cura desconocida. ¿Por qué tenía que enloquecerle el pasado?

Sólo sabía de una emoción semejante. Algunos de sus alumnos —no muchos, ni siquiera la mayoría, uno al año, digamos— se indignaban por culpa del pasado. Ese año había un caso, un chico de cabello color jengibre, que se llamaba Mac—Algo (Dios, tardabas un año en aprender los nombres de todos y cuando los sabías no volvías a verles jamás; tampoco le preocupaba mucho), que se enfurecía por el fracaso del bien (como él lo veía) en imponerse al mal a lo largo de la Historia. ¿Por qué no había prevalecido *x*? ¿Por qué *z* venció a *y*? Recordaba la cara confundida y alterada de Mac—Algo mirándole durante las clases, esperando que alguien le dijera que la Historia —o, en alguna medida, los historiadores— se hablan equivocado, que de hecho *x* se había escondido y había vencido a *w* años más tarde, y siempre así. Normalmente, Graham hubiera atribuido esta reacción —¿ante qué?— a la inmadurez; o, más específicamente, a causas locales como la educación religiosa. Ahora no estaba tan seguro. La furia de Mac—Algo contra el pasado entrañaba complejas emociones hacia una serie de personajes y acontecimientos. Quizá padecía de un sentimiento retrospectivo de la injusticia.

Tercero. ¿Por qué aparecían los celos retrospectivos *ahora*, en el último cuarto del siglo *xx*? Por algo Graham era historiador. Todo se extinguía; los enfrentamientos entre naciones y continentes desaparecían; la civilización *estaba* civilizándose: a los ojos de Graham no había duda. Era innegable que gradualmente el mundo iría calmándose hasta convertirse en un gigantesco estado de bienestar, amante de los deportes, la cultura y el intercambio sexual, en el que los equipos de alta fidelidad serían la moneda de curso legal en todo el mundo. Habría terremotos y erupciones volcánicas de vez en cuando, pero incluso las venganzas de la Naturaleza podrían sortearse.

Entonces, ¿por qué subsistían los celos, no deseados, resentidos? ¿Sólo para amargarte la vida? Como el oído medio, que sólo está ahí para hacerte perder el equilibrio; o como el apéndice, que se inflama insolente y hay que extirparlo. ¿Cómo extirpar los celos?

Cuarto. ¿Por qué tenía que ocurrirle a él, justamente a él? Era, lo sabía, una persona muy sensata. Barbara, naturalmente, había intentado convencerle de que era un egomaniaco grotesco, un monstruoso libertino, un ser deforme carente de sentimientos; era comprensible. De hecho, el que lo comprendiera probaba de nuevo lo sensato que era. Siempre le decían que era muy sensato, su madre para consolarle, su primera esposa en tono de burla, sus colegas para aplaudirle y su segunda esposa con aquella mirada suya, cariñosa, irónica y algo recelosa. Era sensato, y le gustaba serlo.

Por otra parte, no es que fuera un amante infatigable. Había tenido a Barbara, luego a Ann, y eso era todo, más o menos. Probablemente lo que sintió por Barbara fue exagerado en la radiante novedad del primer amor; mientras que lo que sentía por Ann, siendo como era completo, había surgido pausadamente. ¿Y entre una y otra? Bueno, entre una y otra trató de espolearse en el intento de sentir algo que se acercase

al amor; pero todo lo que consiguió fue una suerte de sentimentalidad inquieta.

Y como conocía bien estas actitudes suyas, le parecía especialmente injusto tener que soportar el castigo actual. Otros atizaban el fuego, pero era él quien se quemaba. O quizá el problema estaba precisamente ahí. El oso bizco del análisis del matrimonio de Jack había entrado en escena. Quizá la teoría de Jack, correcta en principio, no iba lo suficientemente lejos. ¿Y si no fuera algo que estaba en la naturaleza del matrimonio —en cuyo caso, siendo Jack, podías culpar a la «sociedad» y dedicarte a ser infiel hasta encontrarte mejor—, sino algo que estaba en la naturaleza del amor? Era un pensamiento poco agradable: lo que todos siempre hemos buscado tiene que salir mal automáticamente, inevitablemente, químicamente. A Graham no le gustaba esta idea.

—Podrías tirarte a alguna de tus alumnas.

—No, no podría.

—Por supuesto que sí. Todo el mundo lo hace. *Para* eso están. Sé que no eres una belleza, pero a esa edad no les importa. Quizá ligués más si no eres guapo; si hueles un poco mal, o si estás jodido y deprimido. Yo lo llamo sexo del Tercer Mundo. Sucede con frecuencia, especialmente a tu edad.

Jack sólo trataba de ayudarle; Graham estaba seguro.

—Bueno, no me parece que esté bien, ya sabes. Se supone que estamos *in loco parentis*, sería una especie de incesto.

—La familia que se divierte unida permanece unida.

En realidad, Jack ya no trataba exactamente de ayudarle. Estaba un poco harto de las constantes visitas de Graham. Le había dado un montón de consejos razonables —que Graham mintiera, que se la meneara, que se tomara unas vacaciones en el extranjero— y el maletín de recomendaciones terapéuticas se le había quedado vacío. En cualquier caso, Graham le dio un poco de pena al principio. Ahora se sentía más inclinado a reírse de su amigo que a compadecerle.

—... de cualquier forma —continuaba Graham—, no quiero.

—El apetito aparece cuando se empieza a comer —dijo Jack levantando una ceja, pero Graham permaneció estólido, el comentario le pareció una necesidad.

—Lo gracioso, lo que más me sorprende de todo es que sea tan visual.

—¿...?

—Bueno, yo siempre he sido un hombre de letras, ¿no? Siempre han sido las palabras lo que más me ha afectado. No me gustan demasiado las fotografías; no me interesan los colores ni la ropa; ni siquiera me gustan las ilustraciones de los libros; y odio el cine. Bueno, todavía lo odio, pero de otra manera, claro.

—Sí. —Jack esperaba que Graham se explicara de una vez. Se dio cuenta de que eso era lo que le hacía preferir la gente cuerda a los locos: los locos tardaban demasiado en explicarse; creían que querías dar un paseo panorámico por el Támesis de su psique antes de llevarte a ver el Palacio de Buckingham. Creían que todo tenía interés, que todo era relevante. Jack buscaba un juego de palabras. ¿Podía inventar

algo con «ventolera»? ¿Y qué tal algo sobre un quinteto de viento? No, esto sería demasiado esfuerzo para aquel viejo esfínter. Y no sabía de ningún dúo para viento.

—Pero fue una auténtica sorpresa que todo estallara por el tema visual.

¿No le saldría algo con «ir a tomar viento»? Mmmm, había que planearlo un poco.

—... quiero decir, cuando me casé con Ann sabía que obviamente era diferente a cuando me casé con Barbara. Y, por supuesto, Ann fue absolutamente sincera conmigo sobre sus amigos..., sobre su vida... antes de conocernos...

Si tenía paciencia podría componer algo con «aventarse». En un ambiente marino hubiera usado «viento de cola».

—... sabía algunos de sus nombres, incluso vi una o dos fotos, aunque, por supuesto, no las miré con detalle; y sabía sus profesiones, y que algunos eran más jóvenes que yo y otros más guapos, y algunos más ricos y otros mejores en la cama, pero no me importaba. No importaba...

Ventolera. Ventilado. Reviento. Jack contuvo la risa educadamente y carraspeó.

—... de verdad que no importaba. Hasta que fui a ver *Over the Moon* y todo cambió. Si nunca me ha afectado lo visual, ¿por qué ha tenido que ocurrirme esto? ¿No has pensado en ello?; tiene que afectarte profesionalmente, quiero decir, el cine puede afectar más que los libros.

—Siempre he dicho que un libro te lo puedes llevar a cualquier parte. Una película no.

—Eso es verdad. Pero ver a mi mujer allí, en la pantalla, cambió totalmente las cosas. Me refiero al aspecto visual..., lo que entra por la vista tiene mucho más poder que las palabras, ¿verdad?

—Creo que tu caso es un poco especial.

—Quizá sea por la cosa pública..., pensar que otra gente la estaba viendo, ser una especie de cornudo público.

—Sus películas no eran de *é*sas, ¿no? Sinceramente, no creo que mucha gente del público cuchicheara cosas como: Eh, ¿no es ésa la chica de Graham? Además, en aquel momento no lo era.

—Cierto. Quizá la cuestión del público no era crucial. Pero el aspecto visual sí lo era.

Hizo una pausa. Jack continuaba buscando pacientemente en su diccionario interior. Después de un rato Graham dijo:

—¿En qué piensas?

Ah, mierda, ahora estaba trabajando con «adviento». Tendría que improvisar.

—Nada importante, en realidad. Nada que pudiera ayudarte. Me preguntaba el significado de la palabra «feminianas».

—¿...?

—Me pregunto si es de verdad un término geológico o si Kipling se lo inventó. Es tan parecido a «femenino» que lo supongo auténtico, pero no aparece en ningún

diccionario. O quizá sea invención suya, pero no cayó en la cuenta.

—¿...?

—*En las primeras arenas feminianas se nos prometió una Vida Mejor (Que comenzaba por amar a tu vecino y terminaba al hacer con su mujer el amor).*

Si esto no basta para echarle, pensó Jack, nada servirá.

Sin embargo, Graham replicó:

—¿Sabes lo que dicen los franceses?

—¿Has visto alguna vez las pelotas de un toro?

—Mmmm. —Que no significaba ni Sí ni No, sino Continúa de Una Vez.

—Enormes, ¿no? Se podría jugar al rugby con ellas, ¿verdad?

—¿...?

—Pasamos delante de una carnicería en Francia (en Castres) y vimos unas en el escaparate. Pienso que serían las de un toro, no se me ocurre otro animal que pueda tenerlas de ese tamaño, a no ser que fueran de caballo, pero allí no vendían carne de caballo, así que supongo que estaba claro...

—¿...?

—Y le dije a Ann: Entremos a preguntar qué es eso, ella se rió y dijo: Bueno, no cabe duda de qué se trata, ¿no?, y yo dije: Sí, sabemos lo que *son* pero no sabemos cómo lo *llaman*, y entramos y nos encontramos con el típico carnicero francés, tan distinguido, parecía capaz de cortar la carne sin hacerla sangrar, y Ann dijo: «¿Puede decirnos qué es eso?» señalando la bandeja donde estaban, y ¿sabes lo que dijo?

—¿...?

—Dijo: *Ce sont des frivolités, Madame.* ¿No es bueno?

—No está mal.

—Le dimos las gracias y nos fuimos.

—¿...? —(No pensé que las habíais comprado para hacer sandwiches. ¡Por Dios!)

—*Frivolités.* —Graham murmuró la palabra de nuevo y cabeceó un poco, como un hombre mayor repentinamente encendido por el recuerdo de una buena tarde cuarenta años antes. Jack se animó a hacer un último comentario.

—De hecho, en América hay un individuo que no tiene pasado, ¿sabes?

—¿Mmmm?

—De verdad, lo he leído. Parece ser que hacía esgrima, y el florete de su contrario le entró por la nariz llegando al cerebro. Le destruyó la memoria. Y sigue así desde hace veinte años.

—Amnesia —dijo Graham, ofendido por la irrelevancia del tema.

—No, no es eso. Es mejor que eso. O peor, no sé..., el artículo no decía si ahora el tipo era feliz. La cuestión es que ya no puede acumular nuevos recuerdos en la memoria. Olvida todo en seguida. Piensa en ello; vivir sin archivos. ¿Te gustaría?

—¿...?

—¿No te gustaría vivir así, sólo en el presente? Asomado para siempre a la

ventana del tren. Campos de trigo, postes de telégrafos, tendederos con ropa colgada, túneles: sin conexiones, sin causa visible, sin sentido de repetición.

—¿...?

—Quizá puedas conseguir que te lo hagan. Un pinchazo en las nupias y a olvidarse de la familia. Tal vez ya esté incluido en la Seguridad Social.

A veces Graham se preguntaba si Jack le tomaba en serio.

Las semanas siguientes al viaje a Francia fueron bastante tranquilas. Ann miraba a Graham de una forma que le resultaba familiar, aunque nunca había mirado así a nadie. Le observaba como se observa a un alcohólico o a un suicida potencial, apoyándole tácitamente por hacer las cosas más corrientes, como comer los cereales del desayuno, cambiarse de ropa o no atravesar la pantalla del televisor. Pero Ann sabía más que él. Para empezar, conocía mejor a su marido, y también conocía bien a Jack. Prefería que la vida fuera horripilante y que la gente estuviera chiflada, eso les hacía más interesantes. De alguna manera, eso justificaba su vocación.

Cuando pasó la maldición, Ann esperaba que Graham deseara hacerle el amor; pero no parecía tener muchas ganas. Generalmente ella se iba antes a la cama; él ponía alguna excusa y se quedaba abajo. Cuando llegaba a la cama la besaba en la frente e inmediatamente se recogía para dormir. A Ann le preocupaba; pero tampoco le preocupaba: mejor que no lo hiciera si no tenía ganas; el hecho de que no intentara fingir, suponía, era la prueba de que todavía existía algo honesto entre ellos.

Él solía dormir mal, soñando que daba torpes patadas a enemigos imaginarios, murmurando y haciendo chirriar sus dientes como un roedor asustado. Peleaba con la ropa de cama, y cuando ella se despertaba, solía encontrar su lado de la cama completamente deshecho.

Una de esas mañanas le estuvo observando mientras dormía boca arriba, a medio cubrir. Tenía la cara tranquila, pero se había puesto manos arriba, con sus palmas al descubierto. Su mirada fue descendiendo hacia el pecho del profesor, con el vello musgoso y errático, y siguió por la incipiente cintura hasta los genitales. El miembro, más pequeño y rosado de lo habitual, caía en ángulo recto sobre su muslo izquierdo; uno de los testículos estaba tapado; el otro, cubierto por tirante piel de gallina, quedaba debajo del pene. Ann contempló el paisaje lunar de este testículo, y la piel agrietada y tortuosa, sorprendentemente falta de vello. Qué extraño que un órgano tan insignificante pudiera causar tantos problemas. Quizá uno debiera ignorarlo; quizá no tenía tanta importancia. Observado a la luz de la mañana, mientras su propietario dormía, el paquete marrónáceo era para Ann extrañamente irrelevante. Después de un rato, ni siquiera tenía nada que ver con el sexo. Sí, exacto: lo que se cobijaba entre los muslos de Graham no tenía nada que ver con el sexo en absoluto, era sólo una gamba pelada y una nuez.

El carnicero llevaba un mandil de rayas azules y un sombrero de paja de cinta azul. Por primera vez en muchos años, esperando en la cola, Ann pensó en el extraño contraste entre el mandil y el sombrero. El sombrero de paja remitía al chapoteo

ocioso de un remo en un plácido riachuelo atascado de hiedra; el mandil manchado de sangre anunciaba una vida de crímenes y asesinatos en serie. ¿Por qué nunca antes se había fijado en eso? Mirar a aquel hombre era como mirar a un esquizofrénico: cinismo y brutalidad mezclándose y fingiendo normalidad. Y la gente lo encontraba normal; no les asustaba que aquel hombre, sólo por estar allí, anunciaba dos cosas incompatibles entre sí.

—Sí, querida.

Casi había olvidado para qué había ido allí.

—Dos filetes de cerdo, por favor, señor Walker.

El carnicero los sacudió como si fueran filetes de pescado.

—Media docena de huevos. De los marrones grandes. No, mejor una docena.

Walker, de espaldas a Ann, levantó una ceja.

—¿Podría encargarle un Chateaubriand para el sábado?

El carnicero se dio la vuelta y le sonrió.

—Sabía que no tardaría en cansarse de la tripa con cebolla.

Ann rió; cuando salió de la tienda pensó: Qué cosas tan raras dicen los tenderos; supongo que hablaba por hablar; pasado algún tiempo todos los clientes deben parecer iguales; y tengo el pelo sucio. Mientras, el carnicero pensaba. Bueno, me alegro de que él haya recuperado el empleo, o de que tenga uno nuevo, o lo que sea.

Ann dijo a Graham que el carnicero le había confundido con alguien; él respondió con un leve gruñido. De acuerdo, pensó ella, no es tan interesante, era por hablar de algo. Graham se estaba volviendo cada vez más callado y huidizo. Sólo ella hablaba en esa época, por eso se había encontrado diciendo lo del carnicero. Y cuando lo hacía, él gruñía, como explicándole: no hablo tanto como esperas de mí porque sólo sacas temas terriblemente aburridos.

Una vez estaba en plena descripción de un tejido que había visto en el trabajo cuando de repente él levantó la cabeza y dijo:

—No te preocupes.

—No Te Preocupes es para preocuparse —replicó instintivamente. Era lo que siempre le contestaba su abuela de niña, cuando Ann mostraba una indiferencia impertinente. Si su «no te preocupes» había sido verdaderamente recalcitrante, su abuela le daba la contestación completa:

No Te Preocupes es para preocuparse,

han colgado a No Te Preocupes;

No Te Preocupes acabó en la cazuela,

hirviéndose hasta cocinarse bien.

A Graham todavía le quedaban tres semanas de sus vacaciones de verano (Ann no se acostumbraba a llamarlas «vacaciones»). Antes era uno de los mejores momentos del año, cuando Graham estaba más servicial y más contento. Ella se iba feliz al trabajo pensando que estaría perdiendo el tiempo en casa, leyendo un poco o preparando la cena. Alguna vez, los últimos dos años, se había escapado del trabajo a

media tarde para llegar a casa sudorosa y sexy por el calor y por la ropa de verano, por el traqueteo y los empujones del metro; sin decir nada ambos sabían para qué había vuelto tan pronto, y cuando se iban a la cama ella sudaba aún por todas las bisagras de su cuerpo.

El mejor momento para el sexo eran las primeras horas de la tarde, pensaba Ann. El sexo matinal no le gustaba: normalmente significaba: «Siento lo de anoche, más vale tarde que nunca»; y otras veces significaba: «Con *esto* seguro que hoy no te olvidarás de mí», pero ninguna de las dos actitudes la entusiasmaba. El sexo nocturno era, bueno, era el sexo básico, ¿no? El que podía variar de una envolvente alegría consentida entre sueños al cortante «Mira, para eso nos hemos metido pronto en la cama, así que vayamos a ello». El sexo nocturno era tan bueno, tan diferente, y ciertamente tan impredecible como el sexo mismo. Pero el sexo de tarde no era nunca un modo cortés de redondear las cosas, era un sexo con ilusión y con ganas. Y a veces te susurraba, curiosamente (y aunque estuvieras casada): «Ahora lo estamos haciendo, pero también estaré contigo esta noche». El sexo de tarde daba deliciosas sorpresas como ésta.

Un día Ann lo intentó, por primera vez desde que regresaron de Francia. Pero regresó a casa y Graham no estaba, aunque había dicho que no saldría en todo el día. Se sintió frustrada y decepcionada, y le buscó malhumorada por todas las habitaciones. Se preparó una taza de café. Mientras bebía derivó hacia la decepción y aún más allá. No podían hacer el amor, se había largado; si hubiera tenido cierto instinto, cierto olfato... Se quejaba por la incapacidad estructural de los hombres para captar estados de ánimo, para saber qué día tocaba. Después se detuvo a pensar que quizá había salido con la idea de volver a casa a tiempo. ¿Y si había ocurrido algo? ¿Cuánto tiempo tardaría en saberlo? ¿Quién llamaría para dar la noticia? En quince segundos había avistado el placer de la viudedad. Vamos, muérete, no vuelvas, veremos si me importa. En rápida sucesión vio un autobús parado en medio de la calle, un par de gafas aplastadas y una ambulancia con una mortaja.

Entonces recordó a Margie, una amiga del colegio, que hacia los veinticinco años se enamoró de un hombre casado. Él dejó a su familia, se fue a vivir con ella llevándose todas sus cosas y se divorció. Hablaron de tener hijos. Dos meses más tarde él había muerto de una enfermedad sanguínea extremadamente rara. Años más tarde Margie confesó a Ann sus sentimientos:

—Le quería mucho. Tenía planeado pasar el resto de mi vida con él. Arruiné a su familia, de manera que hubiera tenido que hacerlo aunque no quisiera. Entonces se puso delgado y pálido, se lo llevaron de mi lado, y le vi morir. Al día siguiente de su muerte sentí algo dentro de mí que me decía: «Eres libre». Una y otra vez: «Eres libre». Y eso que yo no quería serlo.

Ann no lo comprendió hasta este momento. Quería que Graham regresase a casa a salvo, *ahora*; también quería verle bajo un autobús, aplastado y quemado en la vía del metro, hundido en el volante del coche. Ambos deseos coexistían; ni siquiera

luchaban entre ellos.

Para cuando Graham llegó a casa, hacia las siete, sus ansiedades se habían calmado. Él se excusó diciendo que de repente había recordado algo que quería ver en una librería. Ella no se paró a pensar si le creía o no, ya nunca le preguntaba si había visto alguna buena película últimamente. No parecía que él pensara que tenía que disculparse por algo. Estaba algo apocado y fue a darse un baño.

Graham había dicho más o menos la verdad. Por la mañana, después de que se fuera Ann, terminó de leer el periódico y fregó los platos. Después estuvo dando vueltas por la casa como un mendigo, encontrando una sorpresa en cada habitación. Terminó, como siempre, en su estudio. *Podía* empezar la nueva biografía de Balfour, que sólo había llegado a comprar. Tenía ganas de leerla, porque ahora las biografías, o eso le parecía a él, cada vez hablaban más sobre sexo. Los historiadores, insectos aletargados en el mejor de los casos, al fin se habían enterado de la existencia de Freud. De repente todo se explicaba en el sexo. ¿Balfour era impotente? ¿Hitler tenía un solo testículo? ¿Era Stalin el Gran Terror en la cama? Como método de investigación, pensaba Graham, tenía las mismas posibilidades de llegar a la verdad que vagar entre cajas de documentos oficiales.

Quería saber más sobre la frigidez de Balfour, y en cierto modo lo necesitaba, ya que algunos de sus alumnos más asiduos estaban leyendo el libro por el método de lectura rápida en ese preciso momento. Pero en un sentido más amplio no tenía tal urgencia. Después de todo, tampoco iba a cambiar su método intuitivo—pragmático para estudiar la historia (así lo veía en ese momento) por un método psicosexual; supondría un cambio demasiado brusco en su cátedra. Y además, incluso aunque todos los alumnos del curso siguiente hubieran leído dicha biografía (no haberlo hecho era para él cada vez más embarazoso), él, Graham, seguiría sabiendo mucho más del tema que todos ellos juntos. La mayoría de ellos no sabían mucho al empezar, en seguida les aburriría, leían lo justo para salir del paso, se prestaban apuntes para prepararse el examen, y se contentaban con aprobar. Sólo con nombrarles un personaje importante ponían cara de susto. ¿Es muy largo?, parecían preguntar, y también: ¿Aprobaré sin saber eso? Graham tendía a soltar muchos nombres desalentadores durante las primeras semanas; pero confiaba sobre todo en el método de aburrirles. *Pas trop d'enthousiasme*. No les sobreexcites, se decía a sí mismo durante su primer año de clases; nunca sabes a qué te arriesgas.

Así que en lugar de Balfour, tomó de su archivo la carpeta dedicada a 1915-19. En la revista nueva había una chica con quien estaba deseando meneársela. La mayoría de las chicas de la mayoría de las revistas, por supuesto, estaban bien para un *flirt* a fondo e incluso, si tus dedos te llevaban a una coyuntura vital, para la consumación. Pero, de alguna forma, en cada revista destacaba siempre una preferida, alguna a la que volver, alguien en quien pensar con ilusión, a quien buscar en la calle.

Brandy era su favorita en ese momento, tenía una cara de facciones suaves e incluso cierto aire libresco. De hecho, en una de las fotos salía leyendo un volumen

de tapas duras, probablemente de un club de lectores, pensó algo decepcionado, pero era mejor que nada. A Graham le chocaba mucho el contraste entre su dulce rostro y la forma desenfadada y casi agresiva en que se sacaba el bolsillo del pantalón, y esta imagen volvía a él una y otra vez. «Brandy te la pone grandy», decía el ordinario titular; pero era cierto.

En el cuarto de baño releyó toda la revista excepto las páginas dedicadas a Brandy (se preguntó enfadado por qué no aparecería en la página doble: hubiera estado mucho mejor que esa desconocida que aparecía en una secuencia de *Tom Jones* con bragas de encaje y mucho *flou*, ¡por Dios!). Brandy, en cambio, descubría tímidamente su intimidad hacia el final de la revista... Un par de páginas más para cartas a los lectores y anuncios de salas de masaje, y en la siguiente estaría ella, se prometía a sí mismo. De acuerdo, ahora, vamos. Su mano izquierda descubrió a Brandy mientras la derecha empezaba a comportarse seriamente. Comprobó otra vez en cuántas páginas salía, sí, eran ocho, tres dobles páginas, una portadilla y otra al final, la mejor doble página era en la seis y la siete, bien, empieza, Dios, sí, es ella, sí es ella, vuelta a empezar desde el principio, una página, sí, después otra y mmmm, después sí, esa otra foto, y ahora, otra más, y un rato para detenerse en cada una de las otras tres fotos, qué delicia antes de *ésta*, *ésta es*. Perfecto.

Después de comer se sentó frente al televisor y puso la TV; conectó el vídeo, apretó el botón de grabar y después el de pausa. Así no perdería dos o tres segundos vitales. Se quedó sentado durante una hora viendo seriales antes de ver lo que quería y empezar a grabar. Quince segundos después apretó el botón de *stop*. Después puso de nuevo toda la cinta. Al principio no le importó, pero después empezó a encontrarse triste. Quizá le convenía conducir hasta Colindale y dejar la tristeza en la bahía. Qué extraño, qué violenta podía ser la tristeza. También era raro poder estar totalmente feliz y totalmente triste al tiempo. Quizá tenías que estar así de triste si antes habías sido igualmente feliz. Tal vez ambos sentimientos estaban tan relacionados entre sí como el hombre del tiempo y un reloj de cuco. Cu-cu, se quedó pensando, cu-cu. ¿Qué toca ahora?

Jack tenía una forma falsa de reír, y también una sincera. Sue tardó años en descubrirlo, pero cuando supo distinguirlos le sirvió de infalible indicador de conducta. La risa falsa mostraba mejor los dientes de arriba, y se mantenía durante más tiempo del necesario; había sin duda otros tipos de sutilezas, pero éstas se perdían detrás de la barba.

Durante los fines de semana Jack hablaba mucho de los Hendrick y tendía a especular sobre si habría ocurrido algo nuevo. Sue esperaba con curiosidad el último episodio del pésimo serial radiofónico de sus amigos. No les quería tanto como para preocuparse. Pero ese viernes, su curiosidad recibió una réplica irritada.

—Esta semana no ha habido consulta.

—¿No sabes cómo les va?

—Ni idea.

—Venga, adivina. —Obviamente, necesitaba hacerse de rogar; quizá insistiera al día siguiente. Pero ella se dio cuenta de que no lo haría cuando le miró, enseñando los dientes de arriba más de lo normal y contestó:

—Creo que la cosa está en las últimas, paloma mía.

Cada vez que le veía sonreír así Sue creía saber qué sentiría si odiara a Jack. No es que lo hiciera —además, Jack siempre se las arreglaba para ser querido—, pero cada vez que sonreía así pensaba: «Sí, por supuesto; y qué más, lo que tú quieras». Porque la primera de esas sonrisas acompañó a la primera revelación de que le había sido infiel. Marcó el final de lo que ella denominó la fase de los negros de Tully River.

Por aquel tiempo, Sue acababa de leer un artículo sobre los negros de Tully River, una pequeña tribu de aborígenes australianos, conocida por ser el único pueblo en el mundo que todavía no conoce la relación entre el sexo y la concepción: creen que el sexo es algo que se hace por diversión, como embadurnarse de barro o lo que fuere, y que la concepción es un regalo misteriosamente llegado del cielo, aunque en ello pudiera influir la forma de destripar o deshuesar los canguros. Es realmente sorprendente que no haya más tribus como ésta.

Había otra teoría sobre los negros de Tully River, por supuesto. Según ella, sabían muy bien qué causa tenía qué efecto, y querían saber por cuánto tiempo podían embaucar a los grupos de antropólogos subvencionados que tanto se divertían con su extraña fábula. Sólo la habían inventado porque estaban hartos de que les preguntaran por el Gran Cazador del Cielo; y en cualquier caso, como la mayoría de la gente, preferían hablar de joder que de Dios. Pero su mentira tuvo un efecto maravilloso, e hizo que la tribu siempre estuviera bien surtida de chocolate y transistores.

Se adivinaba cuál de las dos interpretaciones prefería Jack; los hombres son más cínicos que las mujeres. Las mujeres creen hasta que existe la evidencia absoluta de que no deben hacerlo. Sólo en eso había consistido la fase de los negros de Tully River. Había terminado diez meses después de que se casaran, aunque para su historial era más que suficiente. Durante cinco semanas fueron cosas como la Camisa Perdida, el Repentino Interés En Comprar Pasta De Dientes, el Tren De Manchester Anulado A Última Hora y El Divertido Forcejeo para que no viera las cartas de las fans de Jack. Pero ninguna significó nada hasta que Jack mostró los dientes de arriba y sostuvo la sonrisa durante un segundo más de lo necesario; después de aquello todas las piezas encajaron bruscamente y comprendió que se había estado tirando a otra mujer. Su único consuelo, leve y distante, era que los negros de Tully River, si eran tan ingenuos, se habrían sentido mucho peor que ella cuando los antropólogos al final decidieron revelarles La Conexión.

Pronto aprendió a ahorrarse la falsa sonrisa. Nunca preguntaba. Era menos doloroso, y te olvidabas hasta la próxima vez. Por eso no insistió tras el último comentario disuasivo de Jack sobre los Hendrick; habría preguntado, por ejemplo, si había usado el diván con objetivos terapéuticos más prácticos.

La respuesta hubiera sido No, aunque las circunstancias probablemente no la hubieran consolado. Esa semana Jack le había tirado los tejos a Ann. Al fin y al cabo, ella cada vez se abría más a él, a veces con cualquier pretexto. Sabía que su relación estaba oficialmente hecha trizas. Pero como, pese a ello, ella seguía viniendo a verle, y eso con Graham meneándosela como una rueda de algodón... No era culpa suya, pensó; era sólo la naturaleza de la bestia. Si no soy infiel, decía, no sería fiel a mí mismo.

Así que lo intentó: a veces es la mínima cortesía que se puede tener, ¿no? Y Ann era una vieja amiga: ella no lo interpretaría mal. Es más: tampoco es que hubiera espantado a los caballos. Sólo la abrazó cuando se iba. La besó más detenidamente de lo que se espera de un simple amigo, la alejó de la puerta principal y la llevó con gentileza hasta donde comenzaban las escaleras. Y lo curioso es que ella le permitió hacerlo. Anduvo unos diez metros abrazada por él hasta que se soltó y salió hacia la puerta, en un agitado silencio. No gritó pidiendo ayuda, ni le pegó, ni siquiera parecía sorprendida. De forma que, realmente, pensó mirando a Sue con una sonrisa victoriosa, se había portado como un marido perfectamente fiel. ¿Qué motivos tenía nadie para quejarse?

Las fotos que Graham hizo durante las vacaciones no salieron, lo que sólo le sorprendió en parte. Al rebobinar el carrete notó que la manivela le transmitía alguna turbulencia en el interior de la cámara; pero como la manivela giraba decidió confiarse al destino. Sólo se pudieron revelar las ocho primeras fotos —Ann sentada ante una granja con una cabra atada a la pierna; otras de la granja encajada en un recodo de las murallas de Carcasonne— y no había más.

A pesar de la insistencia de Ann en que todas eran divertidas y algunas incluso buenas, Graham soltó un gruñido y las tiró. También tiró los negativos. Más tarde lamentó haberlo hecho. Le resultaba sorprendentemente difícil recordar las vacaciones; aunque sólo habían pasado cinco semanas recordaba que había sido feliz, pero sin la corroboración visual de dónde había sido feliz, la evocación de esta emoción parecía carecer de valor. Una imagen borrosa o doble le hubiera bastado.

¿Por qué tenía que pasar aquello, encima de las películas de Ann y de sus revistas? Dentro de su cerebro se habían encendido puntos que regían su sensibilidad visual. Pero ¿cómo podía ocurrir esto después de cuarenta años de ser un hombre de letras? Obviamente, en un momento dado, la sesera empieza a desgastarse, se pierden algunas células, los músculos —si es que los hay ahí dentro— se cansan y dejan de funcionar debidamente. Podía preguntárselo a su amigo Bailey, el gerontólogo. Pero, a los cuarenta, ¿qué podía originar ese cambio de percepción? Cuando lo haces, piensas en tu cerebro como algo que utilizas, un lugar donde introduces información para obtener respuestas. Ahora, de repente, te sientes como si estuviera utilizándote: ahí instalado, cuando creías que todo iba deliciosamente bien. ¿Y si tu cerebro se había convertido en tu enemigo?

9. A VECES UN PURO

Fue Ann quien sugirió que dieran una fiesta. Por una razón: ello podía hacer que el lugar dejara de parecer una comisaría de policía; y por otro lado, aunque por poco tiempo, rompería la rutina deprimente de sus tardes. Por entonces, después de una cena de quejas evitadas y abundante bebida, Graham se retiraba a su estudio; Ann se sentaba a leer o a ver la televisión, pero sobre todo a esperar a que Graham bajara. Era como si se sentara en una silla de plástico, frente a un pupitre metálico, en una atmósfera de ceniceros llenos, esperando a que los dos cruzaran la puerta: el tipo amable que sólo quería ayudar y el anárquicamente bruto que podía dejarte helada dándote sólo una palmadita en la espalda.

Después de cerca de una hora, Graham bajaba e iba a la cocina. Ella oía resonar el hielo al caer en un vaso; a veces en dos vasos. Si eran dos vasos, su estado de ánimo era más benigno, más benignamente deprimido, claro está. Le pasaba la copa y murmuraba:

Entre el estudio y la cama la bebida es cosa sana.

Después se sentaba junto a ella y o bien veían un pésimo programa de televisión, o bien él mascullaba lo mucho que la quería, o las dos cosas.

Odiaba que le dijeran que la querían de aquella manera, parecía algo más por lo que sentirse culpable.

Sin embargo, con mayor frecuencia, era el otro el que bajaba: el que sólo traía un vaso en la mano. Sabía con precisión cuál había sido tu crimen y no esperaba a oír tu versión, sino que continuaba leyendo los cargos como si ya fuera el veredicto. Y cuando Graham se portaba así —aproximadamente dos de cada tres noches— la acusaba vehementemente, repitiendo listas de nombres y contando sus horribles sueños: sueños de adulterio, mutilación y venganza. A veces ella misma dudaba si los había soñado o no, si no eran puras invenciones para aterrarla.

Y siempre, incluso en las noches más brutales, él reventaba: después de una hora o una hora y media, cuando ella se había servido una copa para poder soportarlo, cuando él se había servido muchas más, cuando ya había preguntado por todas las relaciones imaginables, se callaba de repente y empezaba a llorar. Dejaba caer la cabeza hacia adelante y las lágrimas que invadían sus ojos le empapaban las gafas, luego empezaban a correr a ambos lados de la nariz y por las mejillas. Lloraba en cuatro direcciones, en lugar de las dos normales, de forma que daba el doble de pena. Después, Graham le decía que su incomprensible ira no era contra ella sino contra sí mismo; que no tenía nada que reprocharle y que la quería.

Ann sabía que decía la verdad, y también sabía que nunca le abandonaría. Dejándole no arreglaba nada. Además, los dos estaban convencidos de que no había perdido la cordura. Ann casi ignoró la sugerencia de Jack en el sentido de que debía

marcharse. Pensó que para hacerlo había que ser más arrogante o más insegura. Había que ser menos normal, menos inglesa. Era uno de esos hipos por los que pasan todos los matrimonios. Un hipo —más bien una tos ferina—, pero Graham y Ann creían que al final todo pasaría. No obstante, era un proceso solitario; últimamente parecía que incluso a Jack le costaba ceder su tiempo, especialmente desde que ella se volvía al pie de la escalera.

Así, casi todas las noches, Ann se sentaba a aguantar las explosiones de Graham, y al final le agarraba la cabeza y le secaba las lágrimas con un pañuelo. Entonces le llevaba a la cama y se acostaban agotados por la tristeza. Boca arriba, uno junto a otro, como las figuras de un sepulcro.

Ann eligió los invitados con cierto cuidado. Nada de antiguos novios suyos, naturalmente. Jack tendría que ir, pero no importaba, la historia se repetía. Nadie que conociera su pasado; y nadie, decidió, que quisiera ligar con ella después de un par de copas. Empezaba a parecer una comida a base de soja.

—¿Por qué diremos que la damos? —se preguntaba Graham durante la comida.

—No tenemos que decir nada, ¿no?

—Puede que nos pregunten. Las fiestas son siempre *por* algo, ¿no es cierto?

—¿No hay gente que da fiestas sólo por darlas?

—¿No podemos hacerlo mejor?

—Bueno, puede ser nuestro aniversario de boda, o algo.

Después de comer, cuando se puso a ordenar la casa, lo que significaba, advirtió, vaciarla de las referencias más íntimas a las personas que vivían en ella, convirtiéndola en un lugar lo más público posible, Ann se encontró tratando de ponderar para qué lo hacía. Quizá, concluyó, era una forma de anunciar a los amigos que no pasaba nada malo. El hecho de que, en primer lugar, ninguno de sus amigos aparte de Jack supiera o sospechara que algo marchaba mal no importaba demasiado.

La primera persona a la que Ann abrió la puerta era Jack.

—Enséñame el gatito. Oops. Ya voló, ¿no?

—Vienes demasiado pronto, Jack. Graham ni siquiera está preparado.

—Mierda, qué idiota soy. Me compré este reloj digital, ¿ves? No entiendo el sistema de las veinticuatro horas. Yo sólo usaba diez. Al principio hacía esperar a la gente durante dos horas. Ahora intento compensar, y me adelanto dos horas. —Jack puso un gesto que decía esto—suena—poco—convinciente: su expresión y su voz parecían nerviosos—. De hecho, pensé que al llegar todo estaría en marcha. De todas formas, ¿qué celebramos?

—Oh, es nuestro aniversario de boda.

—¡Cojonudo!

—Sí.

—Mmmm, pero no es hoy, ¿o sí?

—¿...?

—Quiero decir, yo estuve allí.

—Por Dios, Jack; la primera persona a la que intento..., perdona, querido.

—Seguimos reescribiendo la historia ¿no?

—Bueno...

—No te preocupes, no diré nada. ¿Dónde están los canapés?

—¿No te relajas nunca, Jack?

—Siempre estoy tratando de relajar. La cuestión es a quién relajar.

—Quizá esta noche debieras contenerte.

—Ah, lo he pillado. Pero que parezca natural, ¿no?

—Podías empezar por abrir una botella de vino.

—Roger, wilco, sí. —Por una vez, Jack parecía intranquilo. Normalmente se podía confiar en su comportamiento espontáneo. Su punto de ebullición podía fluctuar, pero siempre era el mismo tipo seguro de sí. Por ese motivo era tan útil para la vida social. Relajaba a la gente porque sabía que no tenían que hablar de sí mismos, a no ser que de verdad quisieran hacerlo.

Jack abría las botellas de vino de forma combativa y viril. No utilizaba sacacorchos de inyección de aire; los llamaba bombas de bicicleta para tías. Tampoco usaba esos abridores de madera que se ajustaban al cuello de la botella y tienen varias ruedas que giran. Ni siquiera podía usar los sacacorchos de camareros; la técnica de girar dos manivelas al tiempo se le hacía muy complicada. Sólo estaba dispuesto a manejar el viejo y sencillo sacacorchos con mango de madera.

Su uso comprendía un ritual de tres partes: Uno: se introduce el sacacorchos a la altura de la cintura, sobre una mesa o apoyándose en alguna superficie horizontal. Dos: se sujeta la botella por el sacacorchos y se baja suavemente hasta el suelo dejándola entre los pies. Tres: los pies abrazan firmemente la botella, la mano izquierda sujeta el cuello, y entonces se tira del corcho hacia fuera, de una sola vez, como al arrancar un motor; cuando el brazo derecho asciende con su premio, en movimiento paralelo y acompasado, el brazo izquierdo levanta la botella y la devuelve dulcemente a la superficie original. Esta operación, según Jack, convertía la fuerza bruta en un acto de elegancia.

Abrió él solo las primeras seis botellas, en la cocina. Graham entró cuando estaba quitando el estaño de la séptima. Su técnica consistía en pelarlo en una tira larga, como si fuera una manzana.

—Llegas justo a tiempo —dijo en voz alta, e inició su ritual de tres partes. Cuando tiró del corcho, tras el ¡pop! propio de estos casos se oyó otro que Graham atribuyó al eco. Pero Jack, sonriendo y mirando el vino, murmuró:

—Es un viento gástrico...

Graham se preguntó si se tiraría pedos delante de las mujeres. No era algo que se pudiera preguntar. No se podía preguntar a las mujeres, porque no se podía; y no se le podía preguntar a Jack porque era demasiado tarde, porque para él el chiste, y para los demás si es que lo tomaban como tal, dependía de su naturaleza interior, de que no se oyera y al mismo tiempo se oyera demasiado. Lo más que se podía decir para

darse por enterado era algo como lo que musitó Graham:

—Bendito seas.

Jack sonrió de nuevo; empezaba a sentirse más tranquilo.

Durante veinte minutos no llegó nadie más, y se sentaron los tres en el salón, que ahora tenía el tamaño de un hangar; de repente, llegaron la mitad de los invitados de una vez, como si salieran de un embotellamiento. Había que dejar cuidadosamente los abrigos sobre la cama, servir bebidas y presentar a la gente, mientras todos buscaban desesperadamente un cenicero o algo que lo pareciera. Después de media hora la fiesta iba sobre ruedas; la gente empezó a tratar a los anfitriones como si fueran invitados, llenándoles los vasos y ofreciéndose para servirles la comida.

Ann forzó la ayuda de Jack para mezclar a la gente; Graham se paseaba con una botella de vino en una mano y un vaso de whisky en la otra; y el ruido fue subiendo de nivel, como solía ocurrir, de forma misteriosa. No porque hubiera llegado más gente, sino en una espiral incontrolada y voluntaria.

Jack, por supuesto, normalmente estaba a la cabeza de estas espirales sonoras. Había conseguido atraer la atención de las dos únicas modelos que Ann había logrado invitar: dos chicas robustas especializadas en lucir abrigos y chaquetas de tweed. Pero las modelos son como camaleones, y de alguna manera se las arreglaban para parecer delgadas y esbeltas. En medio de la conversación, Jack cruzó una mirada con Ann y le guiñó un ojo. Una de las chicas esbeltas se dio la vuelta; Ann movió la cabeza y sonrió, pero no se acercó donde ellos estaban.

Jack fumaba un puro. «Probemos un consolador de monja», solía decir entre risas, sacando un paquete de panatelas. Ann dudó si lo habría dicho ya, él siempre afirmaba que cuanto más te gustaba la chica más sucio debe ser el vocabulario. Era interesante —y acertado— que estuviese fumándose un puro. Debía haber decidido que el truco del cigarrillo no era la entrada más adecuada para aquellas chicas; se imponía algo más autocrático. Lo extraño era que Jack tenía un aspecto igual de creíble con el puro que con el cigarrillo. Su imagen se readaptaba sin dificultad.

Según iba rellenando vasos, Ann se fue acercando a Jack y a las dos modelos. Cuando se aproximaba le oyó prepararse para una de sus historias favoritas.

—... pero un buen puro es un poco de humo. Ya lo dice Kipling. ¿Os gusta Kipling? No, la cosa va de puros y mujeres; Kipling tenía razón, ¿verdad? —(Todas las preguntas eran retóricas)—. Quien sí sabía de esto era, bueno, Freud, ¿no es cierto?

Las modelos se miraron la una a la otra.

—¿Sabéis lo que dijo Freud sobre esta cuestión?

No lo sabían. Freud significaba para ellas unos pocos conceptos básicos: serpientes, y que realmente todo se explica por el sexo y otras cosas sobre las que no querían pensar: cosas sobre el culo, sospechaban. Se rieron anticipadamente con cierto sofoco y esperaron a ver qué decía Jack. Éste se balanceó sobre los talones, metió el pulgar en el bolsillo de su cazadora de cuero, meneó sugerentemente el puro

arriba y abajo, y después dio una profunda bocanada.

—Freud dijo —hizo una pausa—: A veces un puro... es sólo un puro.

Las modelos gimieron mostrando al tiempo diversión y alivio, elevando un poco más la espiral sonora. Ann se unió a ellos, y Jack le dio la bienvenida con una palmadita en el brazo.

—Bienvenida, preciosa —dijo en voz alta, aunque estaba justo a su lado; de hecho, ya le había pasado el brazo por encima del hombro. Ann volvió la cabeza hacia él como si fuera a decirle algo al oído. Él sintió el giro de su cabeza en el brazo, dedujo que le estaba ofreciendo un beso y le correspondió con un impulso horizontal. Ann logró evitar sus labios en el último momento, pero notó el fuerte roce de la barba con olor a puro en la mejilla.

—Jack —le dijo en voz baja—, creo que ese brazo no debía estar ahí.

Las modelos, aunque no pudieron oír lo que decía, notaron que Jack retiraba el brazo apresuradamente; fue como una parodia de movimiento militar.

—Lo que pasa con Freud es... —Ann sonrió alejándose. Jack iba a trazar uno de sus discursos preparados sobre cómo la interpretación de los sueños en Freud era o bien obvia (una mujer pasea por Krautstrasse y se compra un sombrero negro; el viejo bufón le cobra 5.000 coronas por explicarle que desea la muerte de su marido) o bien indemostrablemente fantástica; cómo haciendo una estimación, el número de curados no era mayor entre los que seguían un tratamiento que entre los que no lo hacían; cómo, en lo que atañe a la ciencia de interpretar la conducta de las personas, los métodos de los novelistas eran mucho más viejos y más sofisticados; cómo cualquiera que quisiera tumbarse en su diván durante una o dos horas proporcionándole material gratuito, sería bien recibido; cómo podían interpretar cualquier papel o jugar a lo que quisieran; cómo su juego favorito (aquí lanzó un guiño lleno de picardía) era el «Strip-Jack»...

Ann rellenó algunos vasos, animó a un grupo que estaba alicaído en una esquina y se puso a buscar a Graham. No le encontró en el salón y fue a la cocina. Había un bandido asaltando la nevera. Luego reconoció a Bailey, el gerontólogo amigo de Graham, que a pesar de su saneada fortuna siempre trataba de tener aspecto de pobre, y lo conseguía. Tenía la gabardina puesta, estando dentro de la casa; y su pelo lacio debía de ser blanquecino, pero estaba demasiado mugriento.

—Pensé que podía freírme algo —dijo delante de la nevera abierta, con cara de ladrón sorprendido en plena faena.

—Como si estuvieras en tu casa —dijo Ann sin darle importancia—. ¿Has visto a Graham?

Bailey movió la cabeza y continuó desenvolviendo paquetes de comida.

Probablemente estaba en el servicio. Le dio un par de minutos, y después un par más por si había cola en el cuarto de baño. Después subió a su estudio, llamó a la puerta tocando suavemente con los nudillos, y giró el pestillo. La habitación estaba oscura. Entró y esperó a que sus ojos se habituaran a la falta de luz. No, no estaba

escondido. Casualmente, miró en el jardín, cuya zona más cercana estaba iluminada por las ventanas traseras del salón. Al fondo, en la parte más oscura, Graham estaba sentado en la rocalla, mirando fijamente a la casa.

Bajó rápidamente las escaleras y corrió las cortinas de la ventana del salón. Después volvió a la cocina, donde Bailey, tenedor en mano, retiraba de la sartén higadillos de pollo a medio hacer. Ella sacó un plato, volcó en él el contenido de la sartén, se lo dio y empujó al pseudovagabundo hacia el salón.

—Circule, señor Bailey —le ordenó.

Entonces atravesó la cocina y fue a la parte trasera de la casa. Cuando llegó donde estaba Graham le encontró sentado sobre una gran piedra, con el pie izquierdo aplastando las florecidas del suelo; entre sus pies había una botella de Haig medio vacía. Contemplaba vagamente las ventanas del salón, ahora con las cortinas cerradas. Desde allí, los altibajos sonoros de la fiesta se atenuaban; y se percibía un registro acústico más estable.

Ann sintió pena por Graham, también más irritación que nunca. Atacó el tema en un tono calmado y profesional:

—Graham, ¿ocurre algo? ¿O es sólo que estás borracho?

Él evitó sus ojos, y no replicó inmediatamente. A veces, pensaba, la vida sólo consistía en eso: las esposas haciendo preguntas agresivas. Así había pasado quince años con Barbara. Cuando conoció a Ann pensó que eso había terminado. Ahora parecía comenzar de nuevo. ¿Por qué no le dejaban en paz?

—Borracho, sí —dijo finalmente—. Pero no sólo borracho.

—¿Cuál es el problema?

—Ah, el problema. El problema es ver cómo tu mujer besa a tus amigos. El problema, el problema. Ves a tu mejor amigo acariciando a tu mujer... por detrás. El problema, el problema.

Así que era eso. ¿Desde dónde lo había visto? Pero, en cualquier caso, ¿por qué demonios no podía ella dejarse besar por Jack Lupton en una fiesta? Con gran dificultad, mantuvo el tono de enfermera.

—Graham, besé a Jack porque estaba contenta de verle y porque estaba haciendo lo posible para que la fiesta saliese bien, que es mucho más de lo que puedo decir de ti hasta el momento. Me pasó el brazo por encima del hombro porque, porque es Jack. Le dejé con Deanna y con Joanie, y lo estaba pasando muy bien.

—Ah, perdona. Perdona. Es mi culpa. No ayudé lo suficiente durante la fiesta. Jack sí lo hizo. Jack le toca el culo a mi mujer para ayudar. Debería ayudar más. El bueno de Jack, el viejo y alegre Jack. ¿El problema? —Señaló la botella de Haig—. No hay problema. Desapareció el problema. Ya pasó.

Ann no estaba segura de poder contenerse. Recogió la botella de Haig y se dirigió hacia la casa vaciándola en la hierba mientras caminaba. Cerró la puerta trasera con llave. Reapareció en el salón con una botella de vino en cada mano para excusar su ausencia. Dijo aquí y allá que Graham había bebido demasiado y estaba durmiendo la

mona en el piso de arriba. La noticia fue corriendo y la gente empezó a irse entre sonrisas mudas. Jack, que al final había intentado separar a Deanna de Joanie, se fue con las dos.

Sólo quedaban tres invitados cuando Graham atacó la ventana trasera del salón con un rastrillo. Los dientes atravesaron el cristal, de forma que le dio la vuelta y golpeó la ventana con el mango. Entonces apartó metódicamente los trozos cortantes de cristal hasta que el hueco fue lo bastante grande para poder pasar a través de él. Tiró el rastrillo al jardín como si fuese una jabalina (se quedó clavado, se tambaleó y cayó al suelo), luego corrió la cortina que tenía delante y adaptó su vista a la luz, vio enfrente a su mujer y a su compañero Bailey y a una pareja de jóvenes a la que no recordaba conocer. El hombre sostenía una botella en alto, listo para enfrentarse al ladrón. La botella estaba llena.

—Cuidado. Eso cuesta dos libras veinticinco. Utiliza una de vino blanco si lo necesitas. —Después anduvo a paso titubeante hacia la butaca y se sentó. Pensó que tal vez podría dar una explicación de su comportamiento—. Ah —dijo—, estaba cerrado. Lo siento. Lo siento. No llevaba llaves.

Ann acompañó a los invitados a la puerta principal.

—Trabaja demasiado. Está preocupado. Ha bebido demasiado. Su hija ha estado enferma. —(Se inventó esa parte).

Ya desde la acera, Bailey se volvió, la miró muy detenidamente y dijo, con la solemnidad de una bendición episcopal:

—No conviene mezclar.

—Es un sabio consejo, señor Bailey. Se lo transmitiré.

Volvió a entrar en la casa, cogió cinta adhesiva y unos periódicos y parcheó la ventana. Después se sirvió un gran whisky. Se sentó en una silla frente a Graham y sorbió un largo trago. Parecía tranquilo y casi sobrio. Tal vez había actuado un poco al entrar por la ventana, poniéndole las cosas más fáciles a ella al aparecer más borracho de lo que estaba. Extraña consideración, si lo era. Qué grotesca es la relación causa—efecto en esta vida, pensó ella. Jack me da una palmada en el culo y Graham tira un rastrillo por la ventana trasera. ¿Qué clase de respuesta lógica era ésa? O la relación más grave: hace años me divertía de forma agradable y normal, y a causa de ello mi agradable y normal marido, a quien entonces ni siquiera conocía, está perdiendo los estribos.

Intentaba recordar que Graham era esencialmente encantador. Todos sus amigos estaban de acuerdo en ello, especialmente sus amigas. Era delicado, era inteligente, no se pavoneaba ni se jactaba, y no era un bruto, como tantos otros de su sexo. Eso habían dicho sus amigas de él, y Ann había asentido encantada. Hasta entonces. Poco a poco Graham había dejado de parecer tan diferente al resto de los hombres como al principio. Ya no le veía interesado por ella. Se había convertido en un hombre como cualquiera: sorprendido y pendiente de sus propias emociones, y cada vez menos preocupado por las de su pareja. Se había transformado.

Y qué falta de remordimientos para ponerse en el centro de la escena. Ella conocía la tiranía de los débiles: fue uno de sus primeros descubrimientos sobre las relaciones. También descubrió, lentamente, la tiranía de los afortunados: cómo los virtuosos obtienen sus cualidades arrancándoselas a los viciosos. Ahora Graham le estaba enseñando algo nuevo: la tiranía de los pasivos. Eso era lo que estaba poniendo en práctica; y estaba ya muy harta.

—Graham —dijo dirigiéndose a él por primera vez desde que entró por la ventana—. ¿Has estado alguna vez en un burdel?

La miró. ¿Qué quería decir? Por supuesto que no había estado nunca en un burdel. La sola palabra tenía un olor rancio para él. No la había oído desde hacía años. Le hizo volver a su época de estudiante, cuando él y sus amigos —todos ellos vírgenes— se daban las buenas noches públicamente con un entusiasta: «Te veré en el burdel», a lo que el otro contestaba: «¿En el de Maisie o en el de Daisy?»

—Por supuesto que no he estado nunca.

—Bien, ¿sabes lo que hacían en los burdeles? Lo leí en alguna parte. —Ann dio otro trago de su bebida; según prolongaba su introducción sentía algo que se acercaba al sadismo. Graham no replicó; se quitó las gafas y esperó—. Bien, lo que hacían en los burdeles (sólo te lo preguntaba por si lo siguen haciendo y tú lo sabías), a veces, con las chicas más jóvenes, era preparar una pequeña bolsa de sangre. Solía ser sangre de pollo, aunque no creo que eso tenga importancia. Era más importante que la bolsa fuera de un material muy fino. Ahora puede que usen polietileno. No, supongo que no. En fin, quizá el polietileno sea demasiado duro.

Graham continuaba esperando. Sentía la cabeza bastante clara, aunque le dolía el brazo.

—La chica se la metía dentro, y las demás mujeres iban pasando y cerraban la bolsa sellándola con cera corriente. Después la vendían diciendo que era virgen. Si parecía demasiado vieja decían que había sido monja para que fuera más convincente. Y el cliente la penetraba y rompía la cera (me atrevo a decir que en los burdeles de más categoría usaban cera de abeja) y la chica daba un grito y se retorció de miedo y apretaba los muslos y la bolsa reventaba y sollozaba un poco y murmuraba algún insulto para que el hombre se sintiese poderoso y conquistador pero, sobre todo, *el primero*. Y entonces él dejaba una gran propina, porque había dejado su marca indeleble, para eso había estado ahorrando y ya lo había conseguido, y de esta forma la chica no se volvía psicótica por él.

Graham sintió que se merecía lo que pudiera venir a continuación.

—Claro que era más caro, porque la sangre de pollo arruinaba las sábanas, pero ya pagaban más por la virgen, y supongo que los burdeles tienen un precio especial en las lavanderías. Deben estar llevando las sábanas a lavar continuamente, ¿no?

El silencio continuado de Graham, destinado a demostrar que comprendía que Ann necesitara agredirle, le pareció morboso. Esta palabra se le venía a la mente una y otra vez. Follando *morbosamente*, pensó ella, follando *morbosamente*.

—Me pregunto si las lavanderías saben cuándo están tratando con burdeles. Quiero decir, ¿tú crees que pondrán más lejía al lavar las sábanas? Tal vez digan: Éstas son las sábanas del burdel, saca la lejía biológica. ¿Crees que dirán algo así, Graham? Sólo te pido que especules. ¿Es eso lo que supones que hacen? ¿O crees que tratan las sábanas del burdel igual que el resto? ¿Las lavan normalmente y no se preocupan de lo que pueda quedar en ellas?

Ann se levantó y se dirigió hacia donde estaba Graham. Él seguía mirando hacia abajo. Finalmente habló.

—¿Sí?

—¿Sí a qué? Te he hecho un montón de preguntas. ¿A cuál has decidido amablemente contestar? Sí que has estado en un burdel, ¿no es eso?

—No, quiero decir, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa? Ah, ¿qué pasa? Me alegro que te hayas dado cuenta de que pasa algo. Bien, lo *que pasa*, Graham, lo que *pasa* es que estaba pensando comprar un pollo para cenar un día de éstos. No uno de esos que han sido lavados, vaciados e inyectados con hormonas para que sepan a pollo. Un auténtico pollo, ya sabes, una GALLINA, una GALLINA con plumas y patas y esa cosa roja en la cabeza. Y entonces podrías desmenuzarla, y le sacaríamos algo de sangre. Luego podemos derretir algunas velas y por una noche, una noche especial, yo sería tu virgen, Graham. Te gustaría, ¿verdad que sí?

No replicó. Seguía mirando hacia abajo. Ann fijó la mirada en su cabeza.

—Yo sería tu virgen —repitió.

Graham permanecía inmóvil. Ella se acercó y le tocó el pelo; él se sacudió y retiró la cabeza. Entonces volvió a repetirlo, con un tono más suave.

—Yo sería tu virgen.

Graham se levantó despacio y se abrió paso con habilidad ante su mujer, cimbreándose para evitar su cuerpo y especialmente su mirada, y luego otra vez para evitar la mesa del café. Continuó mirando la alfombra hasta que estuvo seguro en la puerta; entonces aceleró el paso para subir las escaleras. Cerró la puerta de su estudio con pestillo y se sentó en su sillón. No fue a la cama en toda la noche. Se quedó sentado en la silla, pensando en todo lo que había sucedido desde su luna de miel. ¿Por qué no podía uno desconocer lo conocido? Por qué no vuelven los buenos tiempos, se decía entre calladas lamentaciones. Hacia las cuatro de la madrugada se durmió. Durante aquella corta noche no soñó nada.

10. EL SÍNDROME DE STANLEY SPENCER

Años atrás Graham había leído un trabajo sobre zoología popular que estuvo de moda por entonces. Todo el mundo hablaba de él y algunos incluso lo hojearon. La primera parte del libro demostraba que el hombre era similar a muchos animales, y la segunda parte que era muy diferente. Al principio te producía un escalofrío atávico, y luego te daba una palmadita en la espalda; vendieron millones de ejemplares. Graham recordó un detalle del libro: el hecho de que el hombre tiene, no ya el mayor cerebro de todos los primates, sino también el mayor pene. Esta afirmación le pareció un error en el momento en que lo leyó, cuando todavía Barbara le atormentaba diariamente con su redecilla y su tridente, cuando escapaba de ella como un cangrejo pero siempre le cazaba en la arena. Ahora parecía tener más sentido. Ya no resultaba paradójico que un gorila gigante tuviera el pito pequeño, podría comprenderlo hasta el más joven de los alumnos de Graham. El tamaño no estaba relacionado con la habilidad o con la necesidad, estaba relacionado con la capacidad de causar problemas. Colgaba entre las piernas como advirtiendo: no esperes que no te devuelva el golpe.

Por una parte, claro está, el sexo no tenía ninguna importancia, especialmente el sexo del pasado, el sexo en la historia. Por otra parte, tenía mucha más importancia que todo lo demás. Y Graham no veía cómo cambiar este estado de cosas. Todo estaba decidido dentro de su cerebro, sin consultar, desde hacía varios años; decidido por la historia incesante, por sus orígenes y por el hecho de que sus padres se eligieran el uno al otro, por la combinación de genes sin precedentes que le habían dado y con la que tenía que arreglárselas.

Jack, no hacía falta decirlo, se había llevado un lote ventajoso. Graham solía pensar que su amigo siempre se mantenía más relajado ante las situaciones de la vida sólo porque tenía más experiencia, por el cinismo adquirido. Ahora no lo creía así: las reglas habían sido dictadas mucho antes. El Principio Para Las Multas De Aparcamiento que tenía Jack, por ejemplo, era el tipo de precepto al que Graham no podría llegar por muchos años que viviera o por muy frenética que fuera su actividad. Una vez, Jack estaba exponiendo su teoría de «máxima reserva, máxima cortesía» y Graham le interrumpió:

—¿Pero nunca te cazan?

—No, tengo demasiado cuidado. Nada de vámonos-tú-y-yo-al-cuarto-de-baño, eso es para los niños. A mi edad es peligroso para el corazón.

—Me refiero a que Sue lo sabrá alguna vez, ¿no?

—Más o menos. Un poco. Cuando olvido meterme los bajos de la camisa.

—¿Y qué haces entonces? ¿Qué le dices?

—Utilizo el Principio Para Las Multas De Aparcamiento.

—¿...?

—¿Recuerdas cuando aparecieron los parquímetros? Era la tecnología más avanzada: las multas controladas por computadora. ¿Recuerdas? Un colega mío descubrió por casualidad que podías acumular muchas multas, pagar la última, y la computadora borraba automáticamente de su memoria las anteriores.

Es el Principio Para Las Multas De Aparcamiento. Si les hablas de la última dejarán de preocuparse por las anteriores.

Y no lo dijo con cinismo, o desdeñosamente, sino con gran aprecio hacia los objetos de sus engaños. Así eran las cosas, así era él; era lo que Graham nunca podría ser.

La gran evidencia que estaba buscando Graham surgió de la forma más obvia, más simple. Estaba sentado en el cine Odeon Holloway Road, viendo por tercera vez esa semana a su mujer cometiendo adulterio en la pantalla con Tony Rogozzi en *The Fool Who Found Fortune*. Rogozzi hacía el papel de un ordinario italiano de aspecto infantil que los fines de semana se patea las tierras de labranza con una carretilla y un detector de metales. Un día encuentra un escondrijo lleno de monedas antiguas y su vida cambia totalmente. Abandona su carretilla y su religión, se compra trajes elegantes, trata de perder su cómico acento italiano y se enemista con su familia y con su novia. Mientras se dedica a gastarse el dinero en clubs nocturnos, descubre a la esposa de Graham, con quien vive un romance a pesar de las advertencias de sus padres.

—Te va a chupar la sangre, bambino —le dice su padre entre madejas de espaguetis—. Luego te dejará tirado como un zapato viejo.

Tony, sin embargo, persevera en su encaprichamiento, y hace regalos caros a Ann. Ella finge apreciarlos e inmediatamente los vende. Pero cuando está a punto de cambiar todas las monedas por dinero para abandonar sus raíces para siempre, sus padres reciben dos visitas: una de un policía que les dice que todas las monedas son propiedad robada; y la de la vieja madre de Ann, que declara desinteresadamente que su hija es una cruel buscadora de fortuna, que presumía ante todo el que se le ponía por delante que estaba exprimiendo a un ingenuo joven italiano. Tony, más triste pero más sabio, vuelve con su familia, su novia y su carretilla. Durante la escena final, en la que Tony y su novia destruyen el detector de metales (como Adán y Eva aplastando a la serpiente, pensó Graham), el auditorio del cine Odeon Holloway Road, en su mayor parte italiano, aplaudió enfervorecido.

Mientras ellos aprendían una lección moral, Graham sacó una conclusión práctica. En un momento dado, cuando Rogozzi se acurruca junto a la recién enojada Ann en un restaurante de altos vuelos, mirando ávidamente el escote iluminado por la luz de una vela, el carretero temporalmente adinerado le dice al oído:

—Angélica —(no era su nombre real sino uno inventado para estafarle)—, Angélica, te he escrito un poema, como mi paisano Dante. Él tuvo a su Beatrice —

(pronunció el nombre como si fuera el de su pasta favorita)— y yo tengo a mi Angélica.

Lo tengo, pensó Graham cuando salió del cine. Si el romance comenzó en 1970 o 1971, eso significa que había cinco posibles fuentes en las que buscar. Jack no podía haber callado en todas ellas. Para empezar, no era escritor con tanta capacidad de invención: si necesitaba un conductor de autobús para una escena corta no podía terminarla sin dar una vuelta en autobús. Entonces el conductor aparecería en sus páginas con algún pequeño ajuste —una cojera en una pierna o un bigote amarillento— que hacía que Jack se sintiera Coleridge.

En segundo lugar, la naturaleza sentimental de Jack le había convertido, como escritor, en un diligente pagador de impuestos y tributos. Esta vena surgió fundamental y básicamente cuando fue crítico de teatro durante seis meses.

—Digamos que tienes que ir a ver un petardo al extrarradio, a Hammersmith o a Peckham o donde sea —explicó el novelista—. No puedes librarte, porque a tu redactor jefe le gusta esa basura democrática, y tienes que fingir para llevarte bien con él. Hay que llevarse el viejo termo de cuando eras hippie y llenarse de angustia con la intención de cambiar la sociedad en tres semanas. Te sientas en tu democráticamente incómoda silla y después de un máximo de tres minutos tu cerebro empieza a pegar alaridos. «Quiero salir de aquí». No te diviertes; claro, te pagan por estar ahí, pero eso no es suficiente. Simplemente, no compensa. De manera que eliges el mejor bollo del reparto y decides que ella es «el nuevo descubrimiento». Y comienzas la crónica felicitándote por haber ido al Tramshed Theatre Ralston; después te cagas un poco en la obra y escribes: «Pero lo que para mí redimió la velada fue un instante de teatro puro, la noche se salvó gracias a un momento de perfecta belleza y de gran emoción, cuando Daphne O'Twat, interpretando a la tercera tejedora, maneja la máquina como si fuera una mascota querida; en aquellos tiempos duros probablemente lo sería; su gesto, y esa extraña mirada lejana en sus ojos, trascendían la suciedad y el durísimo trabajo de estos antepasados nuestros; y enterneció a los más cínicos del auditorio en un momento que destaca en el ciclo nublado de esta obra como un restallante arco iris».

»Ten en cuenta que no digo que la señorita O'Twat tiene unas tetas inmejorables, o una cara como la de la Venus de Milo. El jefe no lo toleraría, y no digamos la chica en cuestión. De esta manera el jefe de redacción dice: “Vamos a hacer un reportaje a la chica”, y envía un fotógrafo, mientras la chica piensa: “Ésta puede ser mi gran ocasión, una crítica en la que no mencionan mis tetas.” Y al día siguiente del estreno llamas por teléfono al Ditchwater in the Round, te ponen con Dilys O'Muff, y dices que vas a volver, porque quieres ver de nuevo esa actuación profundamente espiritual y a ver si puede tomar algo contigo, una copa profundamente espiritual después de la función. Y ya estará hecho. No siempre funciona. Aunque funciona bastantes veces.

Éste era el sistema de «tributos» de Jack en su forma más cruda. Pero también le gustaba decorar sus textos más serios con lo que él llamaba «tostadas» y «tortas». Las

tostadas eran momentos ocultos escritos para premiar a sus amigos y a sus héroes; las tortas eran pasajes en los que llenaba de mierda a la gente que no le gustaba. Hace que te diviertas escribiendo, insistía Jack. «Te da una motivación más cuando te parece que ya has mutilado suficientes verdades en un día».

Graham estaba arrodillado frente a la librería de Ann. Habría unos diez: obras de Jack Lupton. Cinco de ellos le sobraban; tomó los otros cinco, empezando por *En lo oscuro*. Para rellenar el hueco que dejaba, metió a un lado a Doris Lessing y en otro a Alison Lurie; después añadió un par de tomos suyos de Mary McCarthy y miró de lejos. Quedaba muy bien.

Subió las cinco novelas a su estudio. No había hojeado libros de esta forma desde la adolescencia. Entonces también los hojeaba en busca de sexo. Después de todo, uno recurría a la ficción cuando fallaban las enciclopedias y los padres. Con cierta experiencia uno distinguía en el texto palabras como «sujetador», «senos» o «carne» como si estuvieran en negrita. Pero esta vez no había palabras clave.

Gracias a Dios no tenía que tragarse los primeros cinco libros de Jack. Los tres primeros —a los que Jack modestamente clasificaba como los de «los días de cazador furtivo en Linconsdale»— trataban sobre lo que el novelista denominaba «la tarea de llevar a la familia al desván de la ficción». Luego venían tres novelas de «conflicto sexual y político», la última de las cuales tendría que ser revisada por Graham. Finalmente estaban las últimas cuatro, en las que se habían extinguido las ambiciones y culpas sociales, políticas y sexuales que habían animado las seis primeras novelas, donde todos los personajes estaban pasados por un filtro de cinismo, donde realmente no importaba quién hacía qué cosa a quién y tampoco si las cosas terminaban bien o no: eran estilizadas comedias de costumbres situadas en ambientes bohemios. Pronto, esperaba Graham, Jack se convertiría en una especie de Firbank en los últimos tiempos, lo que no sólo vengaría su bien ganada fama de escritor mundano sino también implicaría que nadie quisiera leer o publicar nunca más los libros de Lupton. Y para entonces esa forma de hacer estaría tan arraigada en él que ya no sería capaz de cambiar.

La última de las novelas político-sexuales, *En lo oscuro*, fue publicada en 1971. En ella, recordaba Graham, Jack se escondía en un joven diputado con barba que poco antes de las elecciones tiene un lío con Sarah, una atractiva colega del Parlamento; su matrimonio de diez años con una competente ama de casa ha comenzado a hacer aguas. La esposa lo averigua pronto y empieza a chantajear al personaje de Jack: o renuncias a la chica o lo publicaré en los periódicos para que pierdas tu escaño y la custodia de los niños. «Jack» decide desafiar al congreso presentando su caso al electorado y al tribunal de divorcio pero Sarah, desinteresadamente, afirma que han de prevalecer el partido (aunque, irónicamente, no es *su* partido) y los niños (otra ironía, ya que está embarazada de «Jack», aunque no se lo ha dicho y tiene intención de abortar en secreto). Finalmente «Jack» se convence de que existen ocasiones en que los principios han de vencer la llamada del

corazón; cuando, heroicamente, Sarah le filtra los planes de su partido para después de las elecciones en materia de seguridad social, reflexiona sobre las familias obreras y la necesidad de su presencia en el próximo Parlamento, y finalmente acepta como buena la decisión que ella ha tomado. Antes de separarse, sin embargo, hacen el amor por última vez: Jock (que era el nombre de Jack en la novela) la abraza con urgencia. Era tan capaz de ser brusco e impaciente como dulce y tierno. Esta vez era brusco e impaciente. Sarah le conocía en las dos versiones, le amaba en las dos versiones. Cuando se puso encima, ella aspiró el fuerte olor a tabaco que salía de su barba. Esto la excitaba. En otra época se había hastiado de conocer hombres empapados de exquisitos after-shave, hombres que tenían aspecto de hombres y podían ser mujeres.

—Jock —murmuró protestando cuando su mano tiró bruscamente de la falda.

—Sí, sí —contestó impaciente, en tono autoritario—. Aquí, ahora.

Y allí, y entonces, en el sofá, la poseyó. No permitiría protesta alguna, y sintió que, en efecto, su imperioso deseo había provocado la humedad de Sarah. Besó el pequeño lunar que tenía a la izquierda del cuello, y ella se levantó hacia él. Entonces, todavía vestido con el traje de tweed marrón cuya tela había sido fabricada en su distrito electoral, entró en ella bruscamente, la envolvió con su fuerza y se elevaron más que nunca, subieron más allá de la tierra, a través de las nubes, hasta donde está el sol y el cielo siempre es azul. En el momento cumbre él gritó como si fuera un animal herido, y a ella le brotó una lágrima del confín del ojo derecho.

—Jock —dijo ella susurrando—, nunca habrá otro...

—No —replicó con dulce superioridad—, habrá más...

—Nunca —dijo sollozando, casi con dolor.

—Ahora no —aseguró él—, pronto no. Pero alguna vez habrá otro. Y yo quiero que sea así. Yo estaré en algún lugar deseando que encuentres a alguien.

Acalló sus últimas protestas y, estando todavía dentro de ella, buscó en su chaqueta y le pasó un cigarrillo. Distraída, Sarah se colocó el cigarrillo al revés y esperó que se lo encendiera por el filtro. Él lo sacó de sus labios con dulzura y le dio la vuelta. Siempre le pasaba... Cuando lo encendió por el extremo correcto, advirtió una tenue mancha de barra de labios, la melancólica mancha final, pensó, que había escapado al frenético intercambio de besos...

Páginas 367 y 368: Graham las arrancó. Las pistas eran definitivas: la lágrima en el ojo había ocurrido varias veces; el levantarse hacia él, sí; y el remate era el lunar, aunque lo hubiera trasladado del hombro derecho a la parte izquierda del cuello (eso era lo que Jack llamaba imaginación). Y si el lunar no era el remate lo era el cigarrillo. Ann colocaba a menudo los cigarrillos al revés. Graham no había notado que le ocurriera después de hacer el amor, pero le pasaba con mucha frecuencia en las fiestas y reuniones. ¿No estaba Jack presente en alguna de esas ocasiones? ¿Y no habían hecho algún chiste íntimo que él no había entendido? No lo recordaba.

Revisó rápidamente unas cien páginas de *En lo oscuro* antes y después del pasaje anterior y arrancó todas las páginas en las que se mencionaba el romance de Ann con

Jack. Más tarde las leería. Después centró su atención en las últimas cuatro novelas de Lupton. El comienzo del periodo neo-Firbank, como Graham se repetía con júbilo. La explicación de Jack era diferente.

—Antes pertenecía a la escuela de la ficción a destajo —explicó una vez—, ya sabes, libros de muchas páginas a bajo precio. Pensé que si dabas a elegir a la gente entre una inteligente masturbación mental de doscientas páginas a cuatro libras y cuatrocientas páginas de mis entrañas a cinco libras, sabrían dónde estaba la auténtica ganga. Y tenía razón: preferían lo mío. Pero después de desangrarme una docena de veces pensé: Eh, ¿no me estoy exprimiendo demasiado? La novela es el doble de larga, pero ¿obtengo yo el doble de beneficios?

Entonces me fijé en esos pequeños novelistas monotemáticos y pensé: Chico, Jack, puedes hacer eso, siempre te quedará una mano libre. Y eso fue lo que hice, y ya voy comprendiendo en qué consiste. Es muy fácil vivir de gorra.

En el periodo neo-Firbank, Jack seguía con sus tostadas y sus tortas. Una frase de Ann, una descripción de sus pechos, un manierismo al narrar cómo hacían el amor, un vestido. Cuantas más evidencias encontraba, más fácil era para Graham encontrar otras nuevas; y en la euforia de su crítica búsqueda parecía olvidar el significado exacto de lo que iba averiguando.

Sólo más adelante, cuando había recopilado pruebas en páginas arrancadas entre lo que Lupton había escrito en su última época, decidió pararse a pensar. Entonces, al repasar todas las evidencias del romance Ann—Jack que había reunido al ver el cuerpo de Ann levantándose hacia el de Jack, al ver cómo Jack pegaba su apestosa barba contra la cara de Ann con la idea errónea de que el olor a nicotina era afrodisíaco (no podía ser, insistía Graham, no podía ser), pasó el efecto de la anestesia y volvieron los dolores. Se llevó una mano al estómago, otra al pecho, entre páginas arrancadas. Entonces se volvió hacia un lado y adoptó una postura fetal; puso las manos entre los muslos, y se quedó así, tirado en el suelo como un niño enfermo. Cerró los ojos y, como cuando era niño, intentó pensar en algo diferente, ajeno y excitante. Pensó en un partido de críquet en el campo, hasta que los espectadores se convirtieron de repente en el público de un estadio de fútbol que cantaba: «Lavacoches, Lavacoches». Pensó en un viaje al extranjero, hasta que apareció Benny conduciendo su Porsche plateado camino de Arezzo y de la ventana salieron volando un par de bragas. Pensó que daba una clase sobre la ley Bonar, hasta que todos los alumnos levantaron la mano al mismo tiempo pidiendo que hablara de la industria cinematográfica. Finalmente pensó en su infancia, antes de que aparecieran Ann, Jack y Barbara, cuando sólo tenía que superar la relación con sus padres; los años anteriores a la traición, cuando sólo vivía para la tiranía y la subordinación. Hizo un gran esfuerzo para circunscribir sus recuerdos a ese momento, se fue encerrando en ese periodo y sus detalles empezaron a rondarle la cabeza; y entonces se quedó dormido.

Durante unos días Graham leyó y releyó los pasajes de *En lo oscuro* y los libros

siguientes de Jack. No había ninguna duda. El romance de Jack y Ann había empezado en 1971, había continuado en la época en que él conoció a Ann, y durante todo su matrimonio. *Ardientes certezas*, *El fuego apagado* y *Furor, furor* contenían evidencia necesaria. Si calculaba seis meses —máximo un año— para que los editores sacaran el libro, había que deducir que los pasajes de *El fuego apagado* donde Jack, ligeramente disfrazado de ex piloto de bombardero con la cara reconstruida por la cirugía plástica, tenía una cicatrizante relación con «Ann», una enfermera escocesa con un lunar por una vez en el lugar exacto, habían sido escritos durante el primer año de su matrimonio. La infidelidad no cesó ni entonces, pensó Graham; ni siquiera entonces.

Una semana después, Graham telefoneó a Sue al campo, dispuesto a decirle a Jack que se había equivocado de teléfono si por algún motivo era él quien contestaba.

—Sue, soy Graham.

—Graham..., oh, Graham. —Parecía aliviada por haber adivinado de qué Graham se trataba, no porque le agradara oír su voz—, Jack está en Londres.

—Sí, lo sé. Quería hablar contigo.

—Adelante. Ahora no estoy ocupada. —Su tono de voz todavía no era del todo acogedor.

—¿Podríamos vernos, Sue? ¿En Londres, un día de éstos?

—Graham..., en fin..., ¿de qué se trata?

—No quiero decírtelo ahora.

—Iré si no es algo que crees que debería saber. Si no piensas que sabes lo que me conviene saber.

—No es eso. Es algo..., algo que nos afecta a ti y a mí... —Parecía que hablaba en serio.

—Graham, pensé que yo no te importaba. Más vale tarde que nunca, en todo caso. —Rió en tono zalamero—. Déjame consultar la agenda. Sí, lo que yo pensaba. Estoy libre cualquier día desde ahora hasta el final de la década.

Se citaron para un día de la semana siguiente.

—Ah, Sue...

—¿Sí?

—Te parecería extraño que te dijera..., que te dijera que espero que no le digas a Jack que vamos a comer juntos.

—Él hace su vida —replicó cortante—, yo hago la mía.

—Por supuesto.

Podía haberse explicado mejor, pensó Graham cuando colgó el teléfono. Suponía que sí, pero era complicado..., especialmente así, llamando de buenas a primeras. No la había visto desde hacía un año y bueno, después de todo, tampoco le caía muy bien. Eso era cierto. Desde el punto de vista de Graham, esa vivacidad natural que tanto gustaba a sus amigos era casi una agresividad indiscriminada.

A la semana siguiente estaba sentado en Tardelli's tomándose un Campari con

soda, en una mesa escondida tras una esquina. Buscaba la mejor manera de conseguir la corroboración final que necesitaba. No podía simplemente pedírsela, desde luego.

—Graham, querido, la mesa de los adúlteros; hablabas *en serio*.

—¿...?

—¿Quieres decir que no lo sabías? —Todavía le miraba fijamente a la cara. Él se incorporó tropezando con una pata de la mesa y la besó discretamente en la mejilla. ¿Era la primera vez que estaban en situación de besarse? No estaba seguro.

—Pedí una mesa tranquila —replicó—. Dije que queríamos comer sin que nos molestaran.

—¿Así que no sabías que ésta es la mesa oficial para adúlteros?

—No, realmente no lo sabía.

—Qué decepción.

—Pero aquí nadie puede verte.

—Ésa es la cosa. Nadie puede verte, pero al ir hasta la mesa o al servicio se lo estás contando a todo el restaurante. Es famoso, querido; quizá no en tu círculo, pero sí en el nuestro.

—¿Quieres decir qué se sientan aquí deliberadamente?

—Claro. Es mucho más excitante que poner un anuncio en el *Times*. Es una forma brillante de hacer publicidad con discreción. Siempre lo he pensado. Haces público que tienes un lío, pero finges estar ocultándolo. Disminuye la culpa... pero sirve para propagar la noticia. Es la solución ideal. Me sorprende que no haya una mesa como ésta en todos los restaurantes.

—¿Es probable que haya aquí algún conocido tuyo? —Graham no sabía si mostrarse complacido o preocupado.

—¿Quién sabe? No te preocupes, cariño. Me acercaré a ti cuando asomen la cabeza al doblar la esquina aparentando buscar a otra persona. —Le apretó el brazo en prueba de apoyo.

Después de esto, Graham decidió que sólo había una forma de sobrellevar la comida. Se hizo el tímido, arriesgando una ligera caricia de vez en cuando y dejándose robar algunas miradas. Manteniendo las distancias, afablemente, adoptó la opinión generalmente compartida de que se trataba de una mujer muy bella; pero no afrontó la cuestión con demasiada seriedad.

Como se suponía que Graham no había ido a hablar de las infidelidades de su marido, ése fue precisamente el tema que sacó Sue. Como él no planteó su asunto con una urgencia de hoy—o—nunca, le habló sin remilgos sobre sus propias aventuras ocasionales, sobre las dificultades de ligar en el campo sin que nadie lo sepa y sobre sus sueños pueblerinos con venganzas bucólicas, azadones, fardos de heno y silos de grano. En un momento dado, cuando habían terminado la segunda jarra de vino y esperaban que les trajeran el café, Sue dijo en tono más duro.

—¿Sabes cómo llamo a la forma de actuar de Jack? La llamo el síndrome de Stanley Spencer. ¿Sabes algo de eso?

Graham le hizo un gesto negativo.

—El hecho de que yo sea la segunda esposa de Jack lo hace aún más apropiado. —Encendió un cigarrillo—. Cuando Stanley Spencer se casó por segunda vez, ¿sabes qué ocurrió en la noche de bodas?

—No.

—Envió a su mujer por delante a la luna de miel, como quien manda el equipaje, volvió a casa y se tiró a su primera mujer.

—Pero...

—No, no, espera. No es eso. Después fue a reunirse con su segunda mujer, se sentaron en la playa y le explicó que un artista tenía unas necesidades sexuales excepcionales, y que se proponía mantener dos esposas. Su arte lo necesitaba, y su arte era lo primero. Tenía sangre fría, el canalla —añadió como si Spencer fuera compañero de borracheras de su marido—. Y a eso ha llegado Jack, hasta cierto punto. Es suficientemente inteligente como para no decirlo así, pero en el fondo es lo que piensa. A veces, cuando estoy en casa y me pongo frente a sus libros me pregunto: ¿Cuántos polvos echó para escribir cada uno?

—Bueno, ya sabes lo que decía Balzac: «Ahí va otra novela». —Graham se sintió incómodo, no estaba seguro si su comentario le serviría de apoyo o al contrario.

—Y entonces volvía a mirar los libros y pensaba en Jack jodiendo por ahí durante todos estos años, y creo que no me importaba demasiado, no después del dolor de la primera vez; y después de todo, yo también me había divertido, pero lo que de verdad me hería al mirar sus diez novelas sobre la repisa es algo que nunca le perdonaré, y es que no sean mejores. A veces me gustaría decirle: «Mira, Jack, te puedes olvidar de los libros, olvídalos. No son tan buenos. Renuncia a escribir y concéntrate en joder. Lo haces mejor».

Graham recordó los fragmentos que había arrancado de *Furor, furor, El fuego apagado* y *En lo oscuro*. Entonces comenzó a decir lo que había preparado con sumo cuidado.

—Sue, espero que no me mal interpretes. Pensé que sería agradable... —se detuvo deliberadamente—... comer contigo, vernos, porque hemos estado mucho tiempo desconectados y siempre pensé que no nos veíamos lo suficiente. No quiero que pienses que lo hago por necesidad de venganza o nada por el estilo —parecía asombrada, y él siguió deprisa—, quiero decir que todos sabemos la historia que hubo entre Jack y Ann en otros tiempos, eso no nos sorprende y, en cualquier caso, si no hubiesen sido umm..., amantes quizá yo no la hubiese conocido, así que en cierto modo supongo que incluso se lo agradezco. —Graham sintió que el número de la tímida honradez había funcionado bastante bien, ahora venía la parte complicada—. Pero para mí sí que fue un golpe, tengo que reconocerlo, averiguar que realmente nunca habían dejado de ser amantes. Fue como una puñalada. Lo descubrí hace sólo seis meses. Dejando aparte lo referente a Ann, sentí que mi amistad había sido traicionada y todos esos sentimientos que ahora parecen pasados de moda. En un

momento dado odié a Jack, aunque supongo que de alguna forma me ayudó a comprender un poco mejor... las necesidades de Ann. Me imagino que si te hubiera llamado en ese momento, habrías tenido motivos para dudar de mis buenas intenciones. Pero bueno, pasó el hipo, ya estaba bastante resignado, y entonces pensé que me apetecía verte de nuevo, examiné mis motivos y cuando los comprendí claramente te llamé... y... aquí estamos ahora.

Graham bajó la mirada hacia su taza de café vacía. Le había gustado el final, delicado y prudente. Había sido buena idea seguir dos líneas distintas al tiempo. Cuando estaba dudando si debería alzar la mirada, Sue se acercó a él y le puso una mano en el antebrazo. Levantó la cabeza y encontró una gran sonrisa.

—Aquí estamos. —Le gustaba su timidez. Volvió a sonreír en tono alentador, al tiempo que pensaba: Bastardo, bastardo, el jodido Stanley Spencer Jack Lupton, ¿cómo no se había dado cuenta? Realmente, Jack nunca renunciaba a sus viejas amigas. Quizá pensaba que si dejaba de follárselas dejarían de comprar sus libros. Hizo un esfuerzo para aplacar sus sentimientos. Graham no debía notar que estaba alterada, que no sabía nada, que esta vez haría falta mucho más que unas cuantas sonrisas el viernes por la noche para apaciguarla. No desperdicies tus oportunidades, chica; no pierdas los estribos; esta vez sí que debían ajustar las cuentas—. Tal vez debía habértelo dicho —continuó ella—, pero siempre da miedo, y uso el sistema que se sigue con el cáncer. Si no te preguntan, no les digas nada; y si te preguntan pero desean que respondas que No, hay que responder No. Siento que hayas tenido que averiguarlo a través de terceras personas, Graham.

Él sonrió sin ganas, pensando en su desengaño. Ella sonrió dirigiéndole una mirada comprensiva y pensando en la suya.

Sue pensó que sería muy saludable joder con Graham en venganza.

—Espero que no me encuentres un anticuado —dijo siguiendo con su interpretación—, pero tengo que dar una clase dentro de una hora. ¿Podríamos... vernos de nuevo la semana que viene?

Sue encontró que su falta de atrevimiento resultaba encantadora. No dijo ninguna de esas frases terribles que dicen a veces los tíos como «Tengo las tardes libres» o «Estoy soltero por el momento». Se incorporó y le besó en los labios. Él la miró sorprendido.

—Ésta es la ventaja de la mesa de los adúlteros —dijo ella muy animada. Le gustaba que no hubiera intentado tocarla durante la comida. Esperaba que esta pasividad no fuera demasiado lejos. Sin embargo, el cambio le complacía. Jack, por ejemplo, a esas alturas estaría ya debajo de la mesa arañándole los muslos con la barba de alambre. ¿Se quitaría Graham las gafas en la cama?

Fuera del restaurante se dieron un beso de despedida; Sue ya pensaba en la semana próxima, en el mismo lugar y a la misma hora, y en lo que pudiera venir a continuación. Graham también pensaba en el futuro, pero en una dirección bastante diferente.

11. EL CABALLO Y EL COCODRILO

Eran las tripas, se repetía Graham a sí mismo conduciendo en dirección a Repton Gardens. Todo eran tripas. En fin, no todo, pero lo que salía a la superficie era puro despojo. Se había pasado cuarenta años luchando, y ahora percibía la ironía de la vida: que los años que había pasado pensando que era un fracasado —cuando todo el mecanismo parecía venirse abajo calladamente y, sin causar dolor, se hundía— fueron en realidad años de triunfo.

Eran inteligentes las tripas, pensaba cuando pasó por centésima vez desde que todo comenzó delante del lavado de coches de Staunton Road. Eran inteligentes. Desde luego, no había sido fácil derrotarle: por eso había durado cuarenta años. A otros les ocurría mucho antes. Pero al final podían con todos. En su caso habían escogido un camino lento y tortuoso y finalmente habían elegido un inesperado instrumento, Ann, que le amaba; y a quien él amaba.

Las cosas no habían cambiado mucho desde la Edad Media, desde Montaigne, desde los tiempos en que creían literalmente en tripas: en la sangre, el hígado, la bilis y demás. ¿Cómo era la última teoría que Jack —el Jack de todo el mundo— le había explicado? Que en el cerebro había dos o tres capas diferentes que siempre estaban guerreando entre ellas. Era sólo una forma de decir que las tripas te jodían, ¿no? Sólo significaba que el plan de batalla y la metáfora se habían elevado en tu cuerpo unos 70 centímetros hacia arriba.

Y siempre había que dar la batalla por perdida. Graham había conseguido aprender esa lección. Las tripas salían a la superficie. Podías retrasarlo un poco disecando la vida todo lo posible; aunque eso te convertía en una víctima más apetecible. La verdadera división del mundo no había de hacerse entre los que habían perdido la batalla y los que aún no la habían librado, sino entre los que cuando perdieron la batalla pudieron aceptar la derrota y los que no pudieron. Quizá hubiera en el cerebro algún armario de escobas donde también se decidía esto, reflexionó con triste irritación. Pero así había que dividir a la gente. Jack, por ejemplo, aceptaba la derrota, sin apenas darse cuenta, incluso sacando ventaja de ella. Mientras que Graham no podía aceptarla ahora, y sabía que nunca sería capaz de hacerlo. Lo que también era una ironía, porque Jack era en conjunto un carácter mucho más truculento y beligerante; Graham se veía a sí mismo bastante parecido a la imagen que los demás tenían de él: una persona suave, amable y ligeramente superior.

—Ah, mmm, estaba al teléfono —dijo Jack abriendo la puerta con considerable retraso. Luego se fue corriendo por el pasillo.

—No, mi pequeña orquídea —pudo oír Graham mientras se quitaba el impermeable e iba a colgarlo al perchero—. No, mira, ahora no, te llamaré más tarde... —Graham rebuscó en los bolsillos de su chaqueta—... no lo sé. No mucho

tiempo... arriveoír...

Graham decidió que sólo unos días antes habría sentido curiosidad por saber con quién hablaba Jack; ¿sería Ann? Ahora simplemente daba igual. Aunque hubiera habido toda una estela de ropa interior de mujer que le fuera familiar a lo largo de la escalera no le habría importado. Jack parecía un poco aturdido.

—Era una nena que me contaba sus secretos —dijo con una sonrisa forzada. Entrando en el salón se tiró un pedo, por esta vez sin hacer ningún comentario.

—¿Café? —Graham rehusó con un gesto.

Sólo habían pasado unos meses desde que estuvo sentado en la misma silla, ofreciendo temblorosamente a Jack sus inquietas ignorancias. Ahora, viendo a Jack revolver el café con la cuchara presentía que lo sabía todo. No que sabía todo en un sentido directamente factual —por ejemplo, sobre Jack y Ann—, sino en un sentido más amplio. En las viejas historias la gente crecía, luchaba, les sucedían desgracias y eventualmente llegaban a la plenitud, conseguían sentirse en buenas relaciones con el mundo. Graham, después de cuarenta años de no luchar demasiado, sentía que había llegado a la madurez en pocos meses, y comprendió irrevocablemente que el estado natural era esa desazón extrema. Esta sabiduría adquirida repentinamente le desconcertó al principio; ahora estaba más tranquilo. Cuando metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, admitió que tal vez no le iban a comprender, tal vez la gente pensara que actuaba así por celos, o porque había perdido la cabeza. Bueno, era asunto de ellos.

Y la ventaja de que probablemente le malinterpretaran era, se decía mientras Jack le pasaba la taza de café, que no tenía que dar ninguna explicación. Realmente no hacía falta. Una de las características comunes más despreciables de las películas que había visto en los últimos meses era que parecía establecido que los personajes dieran una explicación de sus motivos. «Te maté porque te quería demasiado», decía entre sollozos el leñador sujetando la sierra empapada de sangre. «Sentí un violento océano de odio dentro de mí y tuve que *explotar*», decía confundido el joven incendiario negro de aspecto violento aunque atractivo. «Creí que nunca conseguiría liberarme de la imagen de papá, por eso me enamoré de ti», admitía con franqueza la novia ahora insatisfecha. Graham había dado un respingo en esos momentos, ante el arrogante abismo que hay entre la vida y las convenciones dramáticas. En la vida no había que dar explicaciones si no querías. No porque no hubiera audiencia: la había, y habitualmente sedienta de escuchar. Pero simplemente no tenían ningún derecho: no habían pagado la entrada a tu vida.

Así que no tengo por qué decir nada. Es más, ni me conviene hacerlo. Jack podría despertar en mí sentimientos amistosos, ¿y entonces qué podría hacer? Probablemente nada diferente de lo que voy a hacer, pero más comprometido, explicándome a medias y siendo comprendido a medias.

—¿Pasa algo, colega?

Jack le observaba benignamente irritado. Como ahora parecía dirigir una especie

de consultorio, esperaba que los pacientes se ajustaran a unas reglas mínimas. ¿No se daban cuenta de que tenía un trabajo? ¿Se creían que todos esos libros suyos habían aparecido una mañana al pie de la chimenea, y que todo lo que tuvo que hacer fue quitarles el hollín y enviarlos a los editores? ¿Eso creían? Y ahora no sólo venían sin nada que preguntar sino que encima se quedaban ahí sentados como bloques de piedra. Otelo se estaba convirtiendo en, cómo se llamaba..., Oximandias.

—Puedes toser —dijo Jack. Y después, con tono de broma más dudoso repitió, ante el silencio de Graham—. Puedes toser.

Graham le miró y sonrió con expresión distante. Sujetó su taza de café con más fuerza de la necesaria y bebió un poco.

—¿Está bueno el café, tío? —inquirió Jack.

Nada.

—De verdad, no me importa ganar mis treinta guineas de esta forma; no se me caen los anillos. Supongo que cualquiera me envidiaría. Pero es un poco aburrido. Quiero decir, que si voy a sacarte en mi próxima novela tendré que saber mejor qué es lo que sucede dentro de ti, ¿no? *Sacarte en mi próxima novela...* Ya, ¿y me pondrás un lunar en la punta de la nariz para que no pueda reconocerme? ¿Tendré treinta y nueve años en lugar de cuarenta y dos? ¿Algún pequeño toque de sofisticación de ese estilo? Pero Graham resistió la tentación de replicar irónicamente. En vez de eso, se preocupó porque notaba que se le humedecían las manos.

De repente, Jack se levantó y se fue con su café al otro extremo de la larga habitación. Se sentó en la banqueta de piano, apartó los papeles que cubrían la mesa, encendió un pitillo y puso en marcha su máquina de escribir. Graham escuchó el leve zumbido eléctrico y el rápido martilleo de los tipos. No tenía el sonido normal de una máquina de escribir, sino más bien el de una de esas máquinas con las que se escriben los resultados de los deportes en televisión, cómo se llamaba, ¿teleprinter? Bueno, no era inapropiado, en esos días Jack producía ficciones más o menos automáticamente. Quizá en la máquina hubiera un botón especial, como el piloto automático de los aviones: Jack sólo tenía que apretarlo, y el teleprinter escupía toda la basura.

—No te preocupes por mí. —La voz de Jack sonó por encima del zumbido—. Quédate el tiempo que quieras.

Graham recorrió la estancia con la mirada. El novelista, sentado, le daba la espalda. Graham sólo veía el lado derecho de su cara y un poco de barba oscura, casi podía ver el lugar donde Jack dejaba el cigarrillo de esa forma despreocupada pero oh —tan—atractiva que le caracterizaba. «¿No huele a quemado?», decía con un gesto muy serio, y el objeto perseguido esa noche se reía con gusto ante aquella extraña persona, distraída, autodestructiva pero obviamente creativa. A Graham le hubiera gustado poder hablar con alguna de ellas sobre el piloto automático de la máquina de escribir basura.

—Sírvete más café cuando quieras —gritó Jack—. Hay mucha comida en la nevera, si piensas quedarte unos días. La cama de invitados está hecha.

Eso está bien, nunca se sabe cuándo puede ser necesaria. Y no porque Jack no tuviera escrúpulos para mojar la cama de matrimonio.

Curiosamente, Graham apreciaba a Jack igual que siempre. Pero esto no tenía nada que ver con el caso. Dejó la taza de café en el suelo y se puso en pie lentamente. Después se dirigió hacia el escritorio. El zumbido eléctrico y el ruido ocasional del teclado cubrieron sus pasos. Se preguntó qué tipo de frase estaría concibiendo Jack en ese momento; esperaba, sentimentalmente, que no estuviera recurriendo a algún tópico.

Era su favorito; el del mango de hueso negro con una hoja de veinte centímetros acabada en punta. Cuando lo sacó del bolsillo lo puso en sentido horizontal para que se deslizara más fácilmente entre las costillas. Anduvo los últimos pasos y entonces, en vez de apuñalarle, pareció meterse dentro de Jack con el puñal por delante. Lo clavó hacia la mitad de la espalda, por el costado derecho. El cuchillo chocó con algo duro, después se desvió un poco hacia abajo, y luego entró repentinamente hasta la mitad de su longitud.

Jack hizo un curioso gemido en falsete, y una de sus manos cayó sobre el teclado. Hubo una aceleración en el tecleo, luego una docena de tipos se enredaron y el ruido cesó. Graham bajó la mirada y vio que la agitada entrada del cuchillo le había costado un corte en la yema del dedo índice. Sacó el cuchillo, retirando rápidamente la vista.

Jack se retorció en la banqueta y apoyó el codo izquierdo en la máquina de escribir, lanzando algunos tipos que se unieron a los que aún se apiñaban tratando de alcanzar el papel. Cuando el rostro empezó a volverse despacio, Graham perdió finalmente el control. Clavó el cuchillo repetidas veces en la parte inferior del cuerpo de Jack, entre el corazón y los genitales. Después de varios golpes, Jack rodó calladamente cayendo de la banqueta y quedando sobre la alfombra, pero esto no aplacó a Graham. Levantó el cuchillo y empezó a clavarlo de arriba hacia abajo, concentrándose obstinadamente en la misma zona. Entre el corazón y los genitales, era lo que quería. Entre el corazón y los genitales.

Graham no tenía ni idea de cuántas veces había apuñalado a Jack. Sólo se detuvo cuando notó que el cuchillo entraba con mayor facilidad, cuando ya no parecía encontrar resistencia, no en Jack, sino en su cuerpo. Después lo dejó sobre el pecho de su amigo, fue a la cocina y se enjuagó las manos. Encontró una caja de tiritas y se puso una en la yema del dedo con bastante torpeza. Luego regresó a su silla, se sentó, apoyó la cara en una mano y tomó su taza de café. Estaba llena hasta la mitad, y todavía caliente. Se recostó en el asiento para beber.

Ann llegó a casa a las siete, esperando encontrar olor a comida, una copa en la mano vacilante de Graham, y otra noche de lágrimas y recriminaciones. Había dejado de pensar que las cosas iban a ir mejor o en cómo conseguir que así fuera. En vez de eso, se planteaba cada día en sí mismo y, según iban degenerando las tardes, trataba de recordar los buenos momentos pasados. Hubo un par de cosas que le dieron esperanzas. La primera era la convicción de que nadie puede vivir alimentando

eternamente sentimientos negativos. La segunda era que se daba cuenta de que era rara la vez que Graham le reprochaba algo directamente a ella; *a ella en el presente*, es decir. Su hostilidad se dirigía a ella en el pasado, a una situación presente, pero no hacia ella en el presente. Estas formas de consolarse, pensó, funcionaban mejor cuando Graham no estaba. Cuando estaba, parecía mucho más probable que la situación continuara para siempre y que Graham simplemente la odiaba.

A las ocho Ann telefoneó al trabajo de Graham, y le dijeron que creían que Graham había trabajado como todos los días y a media tarde se había ido a casa, y le preguntaron si quería el teléfono personal de la secretaria de la cátedra. Ann pensó que no era necesario.

Esperaba que a Graham no le hubiera dado otra vez por ir al cine.

A las diez, contra su voluntad, llamó por teléfono a Barbara y se puso Alice. A los dos segundos Barbara estaba al teléfono.

—No creo que sea buena idea que hables con *mi* hija, muchas gracias, ella es todo lo que me queda desde que te llevaste a mi marido. —Estaba claro que lo decía con la intención de que lo oyera Alice.

—Lo siento, no sabía que fuera a contestar al teléfono.

—En cualquier caso, no quiero que llames a esta casa.

—No. Lo comprendo.

—¿Lo comprendes? Bueno, debe ser agradable para ti. Me emociona saber que la mujer que me robó el marido por lo menos *comprende*. Quizá me comprendas mejor que yo misma, quizá me robaste a Graham por hacerme bien.

Ann sintió cierta simpatía por Barbara hasta que necesitó tener algún trato con ella, aunque fuera indirecto. Se sintió casi inmediatamente exhausta. ¿Por qué Barbara disfrutaba tanto con la complicación?

—Me preguntaba..., me preguntaba si sabías algo de Graham.

—¿Saber algo? ¿Por qué? Hoy no es jueves.

—No, quiero decir, es que no ha venido a casa. Me preguntaba si habría..., si habría ido a dar una vuelta con Alice.

Oyó una carcajada y luego un suspiro bastante teatral.

—Bueno, bueno, bueno. *Ya* que lo preguntas, no, no he visto a Graham, No, no le dejaré ver a Alice excepto cuando lo ordene el juez y No puedo imaginarme dónde puede haber ido. —El tono era cada vez más crispante—. Las únicas veces que no volvió a casa *conmigo* fue porque estaba tonteando *contigo*. ¿Has mirado si está su maleta?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, déjame explicarte cómo lo hace, y así le comprenderás mejor, aunque tengo que decir que no dice mucho en tu favor que ya se haya largado, después de sólo, ¿cuánto?, ¿tres o cuatro años? Sí, tienen que ser cuatro, porque Alice tenía doce cuando nos dejó. Recuerdo haberle explicado que se iba en un momento crucial para el desarrollo de la niña, y como ahora tiene dieciséis tienes que habérmelo robado

hace cuatro años. Ves, así calculo las fechas ahora, quizá pronto te veas haciendo lo mismo. Lo de la maleta consiste en que sólo se lleva la maleta. Un poco de ropa, ni siquiera el cepillo de dientes. Supongo que así se siente menos culpable. Sólo una maleta, así por un lado para ti no es mal negocio; me pagaron bastante bien por su ropa. Ah, y lo otro es que hace que el taxi le espere a la vuelta de la esquina. Se va con la cara larga y suspirando, con la maleta en la mano, y se mete de un salto en un taxi al doblar la esquina. ¿Por qué no llamas a la empresa de taxis de tu zona y preguntas adónde ha ido? Es decir, eso es lo que yo hice.

El teléfono se cortó bruscamente. Ann se sintió deprimida. Ciertamente, Barbara era capaz de suscitar sentimientos negativos.

A las diez y media llamó de nuevo a Jack. Obviamente, esa noche había salido.

¿Qué debía hacer? ¿Llamar a la policía? «Se habrá encontrado con algún amigo, señora, ¿es bebedor?» No podía decir un no rotundo. Pero Graham nunca se había retrasado tanto.

A las once menos cuarto subió al piso de arriba y abrió la puerta del estudio de Graham. No había estado allí desde el día de la fiesta. Automáticamente cruzó la habitación hasta la ventana y buscó en el jardín, en la rocalla del fondo. En cierto modo era un alivio que no estuviera allí.

Sin preocuparse de cerrar las cortinas, encendió las luces. No es que esa habitación estuviera exactamente fuera de sus límites, pero se sentía un poco intrusa. Ésa era la zona reservada para Graham en su vida conyugal; y no sólo porque era su lugar de trabajo.

Miró a su alrededor. La mesa, la silla, la librería, el archivo. La única cosa que había cambiado era la foto de ella que tenía encima de la mesa. Graham tenía antes una del día de su boda —la foto más alegre que le habían hecho en su vida, pensó ella—. Ahora la había sustituido por una que casi no recordaba haberle dado: tenía quince años, la cara lavada y redondita, y un lazo como el de Alice en el pelo; en su rostro había una precaria sonrisa en aprobación del mundo y de lo que en él ocurría.

Apartó un par de papeles que Graham había dejado sobre la mesa sin ni siquiera mirarlos. Después tiró del primer cajón del archivo sin demasiado interés. 1911-15: lleno de archivadores perfectamente ordenados. Tiró del segundo cajón, 1915-19: se abrió con un toque ligerísimo, de forma que apenas se sintió responsable de su infidencia.

En el archivador había una caja de Kleenex colocada en diagonal sobre una pila de revistas; un pañuelo asomaba de la caja. Lo apartó a un lado. Vio la contraportada de la primera revista de una pila de unas treinta: un reluciente anuncio de tabaco. Ann la hojeó por encima y vio que era una revista de chicas. Hurgó en las demás revistas, todas estaban boca abajo: títulos diferentes, siempre el mismo contenido. Por eso ya nunca quería follar con ella.

O tal vez..., tal vez fuera al revés: hacía esto precisamente porque ya no quería. El huevo o la gallina, pensó. Cuando devolvió a su sitio la primera revista se sintió

incómoda; se le había contraído el vientre. No es que Graham le fuera infiel cuando subía aquí, es que..., sí, en cierto modo era eso. Era mejor que encontrarse un paquete de cartas de amor; pero aun así se sentía traicionada. También estaba sorprendida; no por lo que acababa de ver sino por cómo lo necesitaba Graham —y todos los hombres—. ¿Por qué tienen tanta necesidad de eyacular y tan a menudo? ¿Por qué necesitan las revistas, y pseudoviolar a docenas de mujeres en una misma sesión? ¿Por qué necesitan un estímulo visual tan soez? ¿Qué es lo que falla en su imaginación?

Cuando tiró del archivador 1919-24 notó un leve olor a almendras, que se explicaba porque había un bote de cola blanca abierto, ya casi seco. La espátula de plástico no estaba en su sitio dentro del bote, sino que yacía rodeada de grumos de pegamento sobre un álbum amarillo de recortes. Ann se detuvo en vano unos momentos para escuchar los ruidos de la casa y después lo abrió por la mitad. Vio dos fotos suyas —allí estaban, claro— y algunas fotocopias de recortes de prensa.

Eran críticas de algunas de sus primeras y peores películas: críticas que salieron muchos años antes de conocer a Graham, y ninguna mencionaba su nombre. Ni ella misma las había guardado.

Pasó una página, volvió al principio y lo estudió a fondo. Era el informe secreto de Graham de su vida antes de conocerse: fotos, críticas de sus películas (comprensiblemente, muy pocas se referían a ella), fotocopias de un par de anuncios de ropa de lana para los que posó cuando andaba mal de dinero (¿cómo habría conseguido encontrarlos?) e incluso copias de las escasas ocasiones —muy escasas, afortunadamente— en que su nombre apareció en las columnas de sociedad. Graham había rodeado una de ellas con un círculo rojo.

...también se vio por allí al procaz Jack Lupton, autor de novelas para-leer-con-una-sola-mano, que escoltaba a la futura estrella si-sigue-intentándolo Ann Mears. Nos consta que el divorcio del señor Lupton (tiene dos hijos) es inminente, pero el chico de la barba se negó a hacer comentarios...

Recordó lo mal que se sintió al leerlo en su momento; y que dejó de pensar en ello por orden de su agente.

Junto a este recorte, que estaba en una página a la derecha, había una flecha dibujada con rotulador rojo que desaparecía al terminar la página. La siguió por una doble página, hasta donde comenzaba: en una crítica (aparecida tres meses antes que la columna de sociedad) de *Too Late the Tears*. Esa horrenda película. La crítica era de Jack. Dios mío, de Jack. Había olvidado eso totalmente. Había hecho una incursión en la crítica cinematográfica en algún dominical. Y no mucho después le conoció en una fiesta. Había un párrafo de la crítica rodeado por rotulador rojo:

...en la nulidad casi total de esta obra de celuloide invendible, hay algunos momentos que impiden que uno caiga en el más absoluto sopor. Casi todos suceden en torno a Ann Mears, idónea en un papel que sin ella hubiera sido insignificante. Su encanto florece en esta película nublada como un refulgente arco iris...

Finalmente, Ann sacó el archivador de 1924-29, con muy pocas esperanzas de encontrar algún diario escondido que supusiera un consuelo, algún signo sentimental de una felicidad pasajera. A la izquierda había una cinta de vídeo; y a la derecha un gran sobre marrón. La cinta no tenía título. Abrió el sobre y encontró algunos manojos de páginas arrancadas de un libro; o varios libros. Había círculos rojos en los márgenes de algunas páginas, subrayados y signos de exclamación. Creyó recordar algunos párrafos de una novela de Jack, y poco a poco fue dándose cuenta de cuál era la fuente común. Las hojeó advirtiendo que en casi todas las páginas había alguna referencia al sexo.

Eran las tres de la mañana cuando bajó las escaleras con la cinta. La tenaz búsqueda en la mesa de Graham no había revelado nada; la librería sólo aportó las cinco mutiladas novelas de Jack. Introdujo apresuradamente la cinta de vídeo y la rebobinó hasta el principio. Comenzaba con un anuncio de un nuevo dulce de chocolate en el que un sirviente con falda escocesa presentaba a la Reina Victoria un paquete de dulces sobre una bandeja de plata. Ella lo desenvolvía, mordía uno y su cara rolliza y apesadumbrada se tornaba en una sonrisa. «No nos apasiona», decía ella, después de lo cual un grupo de cortesanos con faldas escocesas se lanzaban a un número de danza-y-baile de ocho segundos ensalzando el producto.

Ann no había visto ese anuncio. Sin embargo, iba a tener que verlo de nuevo. La cinta contenía ocho grabaciones del mismo anuncio. La tercera vez que lo vio se dio cuenta de que, a pesar suyo, había algo en él que le era familiar; a la quinta vez le reconoció, debajo de su enorme bigote y su enorme gorra escocesa. Dick Devlin. ¿Cómo habría encontrado eso? Aunque descubrió que era Devlin, sólo fue capaz de reconocerle en las últimas tres grabaciones. ¿Por qué las ocho versiones?

Ann no se acostó esa noche. Volvió a poner la cinta, atónita por el secreto y la obsesión que implicaba. Después regresó al archivo. Lo único que había dejado pasar —creyendo que era papel de envolver— eran unas páginas del *Evening Standard*. Siempre la misma página: la cartelera. Todas estaban marcadas con rotulador rojo, en muchos casos ni siquiera había oído hablar de las películas señaladas; la relación que pudieran tener con ella escapaba a su comprensión.

Hojeó de nuevo las páginas arrancadas de las novelas de Jack y se le ocurrió una posibilidad. Pero si piensa que todo esto se refiere a mí es que está loco. Graham estaba triste; preocupado, borracho a veces; pero no se podía decir que estuviese loco. Como tampoco se podía decir que fuese celoso. Ella no hubiera utilizado esa palabra. Otra vez: estaba triste; preocupado, no podía superar el pasado; pero no era celoso. No le había gustado que Jack se refiriera a él como «mi pequeño Otello»: no sólo por la arrogancia, sino porque alteraba la visión de los hechos.

Finalmente, con cierta reserva, siguió el consejo de Barbara y miró en el armario de Graham. Todos sus trajes parecían estar allí. Su maleta todavía estaba allí. Por supuesto que estaba; por supuesto, no se había ido de casa.

A la mañana siguiente, a las diez, llamó a los hospitales y a la policía. Nadie sabía

nada. La policía le aconsejó que llamara a sus amigos. No preguntaron si bebía, aunque sí dijeron: «¿Por casualidad no se habrán peleado, señora?»

Llamó a su trabajo y dijo que se encontraba mal. Entonces, después de una última llamada a Jack, caminó hacia el metro.

El coche estaba aparcado frente al aparcamiento de Repton Gardens; Graham contestó al timbre. Instintivamente, Ann se abalanzó sobre él y le abrazó por la cintura. Él le dio unos golpecitos en la espalda, la hizo pasar al hall y cerró la puerta pateándola con el pie izquierdo. La acompañó al salón; tuvo que andar de lado, incómodamente, pero no le importaba. Cuando la detuvo todavía estaba mirándole el cuello, el perfil, el gesto. Él miraba hacia el fondo, al otro extremo de la habitación. Ella se volvió y vio a Jack yaciendo junto a la banqueta del piano. Su suéter estaba agujereado y lleno de manchas a la altura del estómago. Vio un cuchillo colocado sobre su pecho.

Antes de que pudiera verlo bien, Graham, que ahora la apretaba con el brazo que tenía sobre sus hombros, la llevó hacia la cocina. Y al hacer esto susurró las primeras palabras desde que llegó al apartamento.

—Todo va bien.

Estas palabras la calmaron, aunque sabía que no debían calmarla. Cuando Graham la apoyó contra la pila, mirando hacia el jardín, y le puso las manos a la espalda, ella no ofreció resistencia; le dejaba hacer lo que quisiera, y se quedó esperando cuando salió unos segundos. Al regresar la ató por las muñecas, no muy fuerte, con una cuerda de plástico para colgar la ropa. La dejó de frente al jardín. Tres metros de pegajosa cuerda de colgar ropa caían de sus muñecas.

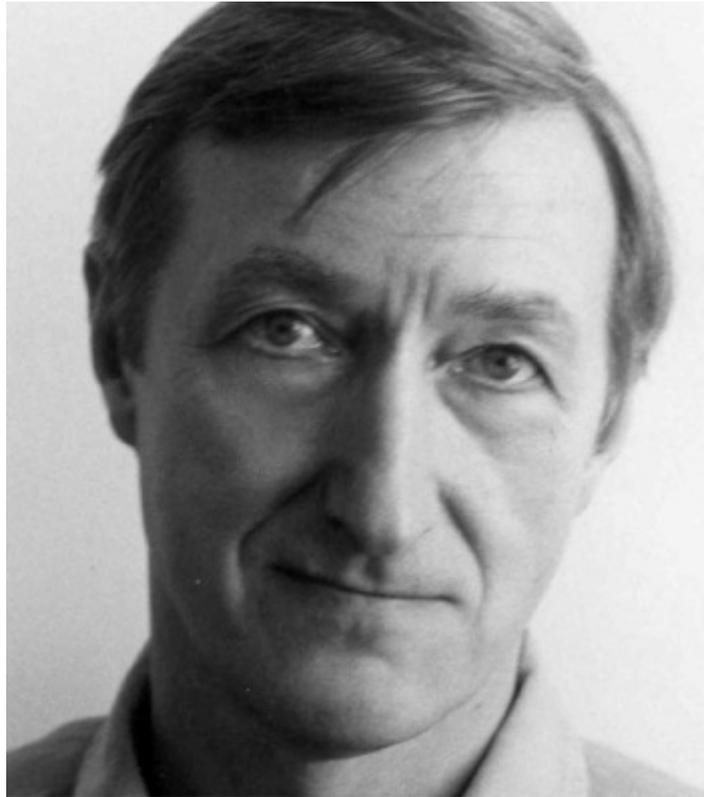
—Todo va *bien* —se decía Graham. Aparte de que todo iba mal, todo iba bien. Amaba a Ann, no había ninguna duda, y confió en que no se volviera. Observó que su mente se hallaba sorprendentemente vacía de pensamientos. Lo principal, se decía a sí mismo, era que no pareciera una película; sería la peor ironía de todas, y no estaba dispuesto. Sin telones, sin melodramas. Se dirigió hasta donde estaba Jack y tomó el puñal de su pecho. Al levantarse le vino un pensamiento repentino: «A veces un puro es sólo un puro», murmuró para sí, «pero a veces no». «Bueno, no hay elección, ¿no?», pensó.

Se sentó en la silla de siempre y, con una decisión y un coraje que le sorprendieron, se hizo dos cortes profundos a ambos lados de la garganta. Cuando brotó la sangre, se escuchó un quejido involuntario que hizo que Ann se volviera.

Había calculado que correría al teléfono, lo descolgaría con el pie, marcaría el 999 con las manos atadas y después esperaría a que llegara alguien. Había tiempo suficiente. De hecho, Ann corrió inmediatamente hacia la habitación arrastrando la cuerda de la ropa, pasó delante de Graham que se moría, de Jack que estaba muerto, rodeó el escritorio, bajó la cabeza y golpeó la ventana tan fuerte como pudo. Le dolió mucho, pero logró hacer un gran agujero en la ventana. Luego gritó tan alto como pudo. No dijo palabras, era un largo grito incesante. Nadie vino; aunque bastantes lo

oyeron. Tres de ellos llamaron a la policía y uno a los bomberos.

Si hubieran acudido, nada habría sido diferente. Los cálculos de Graham no fallaron por ese pequeño cambio en los hechos. Cuando el primer policía se asomó a la ventana rota y la desató, la silla estaba irrevocablemente empapada.



JULIAN PATRICK BARNES. Nació en Leicester, Inglaterra, el 19 de enero de 1946. Tras estudiar en el Instituto Ciudad de Londres y en la Universidad de Oxford (en Magdalen College), fue lexicógrafo para el diccionario Oxford. Ejerció luego de periodista, colaborando con medios como el *New Stateman*, *Sunday Times*, *The Observer* y *New Yorker*, ya fuera como articulista, columnista o crítico de televisión.

Es autor de varias novelas, compendios de relatos, libros de ensayo e incluso libros de cocina. También es traductor, habiendo traducido del francés y del alemán a autores como Alphonse Daudet y Volker Kriegel. Su hermano, Jonathan Barnes, es un conocido filósofo especializado en Filosofía Clásica. Se casó con su agente literaria, Pat Kavanagh, que falleció en octubre de 2008.

Ha sido galardonado con múltiples premios, entre los que destacan el premio E. M. Forster de la Academia Estadounidense de Artes y Letras, el William Shakespeare de la Fundación FvS de Hamburgo, el Médicis francés (fue el primer británico en obtenerlo, siendo además Caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia) y fue nominado en tres ocasiones al Premio Booker hasta hacerse con el mismo en 2011 por su libro *The sense of an ending*, traducido al español como *El sentido de un final*.